

COLECCIÓN IDEAS, LETRAS Y VIDA

VICTORIANO CRÉMER

LIBRO DE CAÍN

PREMIO DE NOVELA "NUEVA ESPAÑA"



Lectulandia

Victoriano Crémer Alonso nació en Burgos, España, en fecha incierta que varía entre 1908 y 1914 según las historias de la literatura y las antologías. Pasante de abogado en su juventud y, a la vez, mancebo de botica y tipógrafo, es hoy hombre metido hasta el cuello en una durísima labor de radio, de pequeñas colaboraciones y de empleado modesto. Poeta antes que todo, en su producción literaria predominan la fuerza, las imágenes audaces, cierto humor sarcástico y, a veces, una actitud que podría atribuirse a desesperanza. Grandes son su aliento de rebeldía, su inconformidad esencial y su ternura hacia los desheredados, sentimiento que corre parejas con su pasión por una España mejor. Publicó su primer libro, *Tendiendo el vuelo*, en 1928, y después de doce años de guardar silencio la producción de su pluma empezó a fluir incesante: *En la escalera* (comedia), 1940; *Tacto sonoro* (poesías), 1944; *Los hombres se matan* (comedia), 1945; *Caminos de mi sangre* (poesías), 1946; *La espada y la pared* (poesías), 1949; *Las horas perdidas* (poesías), 1949; *Nuevos cantos de vida y esperanza* (poesías, Premio Boscán), 1951; *El libro de Santiago* (poesías), 1954, y *Nuevos cantos de vida y esperanza* (poesías), segunda parte, 1955. Además, ha fundado no pocas revistas, todas de vida efímera, entre ellas *Espadaña*, la más conocida. La presente obra, *Libro de Caín*, renueva en forma peculiarísima, penetrando hasta lo más hondo de las pasiones humanas y sus móviles, uno de los temas de mayor abolengo en la literatura española —Caín, el incomprendido, el inadaptado, es aquí el bueno—, y convierte el asunto, gracias a esa nueva visión, en origen de una de las muchas tragedias sociales de estos días.

Lectulandia

Victoriano Crémer

Libro de Caín

**Premio de novela «Nueva España» 1958 de la Unión de Intelectuales
Españoles en México**

ePub r1.0

Titivillus 30.01.2018

Título original: *Libro de Caín*
Victoriano Crémer, 1958

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Victoriano Crémer Alonso nació en Burgos en un año que según las historias de la literatura, las antologías y las solapas de sus libros varía entre 1908 y 1914. Lo cierto es que en 1928 publicó su primer libro *Tendiendo el vuelo*. Calló muchos años, pero luego dio: *Teatro: En la escalera*, 1940, y *Los hombres se matan*, 1945; *Poesía: Tacto sonoro*, «Espadaña», León, 1944; *Caminos de mi sangre*, «Adonais», Madrid, 1946; *La espada y la pared*, «Norte», San Sebastián, 1949; *Las horas perdidas*, «Halcón», Valladolid, 1949; *Nuevos cantos de vida y esperanza* (Premio Boscán 1951), «Instituto de Estudios Hispánicos», Barcelona, 1951; *El libro de Santiago*, León, 1954; *Nuevos cantos de vida y esperanza*, 11, 1955. Fundó bastantes revistas de vida efímera; la de más nombre «Espadaña», que dirigió en compañía de Eugenio de Nora.

«En su juventud fue pasante de abogado, mancebo de botica, tipógrafo.» Es, hoy, un «hombre espantosamente apremiado y metido hasta el cuello en una labor durísima de radio, de pequeñas colaboraciones mal pagadas y de empleo de escasa calificación económica.» Victoriano Crémer es, además, uno de los poetas más importantes de las nuevas generaciones españolas.

«En el gran poeta que es Crémer —dice F. C. Sáinz de Robles— predominan la fuerza, cierto humor sarcástico, la audacia de las imágenes, una agria —en ocasiones— desesperanza, un tremendo y fecundo balancearse entre el pintoresco neopopularismo y el surrealismo logrados sin demasías ni en conceptos ni en forma, pero con hondura desnuda y poética.» «Apasionado, violento, con evasiones a la burla y al sarcasmo, es ante todo emoción, fuerza, dominio de la expresión» —dice Ángel Valbuena Prat.

Lo que hay en Victoriano Crémer es, primero, un gran aliento de rebeldía, una incompatibilidad fundamental, una enorme ternura hacia los desheredados y una gran pasión por una España más pura. Esta oposición al ambiente ha hecho de él un escritor respetado, mantenido, con mucho cuidado, aparte.

... si la madre
España cae —digo, es un decir—,
salid, niños del mundo; id a buscarla!...

gritó, en 1937, la voz profética de César Vallejo. Han salido a buscarla, con riesgo de su vida, muchos escritores españoles; la traen en sus manos, con el mismo acento trágico y angélico del poeta peruano; la llevan en andas, en angarillas; llegan hasta donde no se puede llegar: más allá de donde les permiten.

Los escritores españoles de hoy, en España, encerrados, cortados del mundo, teniendo que reconocer su enfurecimiento, vender gato por liebre, jugar de mala, siempre a la sombra, prendidos los pies, encorvados, escondidos, enjaulados; a lo

mejor custodiados: los mares, hoyanca; muros, los Pirineos y Portugal; reclusos, presos, cantan como pueden sus esperanzas. Ésta fue la razón primera que llevó la Unión de Intelectuales Españoles en México a instituir sus premios Nueva España, que Victoriano Crémer ha ganado, en lo que a la novela se refiere, con su Libro de Caín.

La poesía española de hoy —en verso o en prosa— es algo más, o algo menos, que música. Los españoles de hoy no tienen humor, tiempo, ni ganas de andar emperifollándose. Muchos de sus versos o de sus novelas no lo son, pero son poesía como siempre lo ha sido la protesta desnuda del hombre contra lo que le aherroja y destruye. El prosaísmo es un hecho diferencial de todos ellos para con los anteriores. La actual generación está más vinculada a la del 98 que no la que le antecede. La razón es sencilla: de nuevo importan, ante todo, los destinos de la patria amenazada.

La actitud de Victoriano Crémer frente a la poesía, frente a la novela, es parecida a la de Bertold Brecht frente al teatro. «No creo en la poesía —dice— aunque la ame. Como no creo en la mujer hermosa, aunque me enamore. Esta actitud es fundamental —yo, al menos, así lo creo— para el goce íntegro de la poesía y de la mujer. La contraria, o sea la entrega total, ciega y fatalista, me parece irracional.» «Esgrimirse sobre un canto rodado al sol del estío por el placentero afán de lanzar gorgoritos rítmicamente, mientras el hombre a secas trabaja, sufre y muere, es un delito.» «Para escribir poesía hay que abrir bien los ojos y tener el alma en vela; pues algunos confunden el soñar con el dormir.» Declaraciones que pueden prestarse a lo que sea, menos a dudas.

Crémer está frente al mundo, mirándolo, un poco extranjero a sí mismo, «condenado a la vida». Por sus versos, por su novela, pasan personajes de verdad, que no son él. Ve.

Dura y ácida, la obra de Crémer no tiene la esperanza tan a flor de piel como otros compañeros suyos. Es un rebelde, entendido a lo Camus.

La experiencia surrealista siempre hizo buenas migas con el anarquismo. O mucho me equivoco, o las esperanzas de este castellano viejo corren por un cauce más ácrata que el de los demás. El título de su libro de versos más importante, hasta hoy, Nuevos cantos de vida y esperanza, le hacen honor. Su vieja condición obrera le presta acentos que en vano buscaríamos en otros tan o más liberales, tan o más revolucionarios. El hambre pasa y sopla a través de sus libros. Y el odio, el odio de Caín.

El tema de Caín y Abel es de gran abolengo en la literatura española moderna, y no sólo por influencia romántica. Surge de la entraña misma de la tierra, de las condiciones sociales, nunca resueltas. Aún suena la voz de los grandes muertos: Unamuno y Machado, tan en la entraña de los jóvenes escritores españoles. Esta dura novela lo prueba.

La Unión de Intelectuales Españoles quiere dejar constancia de su agradecimiento a la Compañía General de Ediciones, S. A., por la publicación de los

libros premiados; nuevo ejemplo de la solidaridad de México con la España mejor.

MAX AUB

México, D. F., junio de 1958.

I

Todavía era noche bien negra cuando Caín saltó de la yacija en que reposaba, encaramada allá en lo alto del pesebre, y salió al corral.

Las agujas de la escarcha se le metieron entre las carnes tibias, sacudiéndole. El cielo estaba alto y las estrellas parecían tirarse a la gente, con las uñas bien afiladas.

Pasó por entre las ovejas blancas de su hermano Abel, procurando no alterar su sosiego. Estaban como pegadas a la tierra, muy juntas, con la cabeza metida en el vientre caliente.

Como tenían costumbre de sentir su paso cauteloso todas las noches a aquella misma hora, no se movieron apenas.

Llegó hasta el tendejón donde descansaba su hato y al punto el gozque le reconoció. Estiró el cuerpecillo peludo y se despabiló con un gruñido lento; luego, muy despacio, fue acercándose hasta el muchacho y se restregó ceremonioso contra sus piernas.

—Buenos días, amigo.

Y Caín le tiró un gran trozo de pan que el can cogió en el aire, a pesar de la oscuridad. Luego, abrió la cancilla de pesados troncos y fue empujando una por una a las ovejas negras de su hato hacia la oscuridad del campo.

En los montes lejanos clareaban las cimas con los primeros albores amarrotados de la mañana. El pueblo dormía todavía y de todo él subía a lo alto una ácida vaharada. El goteo metálico de las esquilas del rebaño ponía su gracia en la quietud del mundo. Y sólo entonces, al rumor de su paso, las gentes del poblado se removían en los lechos, sobresaltadas.

—Es Caín con sus ovejas negras —decían.

Y se quedaban inmóviles, panza arriba, con los ojos abiertos, escuchando el estridente son de las esquilas alejándose, sumiéndose en el sueño.

Cuando Abel llegaba, con sus ovejas blancas, al «Remanao» —un rastrojo grande y bien abastado de respigueo —era ya la mañana bien entrada, y las ovejas negras de Caín se tendían para la primera rumia. Se mezclaban los ganados, que nada sabían de las cosas de los hombres, y hasta los pensamientos de los dos hermanos; pero ellos permanecían silenciosos y distantes el uno del otro, sin mirarse siquiera. Se amaban como extraños y se admiraban con dolor; pero tenían miedo de tocarse con la voz, con la mirada, como si presintieran no sabían qué oscuros males.

Caín era moreno, de exigua talla pero potente y duro. Abel era esbelto, tenía la tez blanca y el cabello del color del trigo quemado, en gruesas crenchas destrenzado. Caín era como un puño de sombra; Abel parecía a veces una luz cuajada y suspensa. Caín era fuerte y noble; Abel gracioso y vivaz. Caín amaba a su hermano Abel hasta dolerle el corazón; Abel amaba a su hermano Caín hasta el odio.

Mientras la presencia de Abel no venía a turbarle, Caín gozaba de la soledad del «Remanao», tumbado en el cauce seco del reguero; resguardado de los vientos; teniendo sobre sí todo el gran cielo violáceo de la mañana. Allí, solo y quieto, en el silencio de la amanecida, traía a su recuerdo imágenes y cosas, apenas del tamaño de los ojos, en los que parecía tenerlas grabadas. Se agrandaban entre las nubes, cuando miraba a lo alto, como si ellas fueran nubes también o pastores como él, tendidas y solas, con blancos rebaños pacientes pastando claridad. Estos desvaríos en que se solazaba estaban principalmente ligados a su padre Adán: dominador, allá arriba, en lo alto del cielo, con su mirada serena, su boca grande y risueña, y la seguridad de su paso noble y fuerte.

Ante él, Caín sentía un vigor extraño, como si se le comunicara algo de aquella magnífica varonía y sólo acertaba a mirarle a la cara, fijamente y en silencio.

—¿Qué te pasa? —solía preguntarle cuando sorprendía su mirada—. Este chico es como los lobos...

—No tiene apego a nadie —confirmaba la madre.

Al oírlo, Caín bajaba la cabeza porque no le vieran los ojos húmedos y amargos y salía corriendo a sepultarse en el corral, entre la niebla densa y caliente de sus ovejas negras...

Pero ahora, allí, apretados los costados a las lindes del reguero, se atrevía a mirar el rostro suave y dulce de su madre Eva, que él retenía entre dos nubes bamboleantes. Allí estaba, levantada y resplandeciente, como el alba, para su total adoración. Ahora podía decirle todo lo que le llenaba el corazón y que no sabía qué extraña garra ahogaba, cuando la tenía delante...

—Madre... Madre...

Y Caín lloraba, estremecido y gozoso, sabiéndole aquellas lágrimas a los besos que nunca se atrevía a pedir; a la piel del padre, que olía como un perrillo, cuando le tenía cerca. Y con la cara húmeda de lágrimas, saltaba del foso y aullaba de alegría...

—Madre... Madre... Padre... Madre...

Retozaba a su alrededor el gozque y las negras ovejas levantaban las largas cabezas, mirándole compasivas. Tenía razón el padre Adán: Era como los lobos...

Y cuando la mañana resolvía su congoja en claridad pura, por la cuesta de las Bodegas veía el blanco cortejo de las ovejas de Abel, que se acercaba. Entonces buscaba otra vez su refugio en el cauce seco del arroyo. Y desde allí observaba cómo su hermano esparcía el ganado por el rastrojo con un alegre silbido, y cómo se sentaba, distante, dejando que los primeros rayos del sol le llenaran de claridad.

Abel era hermoso. Se lo repetía Caín con orgullo, con amor. Cuando Abel besaba a su madre y la decía aquellas palabras que Caín tenía dentro, era como si él mismo las dijese. Cuando el padre dejaba correr los dedos entre la seda del pelo de su hermano, él sentía la caricia como si le fuera hecha. Y agradecía desde su alma al

hermano que le proporcionaba tanta dicha incompañada. Caín amaba a su hermano con ansia silenciosa; porque era como él hubiera querido ser, como era realmente, desde él... Además Caín era el escudo protector de Abel, su mastín guardador y celoso. Nadie se hubiera atrevido a hacer el menor daño a Abel, conociendo, como conocía todo el mundo, el gran amor que Caín le tenía. No se les veía juntos nunca, pero alrededor del bello pastor del color del trigo, parecía rondar la sombra decidida del hermano. Y en la fiesta del Cristo, cuando los mozos del contorno bajaban a cortejar al pueblo, la rapaza de Abel —María, la de Amo Dios—, era como una princesa a la que nadie se atrevía a mirar. Y no por Abel —abúlico como un ídolo—, sino por Caín, que, sin estar presente, parecía tutelar con su sombra el cortejo de su hermano.

—Parece como si fuera Caín el que me abrazara cuando bailo contigo —se quejaba María, con la mirada entornada y el pensamiento volandero.

—Caín tiene bastante con sus ovejas negras —replicaba Abel.

Precisamente cuando la sombra afilada del chopo solitario llegaba a su refugio, Caín preparaba la comida: del zurrón iba sacando lentamente el pan moreno y correoso —pan de la primera amasada de la semana—, el queso blanco y mantecoso y un trozo de chorizo rezumante de grasa, que resbalaba sobre la piel morena del pastor como sangre espesa. También Abel preparaba su colación y los dos hermanos se contemplaban sin mirarse; cada uno sintiendo al otro pesar en la sangre.

La luz del mediodía era jubilosa, entrometida: despertaba los colores más vivos del campo y retenía los ecos lejanos, dorándolos, conquistándolos para la vida clamorosa. La humilde paz de la hora penetraba en los hombres y en las cosas, dándoles variedad y hermosura.

Caín miraba cerca de sí y observaba enternecido el mundo de los insectos; de los pequeños bichillos del campo, agitado bajo la comba minúscula de la verde hierba; y se complacía en facilitar la tarea de las hormigas, rodeando los embudos de sus cuevas de miguillas de pan... Él sabía que su hermano estaría riéndose de su simpleza, pues dar de comer a las hormigas del campo es cosa de tontos; pero Caín no podía evitar aquella ternura que se le metía entre los ojos y le obligaba a estar horas y horas ayudando a sus pequeños bichos, tan afanosos siempre entre el oscuro laberinto.

Sólo suspendía su afán, levantando el rostro hacia el camino, cuando sentía el duro paso del caballo de Amo Dios. Entonces le brillaban los ojos muy extrañamente y todo él temblaba de sofoco y de frío, como enfermo. Miraba la breve nubecilla que levantaba el trote alegre del caballo del amo, e iba recorriendo, con timidez, con miedo, y, al mismo tiempo, con un gozo total, el ancho pecho del corcel, color de trilla, amarillo y resplandeciente como una parva compacta, moviendo la melena de trigos largos y sedosos y salpicando el sosiego abrumado de la hora con suaves

relinchos.

Caín tenía miedo de mirar al jinete, al Amo Dios, porque temía que se le rompiera el corazón de pura alegría. Y entonces, sin saber por qué, volvía el rostro, lleno de turbación, hacia el hermano Abel, y veía cómo éste se levantaba del recuesto con ágil salto y corría al encuentro de Amo Dios, sonriéndole y gritándole su bienvenida.

Pero él no podía hacer lo mismo. Estaba como sujeto a la tierra por no sabía qué razón de amor. Y miraba a su hermano correr hacia el camino por donde Amo Dios se acercaba al trote gracioso de su caballo de fuego. Y entonces se hundía de nuevo, palpitante de angustia, en el lecho seco del reguero, sollozando de alegría...

Porque Amo Dios era siempre bueno con él. Amo Dios era bueno con todos. Aquellas ovejas eran suyas; y la casa en que vivían; y hasta las tierras de la noria eran suyas. Padre Adán, cuando hablaba de Amo Dios se descubría con respeto y madre Eva les enseñó, desde niños, palabras de amor hacia el que lo era todo para ellos. Caín adoraba al Amo Dios con toda su alma. Pero no sabía decírselo como Abel, saltando a su encuentro, llamándole a gritos. A él no se le ocurría más que llorar de alegría cuando se le acercaba, temblar de santa vergüenza y buscar un cobijo en la tierra.

A pesar de la prisa de Abel, Amo Dios siempre llegaba al lado de Caín antes de que Abel le alcanzara. Y Caín entendía confusamente que por un inexplicable fenómeno, nadie podría llegar nunca al Amo Dios si él mismo no lo deseaba.

Ahora le sentía mirándole desde lo alto del caballo; porque oía su voz.

—¡Caín!... ¿Por qué te ocultas?

—No lo sé, Señor...

—¿Es que no quieres mirarme siquiera?

—No es eso, Señor...

Y Caín levantaba la vista hacia Amo Dios y quedaba turbado. Siempre le sucedía lo mismo. Pero una vez que le miraba ya no acertaba a separar los ojos de su rostro: Amo Dios era hermoso; más hermoso que padre Adán, que madre Eva y que su hermano Abel juntos. Pero así como Caín conseguía alcanzar el por qué de la belleza de su padre o de su madre o del hermano, de Amo Dios no podía. Porque no estaba su hermosura en el resplandor vivísimo de sus ojos negros, ni en la suavidad de su frente, ni en la dulzura de su sonrisa, ni siquiera en la majestad de su porte, ni menos aún en la suave hondura de su voz; estaba en cada una de estas cosas y en algo que Caín no sabía y que parecía brotarle de dentro.

—Tú sabes, Caín, que te tengo especial cariño... Porque eres bueno y humilde y trabajador... Las ovejas negras que tú cuidas son mis mejores ovejas... Eres mi orgullo, Caín, y yo te aprecio...

Llegaba entonces Abel jadeante, y arrojándose en tierra, cogíase al pie de Amo Dios y le besaba las espuelas de plata.

—¡Oh, Señor; corrí a tu encuentro apenas sentí el caballo en el camino!

Pero Amo Dios hacía como que no advertía la presencia de Abel.

—Vete un día por casa, Caín... Tendré en ello mucho gusto... Y también mi hija...

—Yo no soy digno, Señor... No sé cómo podría atreverme...

—Atrévete, Caín. María, mi hija, quiere que te atrevas... Y yo soy muy gustoso.

—Señor, eso no; mi hermano Abel sería mejor.

—No es con Abel con quien María sueña, sino contigo, Caín, contigo...

Luego, el caballo al trote, todavía llegaba la voz del amo:

—Te esperamos cualquier día, Caín... Tus ovejas son mi orgullo. Por ellas sé cuanto estimas mi persona y mi casa...

Caín contemplaba cómo se alejaba Amo Dios, hasta que se perdía en una revuelta, camino del pueblo. Y veía a su hermano Abel que, lleno de tristeza, reunía a sus ovejas blancas y lentamente se dirigía hacia la senda de las Bodegas... Y sentía que la tristeza de su hermano le envolvía como una espesa niebla y se miraba culpable del desamor de Amo Dios hacia su hermano. Y hubiera querido correr hacia Abel para decirle: «Todo esto no será para mí; ni la casa de Amo Dios ni su hija María. Porque sé que tú la quieres y yo no podría dejarte sin ella a ti, mi hermano, mi hermano muy amado...» Pero sólo acertaba a sumirse en su agujero, hasta que la noche apagaba la turbia luz de la tarde, dejando el campo lleno de soledad y de rumores. Entonces reunía su negra manada y regresaba al pueblo. A su paso, las gentes, ya al amparo de las cocinas, murmuraban.

—Es Caín, que regresa con sus ovejas negras.

Y se quedaban de pronto callados, sin saber por qué, con la mirada fija en las brasas, hasta que los ojos les dolían como carbones encendidos.

Aquella noche fue bien triste para Caín. Hasta el rincón de su yacija le llegaban los sollozos de su hermano y las dulces palabras de madre Eva, subrayadas a su vez por la voz del padre.

—No llores, hijo... Amo Dios no pudo decir eso. Él sabe que tú eres la luz de mis ojos.

—Sí, madre. Lo dijo. Yo estaba delante. Yo lo oí. «Tus ovejas, Caín, son mi orgullo. Por ellas sé cuanto estimas mi persona y mi casa...» «Son las ovejas, madre; las ovejas negras de Caín las que me lo quitan...»

—No han de ser en lo sucesivo las ovejas de Caín quienes te separen de él. Desde mañana, tuyo será el rebaño de las ovejas negras...

Caín se apretó contra sí mismo, encogido como un perro castigado. Tenía conciencia de su culpa: él era el lobo descastado que metía temor y duelo en la casa... Porque Abel lloraba por su culpa. Y la angustia y el dolor de la madre solamente él, Caín, se lo lanzaba desde su hosquedad, como una piedra empujada por la rabia...

—¿Qué culpa tengo yo, Señor? —gemía el infeliz.

Y se apretaba la boca con los puños cerrados, mordiéndose las manos, sangrándose las carnes.

En el corral se oyó el gañido perezoso del gozque y un estremecimiento de esquilas. Después el silencio se hizo duro y frío como las estrellas.

—No tengo a nadie, sino a ellas... Si me las quitan ¿qué va ser de mí?

Y Caín se veía por las calles del pueblo, huyendo de sí mismo, de su soledad; temiéndose como a un mendigo sin casa; odiándose en silencio. Y a las gentes que, al verle, ya no dirían: «Es Caín con sus ovejas negras», porque él ya no tendría ovejas, ni nadie escucharía el rumor de su paso... Ni tampoco le quedaría el odio amoroso de su hermano Abel. Ni Amo Dios, que siempre había sido tan bueno para él, le perdonaría el haber abandonado el rebaño de las ovejas en manos de Abel...

—¿Qué has hecho de mis ovejas? —le preguntaría con ira desde su caballo de fuego...

Y él no se atrevía a decirle que fueron padre Adán y madre Eva las que le dieron el rebaño de las ovejas negras a su hermano, por conquistarle. Y callaría confundido, y se ocultaría en el seco cauce del reguero, pegando el rostro a la tierra húmeda. Y Amo Dios vería todos los días cómo su rebaño predilecto enflaquecía; cómo se les borraba el brillo de los ojos a las corderas y cómo los moruecos perdían poderío.

Porque él sólo conocía a sus ovejas.

—No tengo a nadie sino a ellas. Ni ellas entienden otra voz que la mía.

Madre Eva, padre Adán, Abel y Amo Dios eran algo de sus adentros; pero sus ovejas eran todo lo que tenía en la tierra. Y un día Amo Dios se enojaría. Y les quitaría los rebaños. Y la casa en que vivían. Y las tierras de la noria... Y tendrían que andar de pueblo en pueblo, buscando jornales durante las faenas de escarda o de siembra o de recolección; como mendigos sin tierra en que apoyarse. Y entonces, padre Adán, madre Eva y Abel le culparían de su desgracia:

—Tuya fue la culpa. Sólo tú conocías las ovejas negras de Amo Dios y se las dejaste a tu hermano para atraer su ira y nuestra desgracia. Porque tú sólo sabías como había que cuidarlas... ¿Por qué lo hiciste Caín?...

Lloraba con lágrimas silenciosas y ardientes. Se le llenaba la boca de un ácido zumo y las sienes le golpeaban con furia.

Por la ventana del establo le llegaba la serena claridad de la noche, rodeándole. De vez en cuando, el menudo tintineo de las esquilas crispaba el silencio. Acaso fuera ya la medianoche.

Caín saltó de su potro de tortura y salió al patio, blanco todo de luna. Su sombra puso una tímida mancha espectral en el conjunto. Fue hacia el corral y cruzó por entre el dormido rebaño de las ovejas de Abel. Cuando llegó al tendejón donde se hacinaban sus ovejas negras, el gozque, aunque le reconoció, no desovilló su cuerpecillo, limitándose a levantar el hocico caliente, mirándole con extrañeza. Caín abrió en silencio la cancilla y fue empujando fuera, una a una, a sus ovejas, que se resistían tenaces, sorprendidas sin duda por lo intempestivo de la hora. El gozque

miraba sorprendido, sin abandonar el tibio lugar de su reposo. Pero así que vio fuera el rebaño, saltó de un brinco la cancilla y se puso al lado de su amo. Éste azuzaba el rebaño con prisa, fustigando a las ovejas remolonas y enderezando su paso hacia los negros chopales del río... El «Remanao» quedaba a la espalda y el rebaño acusaba la torpeza de andar por un camino desconocido... El gozque levantó la mirada hacia Caín como si quisiera advertirle del error de la senda elegida, pero éste, con los ojos obstinados en la negra raya de los chopos, seguía empujando el hato hacia el río. Las menudas pezuñas de las ovejas repiqueteaban en la tierra, con un sordo redoble. A lo lejos sonaba extrañamente el graznido de un pájaro, envuelto con el restallar de las ramas desnudas de los árboles y el viento. La noche era clara, de luna alta y grande y extensas nubes.

Cuando llegaron al choperal de la orilla, el rebaño se desordenó. Venía el río turbulento, con las crecidas de las últimas lluvias, y tenían las aguas color de barro.

Caín se acercó a la orilla y con un breve silbido reunió en torno suyo el rebaño que se dispersaba. Parecían acogerse al amparo del amigo, contra la turbia amenaza del río impetuoso. Su instinto les advertía sin duda que en el estruendo de aquellas trombas rojizas existía un peligro inminente, y levantaban la cabeza, apretadas alrededor de Caín. Éste, sacó una larga cuerda del zurrón y fue atándolas por el pescuezo, una a una, en reata; luego unió la primera con la última, cerrando el círculo, y sujetó el cabo del cordel a la cintura. Avanzó con paso decidido hacia el río, arrastrando el rebaño consigo, y se fue hundiendo lentamente. Al principio, las ovejas intentaron defenderse de la fuerza del agua que las golpeaba; pero la cuerda a la que estaban sujetas impedía sus movimientos, inmovilizándolas, hundiéndolas cada vez más. El círculo negro se ensanchó con violencia, intentando desligarse, formando como una gran corona negra, flotante, sobre el turbio caudal del río; pero el agua las empujaba, golpeándolas, a lo hondo. Caín, silencioso, como en sueños, se dejaba llevar por aquella lucha desesperada de sus ovejas. La luna pudo sortear una nube y le iluminó el rostro: a Caín le brillaban los ojos y lloraba.

El gozque corría alocado por la orilla. Se zambullía en el río, pero cuando la gruesa tromba lo sepultaba, nadaba hacia la orilla, aullando lastimeramente... Cuando la negra corona de las ovejas desapareció bajo las aguas, cubriendo con su luto desesperado el remolino que dejara Caín al hundirse, el gozquecillo lanzó un aullido prolongado; levantó el hocico a lo alto y se quedó de improviso silencioso y triste...

Sólo se oía el estruendo monótono y amenazador de las aguas.

De pronto, agachó la cabeza, y con el cuerpecillo estremecido, huyó en una carrera desesperada hacia el pueblo, aullando, como si, de pronto, el pobre perro hubiese comprendido...

II

—¡Escucha!... ¿No oyes?... ¡Adán! ¡Adán!... Escucha...

Se incorporó brevemente y contempló a la esposa, toda blanca, a la ventana, mirando la calle.

—¿Qué haces ahí?

—Escucha; aúlla el perro de Caín... Nunca hizo cosa semejante. ¿Qué podrá ser?

—Celos de la luna.

Los aullidos del gozque eran como gritos entrecortados. Sostenían su clamor y de pronto se quebraban, tal un cristal sobre el agua quieta del estanque. Quedaba entonces flotando en el aire un rumor sordo de ahogado, angustioso y tenaz.

Del corral venía una bulliciosa algarabía de ovejas asustadas.

—Algo pasa en el corral de las ovejas.

—Ya voy, mujer.

Saltó el hombre de la cama y vistióse con premura.

—Quédate... —dijo, viendo que la esposa se disponía a seguirle.

—Voy contigo...

Y salieron cautelosos, alumbrándose con el velón de los Difuntos. Las sombras de Adán y Eva se derramaron, alargándose, sobre las piedras del patio. La puerta del corral estaba abierta y apoyado en las jambas, como un ángel absorto, Abel les miraba.

—No están...

—¿Qué haces aquí, Abel, hijo mío?

—No están las ovejas negras de Caín... Sentí los aullidos del perro y salí...

—¿Qué es de tu hermano?

—Desapareció con sus ovejas, madre...

Sonaba la voz del hijo extrañamente. Parecía brotarle más por la mirada que por la boca, que tenía apretada, como conteniendo un grito temerario. En la calle, el gozque reanudó sus aullidos, más largos, más apremiantes cada vez.

Cruzaron los tres el corral, atravesando la manada azarosa de las ovejas blancas, despiertas y agitadas por el aullido del can, y abrieron la cancilla. Como un puño de sombra, saltó a sus pies el gozque aullador, retorciéndose, arrastrando el cuerpecillo por la tierra y mirando a los amos con ojos vidriosos, amarillos.

Intentó Adán atraerle, pero el can pareció encenderse y sus aullidos crepitaron como llamas azuzadas por el viento. Corría hacia el camino y tornaba de nuevo, al ver que nadie le seguía... El mísero animal saltaba, se retorció; mostraba sus dientes menudos y gruñía con ferocidad... Luego, de pronto, se arrastraba hasta los pies de Abel, mirándole fijamente en silencio.

—Algo le pasa a Caín...

Y los tres, precedidos por el perro, se lanzaron al camino, corriendo, desolados, como perseguidos por un enjambre de furiosos temores.

Y la noche era hermosa. De la tierra subían sus pequeños rumores, compactos, dándole armonía: Olía toda ella, en su desnudez, a muchacha llena de inocencia y de serenidad. Los altos chopos de la ladera cruzaban sus sombras afiladas en lo alto, esmeriladas por la luz penetrante de la luna, gran señora, rodeada de una corte minúscula, bullente y esplendorosa.

Sonaba alguna vez el hondo mugido de un buey, y su cálido acento llenaba la inmensidad de la noche. Entonces, el claro paisaje nocturno tomaba movimiento, se henchía como para recibir al paciente señor de la tierra, que anunciaba su llegada, así que el alba lograra abrirse paso entre las sombras.

La noche era hermosa. Alto el firmamento y el campo henchido de la gracia del hombre. Por el camino que lleva al río, la única humanidad despierta, guiada por la sombra ladradora de un perro, corría empujada por el primer miedo a la muerte... Y, cruzando los altos plantíos, al galope de su caballo, Amo Dios, con la frente aborascada y la mirada tendida a lo lejos, se acercaba.

Por un momento todo queda confundido, sumido en el fragor de su presencia. Parece como si de pronto, la naturaleza entera, sobrecogida, enmudeciera humilde ante la poderosa fuerza del jinete, salido de la sustancia del mundo. Y hasta el caballo de oro de Amo Dios imprime a su avance suavidad de gacela y rapidez de viento. Que algo le advierte de la importancia de su misión.

Cuando la mísera familia de Caín comprendió realmente la magnitud del suceso, fue cuando escuchó, como venida de lo alto, la voz de Amo Dios:

—¡Abel!... ¿Qué has hecho de tu hermano?

—¿Por qué me lo preguntáis a mí, Señor?... ¿Soy acaso el vigilante de mi hermano?...

Estaban tendidos a la orilla del río, sobre las piedras del cascajal. Eva sollozaba con hondas convulsiones, acariciando la cabeza de Abel, acogido a su regazo. Y Adán, con la mirada sombría clavada en las rojizas trombas del río, exploraba, a la confusa claridad de la amanecida, como si esperase aún la aparición milagrosa, sobre las aguas, del hijo fugitivo.

Durante las largas horas de la noche recorrieron de arriba abajo las márgenes del río: desde donde éste es una fina lengua de agua hasta donde se embalsa, para el riego, en un ancho lago inmóvil... Sólo pudieron obtener, como testimonio de lo ocurrido, el zurrón de piel de oveja negra que Caín llevaba colgado del hombro y que la furia de la corriente arrancó sin duda del cuerpo del pastor, como un trofeo.

Y quedaron allí, llenos de confusión, sobre las piedras húmedas, sin atreverse a nada, sin intentar siquiera comprender. Caín había muerto, pero la madre agarrotaba contra el seno al hijo vivo; porque de pronto le pareció que Abel estaba amenazado...

Tiraba de él como si otra fuerza extraña se lo disputara enconadamente; y le sentía incompleto, roto, entre los brazos; porque ella únicamente sabía que Caín era la mitad más fuerte de sus hijos y que sin él, Abel era sólo un blanco despojo amenazado. Eva sentía temor y duelo por el hijo vivo y, entre ronquidos de bestia madre, defendía lo que le quedaba contra la amenaza oscura del muerto. Mientras Caín viviera ella sabía que nada tenía que temer Abel, porque había leído en la fugitiva mirada de Caín el hondo amor que tenía a su hermano... Pero ahora ya no estaba Caín, y Eva sentía que, desde la muerte, tiraba el ahogado de este hijo que le quedaba.

Y se dirigió al Amo con voz enconada, sin levantar los ojos:

—¿Por qué preguntas a Abel por su hermano?... ¿Fue acaso él quien le sacó de casa y le empujó hacia las aguas del río?

Adán se revolvió contra la irreverente:

—Calla, mujer...

—Déjala, Adán... Alguien debe hablar. Que sea ella.

—¿Qué puedo decir?... Sólo sé que me quedé sin hijo.

—No; que sobre ti le tienes. Ése es el que te duele.

—¡Y me lo quiere quitar el otro!... Yo lo sé. Le sienta tirar de él... Se mató para llevárselo también entre las aguas como a una de sus ovejas.

Terció Adán, con hosco acento:

—Perdónala, Señor... El dolor la tiene trastornada. Todos estamos sin saber cómo ha podido ser todo esto...

—Vosotros matasteis a Caín. Yo te lo digo. Vosotros ahogasteis con él mis mejores ovejas.

—Fue él... Sólo él. Se hundió con ellas y por odio a su hermano. Porque éste no le quitara la estimación del Amo. Porque sabía que matándose así, con las ovejas negras, con vuestras mejores ovejas, dejaréis caer el peso de la indignación sobre Abel; sobre mi hijo... Le odiaba, eso es; le odiaba hasta morir.

—No, madre... Era mi hermano y no me odiaba. Yo sé mejor que nadie que Caín no me odiaba.

—Calla, inocente... Tú no sabes. Caín era malo. Yo sí que puedo saberlo. Era malo desde mis entrañas. Ya le sentía, dentro de mí, pequeño y feroz, azuzado por sangre negra, revolvérseme a dentelladas...

—Era mi hermano, madre... Y yo sé, mejor que nadie, que no me odiaba.

Las palabras brotaban oscuramente, cargadas de presagios. Se reconvenían la madre y el hijo, sin mirarse, sintiéndose el uno al otro, transfundiéndose con dolor. Los dos seres, rendidos sobre el cascajal, tenían dureza de pedernal, a la luz indecisa de la amanecida.

Sobre el firmamento la mañana iba trazando gruesas pinceladas bermejas. Los chopos empezaban a resplandecer.

Amo Dios tendió una última mirada compasiva sobre las aguas del río y, en silencio, emprendió el camino de regreso al pueblo. Los cascos del caballo resonaban

ahora sobre la tierra escarchada con solemne tableteo.

Y Adán sintió en el corazón el eco de aquellas pisadas que se alejaban.

Rompieron la presa que contenía las aguas y rastrearon el río, de arriba abajo.

Antes, las mujeres del pueblo lleváronse a Eva, casi a rastras. Abel no opuso resistencia y siguió a su madre, dócil y azorado. Pero Adán se quedó a ayudar a los hombres en su trabajo.

A la caída de la tarde, cuando el sol llameaba tras las colinas, apareció el cuerpo de Caín, rodeado por la corona negra de sus ovejas. Cortaron la cuerda que le unía a ellas y le tendieron sobre la hierba de la orilla. Luego, los hombres, en silencio, sacaron las petacas y liaron, despaciosos, un cigarro.

Alrededor del ahogado se formó un enjambre de chiquillos; sobrecogidos contemplaban el cuerpo hinchado de Caín, sin atreverse demasiado; se observaban los unos a los otros como si quisieran comunicarse sus miedos o estimularse en sus atrevimientos; luego volvían a mirar al muerto, llenos de curiosidad y de sorpresa. El rostro moreno del ahogado presentaba un sobrehoz cárdeno, como algunas estatuas de bronce. Y tenía los ojos abiertos, brillantes, como si en ellos hubiera quedado apresada una luz última escapada de lo hondo. Sólo los niños que le rodeaban se atrevían ahora —pasado el primer momento de turbación— a asomarse a la mirada abierta de Caín. Los hombres, con un gesto de fingida entereza, eludían el choque con aquel fulgor móvil, como las aguas misteriosas de los lagos.

Adán, empapado y friolento, seguía en pie ante el cuerpo muerto del hijo desdeñado. Él sí que miraba y sostenía el mudo reproche de aquellos ojos abiertos. Se sentía solo con su hijo en el largo desamparo del campo. Y, por primera vez, entabló con él un diálogo sin palabras, humilde y sencillo:

—¿Por qué lo hiciste, Caín?

—Fuisteis vosotros: tú, mi madre, mi hermano. Me empujabais a ello un día y otro. Sufríaís por mí y yo no quería haceros daño...

—Pero ahora todo será peor para nosotros.

—¿Por qué dices eso, padre? Ya no vive el lobo negro. Y Abel podrá ser feliz con María. Y mi madre no sentirá ya la sombra de Caín alrededor de su hijo. Y todos sus miedos desaparecerán.

—Tu madre dice que quieres llevarte a su hermano. Que tiras de él desde donde estás. Y Amo Dios se duele de la pérdida de sus ovejas negras. Si no lo hubieras hecho así, Abel las apacentaría ahora en tu ausencia...

—No sabría hacerlo, padre.

—Todos le habiéramos ayudado.

—Pero mi recuerdo —otra vez, y siempre, mi sombra— estaría entre ellas... Cuando se oyera el paso del rebaño, la gente me recordaría: «Ahora pasan las ovejas negras de Caín.» Y el mismo Amo Dios me tendría siempre presente en su memoria,

viéndolas... Y Abel nunca alcanzaría la felicidad.

—Pero ahora Amo Dios está enojado con nosotros, y nos pregunta: ¿Qué hicisteis de Caín? Vosotros le matasteis... Y eso no es cierto... ¿Verdad, Caín, que no fui yo, que no fue tu madre, que no fue tu hermano quien te empujó hacia las aguas del río, atándote a las ovejas negras?

—Sí; fuisteis vosotros; pero no con las manos, sino con el deseo... Yo os quería y me castigasteis con desamor.

—Nosotros te queríamos también, Caín; pero tú eras espinoso y sombrío como los vientos del enero.

—Ya no lo seré más.

—No; ahora es cuando de verdad gritarás en nosotros, siempre, con tu muerte...

Se le acercó el tío Pepón y le puso una mano sobre el hombro.

—Vamos, Adán... Hay que ser fuertes. Por mucho que le mires no le has de volver a la vida.

Y, luego, revolviéndose contra en enjambre de chicuelos, intentó separarles de la visión del muerto, con grandes manotadas.

—Vaya; se acabó el espectáculo... Cada mochuelo a su olivo...

El mismo tío Pepón se sacó un pañuelo grande de las profundidades del chaquetón de pana y lo extendió por encima del rostro del ahogado.

En esto, había llegado del pueblo el médico, montado sobre su caballejo peludo, como de estepa, y, sin mirar al muerto, gritó, dirigiéndose al corro de los hombres:

—Vamos; esto ya está visto... Cargad con él sobre el caballo y llevadle a casa.

Se organizó el cortejo: Delante, empujándose, corriendo, gritando, tirándoles piedras a las ranas de los charcos, como por la fiesta del pueblo ante la mojiganga de los danzantes, saltaba y aullaba la chiquillería. Luego seguía el médico, con el ramal de la caballería al brazo, conversando con el tío Pepón sobre la engañosa abundancia de la cosecha.

—Paja, don Herminio, paja todo... Allá para las Navidades ya veremos de donde sacamos el trigo para el gasto...

—Vamos, vamos, tío Pepón, que el tío Rodrigo asegura que él bien se avenía con años como éste...

Doblado sobre el caballejo, como un fardo descuidado, el cuerpo del ahogado se bamboleaba por sus extremos: le colgaban los brazos y las piernas; tenía la cara aplastada contra la montura de piel de carnero. Nadie le hacía caso.

Inmediatamente detrás venía Adán, silencioso y escalofriado; arrastraba los pies en el polvo del camino y sólo tenía deseos de llegar pronto a casa para beber algo bien caliente, y tumbarse a dormir y morir de una vez.

Cerraban la marcha los hombres que habían ayudado a rastrear el río y a rescatar el cuerpo de Caín. Seguían discutiendo con obstinación sobre viejos problemas de riego, de lindes y de sementeras, indiferentes al suceso, que consideraban terminado, de la muerte del hijo de Adán.

El día iba haciéndose poco a poco, con luces cada vez más puras... Surgían de las rastrojeras bandadas de codornices, poniendo en el aire un azoramiento estremecedor y en las colinas cercanas la masa rojiza de las bodegas adquiría viveza de llama... Salían a las faenas los carros rechinantes conducidos por mozos barbudos con cara de sueño, y de las pequeñas chimeneas del pueblo subían al firmamento las primeras bocanadas lentas.

Insensible, Adán caminaba detrás del caballejo peludo que transportaba el cuerpo de Caín. Y cuando advirtió la cercanía del pueblo se le violentaron las ansias de beber algo bien caliente, de tumbarse, de cerrar los ojos, de morir de una vez...

Alguien preguntaba en aquel momento:

—¿Qué hará Amo Dios cuando lo sepa?

—¿Dejará de saberlo ya a estas horas?

—No es lo peor que se le muera a uno un hijo o que se le desgracie un animal...; lo peor de todo es no saber lo que vendrá después...

¿Qué podía venir después? Cuando un hombre no ha dormido en toda una noche —se contestaba Adán— y ha recogido en la piel toda la humedad del cielo y de la tierra, y siente cansancio en los huesos, y le duele el frío del corazón; cuando un hombre ha tenido que secar el río para rescatar el cadáver de un hijo, que ahora lleva delante de los ojos como un pelele... ¿qué le puede importar lo que venga después? ... Sólo tiene ganas de tomar algo bien caliente, y tumbarse y morir de una vez...

III

—Padre, ¿no vas al velatorio de Caín?

—Vete tú, María... Ya iré yo más tarde a recogerte...

Se arrancó la moza del umbral y con paso lento se dirigió al pueblo... Amo Dios la contempló un momento, gozándose de su viveza; recreándose en el ritmo sereno de su paso. Cuando sólo fue una tímida sombra confundida en la de la noche, Amo Dios esparció la mirada a su alrededor como si vigilase el misterio profundo de la vida en reposo. Sentóse con gravedad en el poyo de piedra, bajo el fragor verdeoscuro de la parra y fue revelando para sí los minúsculos ruidos, tan llenos de azoramiento, tan insistentes. La noche tenía tirantez de parche viejo y sonaba estridente.

Revelar el misterio de aquella larga sombra rumorosa embebía frecuentemente el ánimo de Amo Dios. Era como si de nuevo, de la nada, fuera creando el mundo: Todo estaba como envuelto aún en la niebla primaria; la luz, la rosa, la canción. El estridor de los pequeños insectos, el rumor de las hojas, el suave gemir del aire, todo estaba allí, pero sin ser; confundido en el reposado caos de la noche. Y Amo Dios, con gozo penetrante iba rescatando para la vida auténtica, uno a uno, los mil elementos de que la noche se formaba...

Y distinguió el gorjeo exuberante del ruiseñor y le vistió de plumas, dándole un corazón caliente; y puso brillos de charol al menudo crujir del grillo; y frescor de limo verde al croar de las ranas. En la densidad de la noche distinguió las luces, caídas, de las casas del pueblo, quietas y eternas, como fuegos fatuos... Y para cada lucecilla fue creando un pequeño mundo: el del tío Pepón, el de don Herminio, el de Juanón. Cada uno distinto, pero paralelos.

(Como mulas de una misma yunta: pisando la misma tierra, dando los mismos pasos, con idéntica fatiga; trabajando, muriendo; trabajando siempre; muriendo a cada instante.)

Bello es el mundo cuando el hombre canta... La hermosura creada poco a poco se fundía al calor del hombre y su recuerdo y Amo Dios fue advirtiendo que en cada cosa estaba la presencia del hombre; pues sin él, ni la luz ni la rosa ni la estrella existían. Eran como figuraciones; sueños de sombra, a los que el hombre daba entidad, sangre y origen.

Solamente por ellos; por aquellos hombres señalados por las pequeñas lucecillas lejanas, la tierra existía y tenía fundamento el clamor de la noche. Ellos pisaban la tierra, la estercolaban con su sangre y con sus huesos; amaban sobre ella y parían con gozo y con dolor para nutrirla.

Amo Dios sintió frío de pronto. Porque la idea de muerte le trajo a la memoria la imagen de Caín, flotante sobre el agua rojiza del río, rodeado por la negra corona de sus ovejas. Y se levantó de la piedra y miró fijamente el resplandor más intenso de una lucecilla que alumbraba ahora el cuerpo frío del pastor. Y todo fue borrándose a sus ojos y enmudeciendo a sus oídos. Sólo le quedó, sonándole, la voz temblorosa:

—Yo no soy digno, señor...

Y Amo Dios repitió, gritándolo a las sombras:

—¡Abel! ¿Qué has hecho de tu hermano?

—¿Por qué lo hiciste, Caín?...

Caminaba despacio María, la hija de Amo Dios, repitiéndose:

—¿Por qué lo hiciste?

Y los ojos, ocultos en la tiniebla de la manteleta de terciopelo, brillaban con ansia... Nada de cuanto la rodeaba distraía su obsesión. Caminaba despacio, dialogando con Caín, metido en sus adentros desde siempre. ¿Cómo pudo no verlo el duro pastor de las ovejas negras?... ¿Cómo no pudo sentir su búsqueda, su gana de él? Desde que le vio en la casa de su padre: moreno como una talla, se le encendió el deseo de sentirlo sobre ella; así la noche alta sobre la frágil desnudez del arroyo; y le buscó con los ojos y con la voz, ciñéndose a su sombra, ofreciéndose...

(Cuando Caín llegaba a casa del Amo, María le salía al encuentro y le empujaba con dulces topetazos de cordera, invitándole.

—Caín ¿sabes que eres un guapo mozo?

El pastor temblaba como un junco y rechazaba aquel mirar que le atormentaba, que se le metía hasta las raíces del ser.

—Caín ¿sabes que me gustas?

Y era como si todas las ovejas negras se le metieran en la cabeza y le patearan dentro con sus pezuñas diminutas. Y no oía sino un trepidar confuso dentro de sí; y se le venía a los ojos un chorro de fuego que le escocía. Y entonces, huía, chocando contra las paredes de la casa...

Pero María conocía ya que el moreno hijo de Adán era su destino, le buscaba. Se dio cuenta del amor de Caín por su hermano Abel y quiso, enamorando a éste, quitársele del camino; o, mejor, quitárselo a Caín hasta dejarle solo y seco como una retama del monte. Ella le encendería luego, le incendiaría...

Pero Caín estaba aún lejano. Porque era él quien la seguía. Y María se sentía no deseada, sino vigilada. Cuando, durante la fiesta del pueblo, bailando, le decía a Abel: «Parece como si fuera Caín el que me abrazara...», era que cerca de ellos, atento como un negro mastín, Caín les seguía, les cubría protector, y ella se sentía realmente abrazada, poseída por él.

Abel, se dejaba arrastrar por aquella lava ardiente, sin darse cuenta de que en aquel juego de amor y de muerte él era, de los tres, el menos afortunado.)

A medida que se acercaba a la casa de Adán, se le encendían las ansias a la moza, como si el pensamiento fuera una brasa que el aire de la noche aventara. Por un momento se sintió como ceñida por su propio deseo; tan fuertemente que hubo de sentarse sobre un recuesto y desceñirse la manteleta para que la fresca mano del aire la calmara.

Al claro resplandor de las estrellas, su figura tendió una sombra quieta en la ladera. María era hermosa. Su vigor campesino poseía una armonía extraña y su blancura parecía haber sido arrebatada a las altas nubes; los ojos tenían luz real y verdadera, luz temblorosa de agua reposada en la profundidad de una gruta. Pero nadie en el pueblo había intentado nunca mirar aquellos ojos, asomarse a aquella luz. Porque en aquel quieto mar oscuro había algo misterioso que rechazaba el mirar de los demás, cubriéndose con un fulgor como de escamas violentas... María, desde el soberbio nivel de su hermosura, había impuesto a todos su dominio. Y nadie, ni Abel, con quien bailaba, se atrevió nunca a mirar fijamente aquellos ojos tan hermosos y de tanta crueldad guarnecidos. Era ella, María, la que miraba fijamente a todos, traspasándoles, buscándoles el cogollo del pensamiento o revolviéndoles las ansias allá en el hondón del alma.

La hermosa hija de Amo Dios se placía en encender a su alrededor la hoguera del deseo y se advertía el esfuerzo con que los mozos, renegridos de sol, acortezados como los negrillares de la ribera, lentos y torpes como oscuros bueyes, la recorrían con la mirada, deteniendo en la garganta un ronquido primitivo. Se complacía de esta veneración, porque creía que el mundo tenía que ser así; y que, al igual que los hijos de Adán cuidaban los rebaños de su padre y todos los vecinos del pueblo dependían de su casa, ella tenía que ser objeto único de aquel culto.

Pero Caín no venía a ella. Caín la evitaba sin temor, sin recelos. Caín quería a su hermano Abel con todas sus fuerzas y sabía que éste no podría pasarse sin ver a María, sin sentir sobre él la mirada dominadora de la hermosa. Abel era un ser indefinido; fluctuaba todavía entre el tibio regazo materno y la fría claridad de la calle; era un tímido que necesitaba sentirse amparado, querido, mimado. María era para Abel continuación de Eva, su madre: dispensadora, como ella, de caricias; cálida y acogedora como una clueca, bajo cuyas alas se sentía feliz. Caín conocía a su hermano y sabía que si María le dejaba, Abel se consideraría desamado por todos, desamparado y sin posible rescate. Por eso vigilaba a María y la celaba como un esposo, con temor de que ella, algún día, dejara al indefenso... Y María sentía que las ganas de Caín la subían a la boca y todo ya le sabía a él; hasta los besos rabiosos con que sorprendía a veces al cándido Abel.

Ahora allí, bajo el pálpito de las estrellas, tendida sobre la tierra, se le aparecía claramente la figura sombría y potente del pastor... Y como le contemplara una vez más evitándola, por entre las nubes blancas, le volvieron los deseos de verle otra vez; la última. Y ahora sí, de besarle por vez primera. Y se levantó del recuesto, y con la manteleta en la mano, echó a andar hacia la lucecilla vacilante que alumbraría ahora la talla endurecida del suicida. María, con el pelo derramado, la frente levantada y la mirada revuelta, como las oscuras aguas de la lluvia, ponía en el paisaje de la noche la armonía poderosa y triunfante de su paso...

Transcurría en silencio el velatorio. En un ángulo de la habitación, secos los ojos de lágrimas y el pecho quieto, Eva erguía su figura enlutada. Nadie se atrevía a mirar

hacia ella. A su alrededor, en rueda doliente, las mujeres del pueblo permanecían también quietas y envaradas. Alguna vez, la más habituada a estos trances, dejaba caer una sentencia:

—¡Quién lo había de decir!... Ayer tan apuesto y brioso y hoy con tanta negrura dentro...

Le respondía la joven viuda, opulenta de carnes bajo los lutos relucientes:

—Así es la vida...

Y dejaba escapar un largo suspirar que flotaba un momento y se alargaba con un jirón leve de humo. Pero nadie recogía la invitación y era entonces el silencio como un grito presentido; angustioso y tenaz.

—¿Cómo pudo hacerlo, tan galán como era el mozo? —insistió la comadre, mirando fijamente a Eva.

—Nadie se lo imagina —habló ésta, con severidad en la voz.

Y ya nadie insistió. Pero se adivinaba que cada una, en sus adentros rumiaba la historia.

Cuando María abrió la puerta, hubo en el corro un aleteo como de pájaros asustados y las miradas se iluminaron un instante. Porque, aunque sin aparente fundamento, todas enlazaban a la hermosa hija del Amo con aquella muerte desdichada.

María se cubrió la cabeza con la manteleta y dijo secamente:

—A las buenas noches.

Se escuchó un alargado murmullo. María se dirigió hacia la madre del muerto, e inclinándose sobre ella, la besó.

—Dios os ayude, señora... —dijo.

—Gracias, María.

—¿Dónde está él?

—En el comedor. Tú ya sabes...

—No se moleste... Quiero verle por última vez...

Y salió de la estancia despacio, soberbia y hermosa. Nuevamente la comadre enhebró la plática:

—¡Qué garrida la moza de Amo Dios!... Si su madre viviera.

—Afortunado el galán que se la lleve...

—Dios pone uno en donde quita otro, ¿no es así, comadre?

—No sé por qué lo dices... —replicó desabrida Eva.

—¿Por qué si no por lo del Abel y la María?

—Yo nada sé...

—Lo creo, galana. Que los padres nunca somos a enterarnos sino cuando hay que poner los remedios del Sacramento...

—Así es; así es... —terció la viuda.

Pero no cuajó la conversación y todo quedó en comienzos. Porque del rincón opuesto, con agria voz, la tía Francisca, la del esterero, impuso:

—Recemos por el eterno descanso del alma de Caín y porque el Señor le acoja en su santo refugio... Padre nuestro que estás en los cielos...

Respondió el coro con acompasado ritmo; y toda la estancia resonó suavemente como una oscura caracola.

De la habitación vecina, donde los hombres estaban reunidos con Adán, llegaba un rumor confuso de voces y chocar de vasos. Y precisamente, cuando la voz de la tía Francisca se hacía más apasionada, allá por la letanía, el cónclave masculino acentuó el griterío: Llevaba la voz cantante el tío Pepón, engarzado en agria disputa con don Herminio el médico; y subrayaba los argumentos con tan sólidas puñadas sobre el tablero de pino, que los vasos del aguardiente bailaban con estrépito.

—Le digo —y esto bien me lo sé yo— que no vale sacar los pies de la manta... Que nos dejen a nosotros con nuestro paso; que la tierra es como las personas y no admite que se la arrempuje... Ella da lo que es de ley y lo que Dios quiere y de nada sirven violencias de hierros...

—Brutos seréis hasta el fin de vuestros días... Y miserables comedores de tocino rancio... Eso es; y bien merecido que lo tendréis...

—Sarna con gusto no pica...

—Como perros sarnosos vivís; es cierto...

—Para eso está su ciencia, don Herminio... —apuntó un barbián patilludo...

—Que el diablo os lleve, digo yo... Y que todos vuestros males me les claven aquí —y el doctorcete hizo un gesto violento y sucio—. Lo que os duelen a vosotros son las ansias de tener. Y vivís como bestias; peor que bestias, para ganar tierra; y más tierra... Y ella os come como si fueseis montones de estiércol...

Resonó una carcajada. Don Herminio reprodujo el gesto de asco y miró a don Salustio, como pidiéndole ayuda. Don Salustio, el párroco, era un hombretón desgalichado, colgado de una enorme nariz acartonada y rojiza y coronado por un bonete de color indefinido.

—Sosiéguese, don Herminio —dijo—. Porque entre estos cafres todo sermón es inútil...

Intervino de nuevo el patilludo barbián, con voz estrangulada por la última libación:

—¿Cree usted, don Salustio, que Caín irá al infierno?...

Tronó la voz de don Herminio:

—Bestias... Bestias... Sólo a vosotros se os podría ocurrir hacer una pregunta semejante, con el cuerpo presente, como quien dice...

—Bueno; yo no he querido faltar a nadie... Sólo que yo pensaba eso... Pero sin tratar de hacer mal, claro es...

—No ha dicho nada, ea —se apresuró a decir el párroco.

—¡Sí que ha dicho...!

Todos se volvieron hacia el lugar donde Adán se hallaba. Y le vieron levantar la cabeza y mirar fijamente a don Salustio, mientras repetía...

—¡Sí que ha dicho!

Desde que regresó a la casa, acompañando el cuerpo del hijo, Adán se había dejado caer en aquel rincón, cerrado en un dolor sombrío y silencioso; ajeno a cuanto sucedía a su alrededor. Al principio, el cónclave intentó sacarle de su postración con preguntas y comentarios interesados, pero Adán, o no respondía o lo hacía de una manera incoherente y absurda, como sorprendido de que él mismo existiera realmente. Luego, acabaron por evitarle y le olvidaron al fin... Ahora, al oírle, les pareció a todos como si escucharan la voz de un muerto antiguo.

—¡Sí que ha dicho!... Y yo también quiero saber...

Don Salustio se defendió con un latinajo arrastrado y aclaró:

—Dejemos estas cuestiones, que a nosotros ni nos van ni nos vienen...

—¡Yo quiero saber si Caín irá al infierno!...

—¡Demontre!... Ya es endiablada curiosidad ésta... ¿Y quién puede decirlo, sino Dios?...

Adán volvió a caer en la negra sima de su silencio y todos los demás callaron también.

Para llegar al comedor, desde la habitación en que las mujeres velaban, había que atravesar el pequeño corredor voladizo, blanqueado ahora por la claridad de las estrellas. María lo hacía lentamente, agradeciendo la fresca caricia de la noche. Llegaban hasta ella, mezclados con el murmullo de los rezos, los atenuados ruidos del campo y el entrecortado batir de las esquilas del rebaño, reposando en la hondura del corral. Hasta aquel momento, la bella hija del Amo habíase movido como impulsada por una fuerza misteriosa, brotada de sus ansias de Caín. Se sentía atraída por algo que le nacía en los adentros y la llenaba, desbordándola. Lejos de oponerse a esta llamada de la sangre y del deseo, María la apresuraba con el recuerdo...

Pero en aquel momento, contemplando el largo sosiego del campo, le pareció entender que algo intentaba interponerse entre ella y el muerto, al que perseguía... Creyó distinguir, entre las breves luces lejanas, la de la casa de su padre; y, a través de una borrasca de nubes, de improviso apelotonada en lo alto, la noble presencia del buen Amo Dios, sentado bajo el emparrado...

La puerta del comedor estaba entreabierta y por la breve rendija se escapaba una amarilla claridad bamboleante. Empujó suavemente y una vez dentro cerró tras de sí, despacio, como si temiera despertar al muerto.

La habitación era grande, de paredes blancas y desnudas. Frontero con la puerta, un balcón poco espacioso y torcido, con las maderas entornadas y en medio de la estancia, sobre la mesa, una caja enlutada, con dos velas altas y pálidas luciendo a cada lado de la cabecera. Al abrir, una ráfaga de aire cruzó la habitación, golpeando las pequeñas lengüecillas de los cirios. La sombra de María se retorció violenta en las paredes, con grotesca magia sonámbula. Y la moza sintió que todas las llamas

interiores la salían por los ojos... Y se deslizó hasta la caja; y miró en su interior... Allí estaba Caín, duro como una talla, con la dulce serenidad de un ángel campesino, durmiendo bajo las estrellas... Nada de su resuelta belleza había sido alterada por la muerte: el pelo de azules reflejos; la frente ceñida, la nariz firme; la boca grande y voluntariosa y la potente barbilla... Sólo le faltaba el brillo alobado de los ojos.

(Dicen que a los muertos en el agua les desfigura y corrompe la desesperación; pero Caín conservaba pura su tosca gracia de dios pastor.)

—¿Por qué lo hiciste, Caín?... ¿Por qué lo hiciste?

Se inclinó sobre él, y cerrando los ojos, para así tenerle más entero y real, le besó en la boca quieta y fría... Le besaba vivo y ardiente; impetuoso y fiero: como le tenía en sus adentros; gustándose de él con sabores que le salían por la boca, subiéndola de las entrañas...

—¿Por qué lo hiciste, Caín?... ¿Por qué lo hiciste?

Le recorría el pelo, ocultando entre las greñas crespas sus manos, y le sentía como reanimado a su contacto.

—¿Por qué haces eso, María?...

Levantó la cara, irritada por la profanación de su silencio, pero sin soltar la presa... A su lado estaba Abel, triste, blanco, indeciso, indeterminado; sin atreverse a mirarla, como una delicada lucecilla plateada en la penumbra herida de la estancia...

—¡Abel!... Mira lo que has hecho de tu hermano...

Y nuevamente buscó en los labios apagados de Caín la vida que le reclamaba... Sintió sobre ella unas manos piadosas que intentaban apretarla dulcemente y una voz que la decía:

—Te quiero, María... Te querré siempre...

Era él, que la hablaba ¿desde dónde?... Y aquella dulce presión sobre sus hombros la recorría entera como un látigo de fuego...

—¿Por qué lo hiciste, Caín; si sabías que te quería?...

—Te quiero... Te quiero...

Apretó los ojos para sentir sobre su cuerpo —tal la noche llena de estrellas y de rumores gravita sobre la desnuda luz del arroyo— la presencia del amado...

Temblaron las pálidas lengüecillas de las velas y las dos sombras, enlazadas, se retorcieron un momento con aparatoso garabato, en la blanca pared... Por el muerto pasó una ráfaga de sombra...

¿Qué hacía allí a su lado, rendido como una oveja mal herida, el dulce y mínimo Abel?... ¿Había sido testigo callado de su frenética posesión del muerto?... ¿Del muerto?... No, sino del vivo; porque vivo y palpitante le tuvo en sus brazos y le sintió en sus adentros... María miró duramente a Abel a los ojos. Y le pareció verse en ellos, disminuida aunque entera, como aprisionada en la mansa profundidad. De pronto le subió a la boca el amargor de todos los besos y sintió como si las entrañas

se la revolvieran... Y gritó al infeliz, alentando rencorosamente:

—¿Fuiste tú?... ¡Cobarde!... ¡Tú fuiste!

Abel, caído sobre las losas rojas de la habitación, era como un ángel derribado y ciego. Tenía ganas de llorar, de llamar a su madre para hundirse en su regazo profundo y cálido... ¡Oh, si pudiera levantarse y correr y atravesar este bosque sombrío que se le cerraba amenazador!... Pero estaba cansado como una pobre bestezuela castigada, caído en aquel pozo hondísimo... Porque el bosque de sombras se había transformado ahora en un pozo de paredes de negra piedra. Y a él asomada, María le gritaba sin piedad, dejando resbalar, hasta tocarle, las negras sierpes de su cabellera destrenzada.

—¿Fuiste tú?... ¡Cobarde! ¡Cobarde!

Lloraba al fin, silenciosamente, con miedo de su propio alentar...

—¡Por que él está muerto, te atreviste!... ¡Le has matado otra vez!...

Se abrió la puerta con un duro golpear. Las débiles lengüecillas de los cirios se retorcieron un momento y, luego, todo quedó sumido en la negrura de la noche. En el umbral, recortado por la claridad de la luna, se mostraba la figura inmóvil de Amo Dios.

—¿Qué hicisteis?

Volvióles la espalda, con un movimiento lleno de infinito desprecio, y cerró la puerta... Escucharon su paso crujiendo sobre la vieja tarima del corredor y después el galopar despavorido del caballo bermejo, que se apagó en la lejanía...

Entre sombras prietas y silencios; María y Abel quedaron solos con su odio.

La caja del muerto acentuaba la negrura de la estancia con un trazo definitivo.

IV

Le enterraron con las primeras luces del alba. Hacía frío y el camino hasta el pequeño huerto de los muertos, aparecía con brillos de escarcha. Cuatro mozos, con ojos de sueño, le llevaban a hombros, con desacompañado caminar. Les precedía don Salustio, revestido de negra capa con bordados en oro, y embozado en una bufandilla negra, por evitar el relente de la madrugada. El monago —la cruz caída sobre el hombro— urgía a la comitiva, con un trotecillo de gozque, también por calentar con el ejercicio, y seguían en cortejo escalofriado los hombres y las mujeres de la aldea.

Despertaba el día perezosamente y los pájaros madrugadores cruzaban el aire con largos gorjeos. Por las colinas de las Bodegas apuntaba sus primeras lanzas rosadas el sol, y lentamente el campo se iba poblando de rumores nuevos, de imprevistos tornasoles, como en el primer día de la Creación.

De vez en cuando, el coro de comadres prorrumpía en alaridos prolongados, siempre idénticos, que el eco sostenía. Comenzaban en un lamento solitario, al que se unían, inmediatas, las voces del conjunto... Luego, de pronto, callaban y sólo se escuchaba el ruido de los duros terrones del camino pisados por los zapatos aldeanos.

El cura aprovechaba estos intervalos para rumiar sus latines, intercalando entre ellos rudas admoniciones al monago presuroso:

—... (¡Diantre! ¡Quédate quieto y no corras!)

Llegaba hasta allí el estridente clamor del campanil del pueblo, batido directamente por la tía Ulogia, la sacristana, viuda heredera del cargo por muerte del su hombre, sacristán y pregonero en vida.

Caminaba Adán a la cabeza del séquito con sombría faz y paso incierto. A ambos lados, el tío Pepón y don Herminio insistían en los viejos temas:

—Cuando la *londra* vuela alto, algo le pasa al campo...

Y con las mujeres, Eva, asida al brazo de Abel, sentía el temblor del hijo golpeándola en la sangre. Cuando las comadres plañían, ella preguntaba con ansia:

—¿Qué tienes, hijo?... Estás blanco como la escarcha.

—No es nada, madre.

—Algo te sucede. Y tú me lo ocultas. Haces mal, hijo.

—Le digo que no es nada.

Pero Eva sentía contra las suyas las carnes frías de Abel, que temblaba, y volvía la mirada hacia la hija del Amo, pegada a su costado, como queriendo adivinar por ella las causas de aquel mal del hijo.

María rechazaba la muda interrogación con violencia, con asco. Y de nuevo Eva volvía a la carga:

—¿Qué ha podido pasar, además de lo de Caín?

Cuando el cortejo penetró en el pequeño camposanto, ya hacía un rato que esperaba el monago, sentado sobre un montón de tierra, a un lado del hoyo preparado

para recibir los restos del pastor. A su lado, tirada, aparecía la cruz, que el rapaz se apresuró a levantar cuando el acompañamiento penetró en el recinto. Rodeó la fosa el vecindario y lo demás se hizo de prisa: don Salustio rezó los postreros latines, mirando con iracundia al aterido monaguillo; los gañanes portadores del muerto dejaron caer la caja en el fondo del hoyo con estruendo, como el que se sacude una carga molesta; soltaron las comadres el chorro de lamentaciones con redoblado brío y luego fueron todos desfilando por delante de la fosa dejando caer en ella cada uno su puñado de tierra. Se inició el regreso por el mismo orden: primero, Adán con los hombres maduros, que, ya sin el respeto del muerto delante, generalizaron y agriaron la disputa. Detrás, Eva y Abel con las mujeres casadas y las viejas... Y, aprovechando la oportunidad, con el descaró de animales del campo, los jóvenes se buscaron, entre un tumulto de gritos gozosos y de risas...

Sola se quedó María ante la fosa que Damián —el santero le llamaban, sin saber por qué— iba llenando con lentas paletadas. Sola y triste y rabiosa, sin saber qué hacer, ni a dónde dirigirse, ni a quien culpar de su desamparo. Porque ahora advertíase como vacía de improviso, hueca y dolorida como un tambor golpeado. Era como si las uñas afiladas de las estrellas la hubieran arrancado las entrañas y sintiera solamente el eco doloroso de un grito que la resonaba dentro, que se le esparcía por todo el cuerpo, sin poder ahogarlo. Porque lo único capaz de avivarla, de llenarla hasta los bordes, estaba allí, delante de ella, sepultado por la tierra rojiza y las piedras que Damián acumulaba con lenta indiferencia.

¡Cuánta vida borrada definitivamente bajo aquellos cuatro palmos de terreno!... Porque no era solamente la de Caín, desaparecida de improviso, la que se enterraba. Que un hombre, cuando muere, arrastra consigo trozos vivos de paisaje; en la pira silenciosa de su tránsito se carbonizan sangres y metales, flores y recuerdos; y ya, después de su muerte, nada es igual que antes; todo cuanto el muerto rozó con sus manos o animó con su presencia queda sumergido en un negro asombro, del que no se podrá reponer nunca.

Y María, sin la sombra animada, vigilante, de Caín, se sentía como desprendida también de cuanto hasta ahora constituyó la anécdota y la sustancia de su vivir...

—¡Lástima de mozo! —murmuró el enterrador con tono convincente, haciendo una tregua en la tarea.

¡Lástima, por qué?... Ella sí que merecía lástima y compasión de todos; que se quedaba vacía y sucia de los besos del otro. Ella sí que necesitaba merecer lástima y ayuda, ahora que no le quedaba nada dentro, que estaba allí, olvidada de todos; sintiendo de pronto el inmenso desamparo del campo y la tremenda indiferencia del cielo... ¡Lástima de ella, la triste, la perdida en soledad!

—No lo había mejor en todo el contorno... Noble y fuerte como un mastín.

No; sino traidor y receloso y cobarde, como una alimaña. Rondador de su propio

miedo a la vida. Matador de las noches anchas y rumorosas, de los bellos sueños entre el olor crudo de las sábanas; asesino despiadado de las pequeñas colinas, como pechos dorados, que se iluminaban con la aurora.

La vida adquiriría ahora para María un prestigio que no le fuera revelado mientras estuvo llena de él; la Naturaleza desplegaba, en una síntesis torturante, sus mejores galas y su aromas más penetrantes, turbándola: así el perdido en el desierto descubre angustiosamente el color y el sabor verdadero del agua, hasta entonces nunca considerados.

—No hubo mozo que le rindiera, ni moza que no se le enamorara.

—Pero yo le odio...

—Mala cosa es esa para andar con muertos.

—Tengo rabia de él en la sangre.

—Usted sabrá por qué, señorita. Yo de mí sé decir que estos muertos míos a nadie tienen odio ni de ninguno se quejan. Son como buenos amigos dispuestos siempre a complacerme. Y es que los muertos, como dejan de ser lo que fueron, son ya siempre lo que uno quiere hacer de ellos. Son como uno les recuerda. Cuando por las mañanas doy mi paseo de todos los días hasta el huerto, cruzando por entre las tumbas, les recuerdo a cada uno con lo mejor que fueron cuando andaban por el mundo; porque yo sé que para venir aquí dejaron para los vivos todo eso de la rabia y del querer malo. Aquí ¡para qué lo iban a necesitar! Y me parece que ellos agradecen que se les recuerde como a uno le parece que son mejores...

Pero María ya no podía recordar a Caín sin odio. Porque entre la imagen del muerto y su boca se cruzaban los labios fríos de Abel y sentía el asco de aquellos besos recorriéndola con violentos escalofríos. Y veía a su padre, recortado sobre el marco de la puerta —sombra negra de acusación—. Y escuchaba su voz:

—¿Qué hicisteis?

—¿Qué hice yo por ti, pastor de ovejas negras, cuerpo sucio de limo, mordido por los peces; carbonizado leño pudriéndote entre piedras? ¿Qué hice?... ¿Qué hice?...

El santero golpeó la tierra duramente, redondeando el pequeño montículo, ajeno a los gritos de la desdichada. Luego, se echó al hombro la pala y dijo sencillamente:

—Esto se acabó.

No; que ahora empezaba todo. Porque la muerte nada termina; deja las cosas suspensas y rotas en dos mitades para que los que viven las anuden y resuelvan. El muerto es ya sólo un nudo en la vida que ésta se encarga de apretar y desgastar con el uso.

Volvió la espalda al apretado montón de tierra roja y caminó despacio hacia la salida, seguida en silencio por el santero. Cuando salió del recinto de los muertos siguió andando, andando, sin volver la mirada. Escuchó el golpe de la puerta al cerrarse, el rechinar de la llave y dos voces que se confundieron:

—Buenos días, Amo...

—Vamos...

No levantó los ojos ni intentó conocer la dirección del mandato. Siguió andando, andando, junto al caballo bermejo de su padre, que pisaba la tierra del camino con suave cocear. Se sentía atada al arzón de la cabalgadura como una de aquellas mujeres que los caudillos bárbaros arrastraban como botín después de una correría por territorio enemigo.

Tenía miedo de mirarle, porque se sentía sucia de la más negra culpa; pero le veía, no obstante, entre extrañas luces, sobre el caballo, silencioso, irritado y solemne. Y sabía que era inútil pretender adivinar sus intenciones; conocer su destino; porque su padre era impenetrable, y, así como las nubes ocultan la transparencia del firmamento, el enojo velaba sus pensamientos... Si ella no estuviera manchada, si conservara siquiera el corazón sereno, tal vez acertara con la palabra conmovida, con el grito cargado de arrepentimiento, y, arrastrándose por el polvo del camino, a los pies del caballo, tal vez consiguiera detener aquella marcha; y arrancarle la palabra misericordiosa que tanto necesitaba... Pero no podía llorar, ni quería suplicar, ni conseguía serenar aquel corazón desbordado por el odio. No; no gemiría en vano; no desataría con lágrimas aquellas ligaduras que la penetraban en las carnes y la escocían como coronas de ortigas furiosas. Seguiría hasta el fin andando, andando...

El sol, levantado ya sobre las colinas, endurecía sus primeras luces y en ellas parecían chocar los seres y las cosas, produciendo un ruido de cristales estrellados. El caballo del amo relucía y sus pisadas, casi brincos de gacela, le sonaban a María como golpes sobre el parche del campo.

Se aproximaban al pueblo, y la gañanía, sobre los carros rechinantes, saludaba al extraño cortejo llevándose la mano al sombrero de la gorra. Sobre las pequeñas eras verdeantes se elevaban las pirámides doradas del trigo, y, en ellas, las pajuelas deslumbraban como alfileres de oro. Se escuchaba el perezoso arreo a los bueyes en la trilla y el ladrido juguetón de los canes.

Todos estos ruidos la llegaban a María como de otro mundo y la sorprendían cual si fuera aquella la vez primera que los escuchaba. Dicen que los condenados, cuando son conducidos al suplicio, reconstruyen fríamente y en velocísimo juego toda su vida ya en trance de romperse; y esto no por consciente voluntad, sino como por generosa condescendencia de la Providencia, que, de este modo, ofrece un último rescate a quien ya nada tiene, ni la propia vida. Pues así, María en aquel brevísimo trayecto, penetrando ya en las primeras callejuelas del pueblo, se entretenía en recomponer, con los dispersos rumores del campo, su propia vida, tan increíblemente larga y torturada. Su vida que se abría asombrada al cobijo del buen Padre y se cerraba ahora en aquellos lutos que la oprimían como hierros. Y, así como el condenado se siente incapaz de reflexión, sin ideas que le permitan apoderarse en última instancia de su propio ser turbado, María no acertaba a ligar serenamente tantos y tan atropellados sucesos como acudían a su memoria. Y les veía desfilar en sus adentros como en una mágica proyección que alguien se complaciera en enredar caprichosamente.

Llegaron ante la casa de Adán, y el Amo apeóse del caballo; se acercó a la puerta y, empujándola, señaló a María, con un gesto imperioso el largo y fresco pasillo que ante ellos se mostraba. Todo estaba como poseído por una gran quietud. Las gentes del pueblo, cumplido su deber de buena vecindad, habían abandonado la casa del muerto, volviendo a sus faenas.

(—Porque el campo no tiene espera —tú bien lo sabes— y hay que estar sobre los terrones y aprovechar todas las horas de luz, porque el tiempo no se revuelva y acabe, con un manotazo de lluvia o de pedrisco, con tanto sudor acumulado en las eras.)

Y solos quedaron Adán y Eva, con Abel taciturno, más blanco ahora que nunca. Los tres estaban silenciosos, hundidos en sus pensamientos negros; atemorizados de tanto silencio, cuajado de pronto a su alrededor. Del corral llegaba el triunfante clarinazo de los gallos, acompañado de un revuelo de plumas agitándose al viento; pero era un inaudito suceso que pronto quedaba sepultado en el silencio. También alguna vez, Eva, irguiéndose en el asiento, gemía:

—¡Cuánta pesadumbre junta!

Entonces Adán la miraba con dureza y Abel se encogía, como sorprendido del sonido de aquella voz. Ella misma sentía que sus palabras, rechazadas por todo cuanto la rodeaba, volvían de nuevo a metérsele entre la piel y era como si la pincharan mil diablos enloquecidos.

Cuando oyeron el roce de la puerta de la calle al abrirse, levantaron la mirada y quedaron a la escucha, con un pánico frío entre los huesos. No se oyeron los pasos del Amo ni los de María, porque el Amo no producía ruidos al andar y María se deslizaba como una sombra, pegada a la pared del largo pasillo. Pero los tres sabían que él estaba allí; olían su presencia como el mastín olfatea al amo que se acerca. Y esperaban quietos, con las gargantas secas, miedosos de su propio temor.

Se abrió la puerta y apareció María delante del Amo, muy pegada a él: tal el lobo empujado por los perros intenta retrasar el salto hacia la honda sima que le espera, retrocediendo temeroso, con miedo mayor a lo desconocido. Eva se levantó de un salto y, con ademán desesperado cayó a los pies del Amo, con desgarradores alaridos:

—¡Ay, Señor; qué triste suerte la nuestra!... ¡Ay, que muerte tan negra se nos ha metido en la casa!... ¡Ay qué maldición de los cielos nos acorrala!...

—¿Quién te ha dicho, mujer, que el cielo se acuerda de ti?...

—¡Ay, Amo nuestro y Señor nuestro... Míranos sin sangre ya en las venas; ni lágrimas para nuestra consolación!... ¿Qué va a ser de nosotros ahora?

—¿Pues qué te falta, mujer?... Perdiste lo que te estorbaba...

Intentó replicar la mujer, buscándose mediadora, y se arrastró hasta coger con las manos levantadas la cintura de María.

—¡Díselo tú, María; díselo tú!...

—¡Quítame las manos de encima!... ¿Quién te dice que yo pueda ya rogar por nadie?

La separó de sí con violencia. Y el Amo continuó:

—Perdiste lo que te estorbaba; pero yo vengo a reponer tu pérdida... Vengo a dejar con vosotros, para siempre, a ésta...

Y señalaba a la hija con el dedo, sin tocarla.

—¡No; padre; eso no!... ¡Abandóname lejos, en medio de la noche, donde se me borren todos los caminos!... Mátame antes. Pero aquí no; entre ellos no; entre ellos no, padre...

Y María, la que no supo rogar cuando se vio sorprendida en la habitación del muerto; la que no acertó con la palabra de contrición a la salida del cementerio; la que no quiso suplicar ni pudo llorar cuando caminó, pisándose el alma, colgada del arzón del caballo..., ahora, suspendida sobre el infierno de su condena, mirándose en su propio infierno, se arrastraba a los pies del Amo, golpeándose el rostro, gritando...

—Mañana, a la hora primera, casaré a ésta con vuestro Abel. Quedará ya con vosotros y yo vendré mañana a saber que todo se hizo como mando...

—Padre; padre... ¿por qué me haces tanto mal?...

Eva se había levantado del suelo y miraba asombrada y no entendía nada de lo que sucedía.

—¡Adán! —siguió diciendo el Amo—. Después de la boda entregarás las tierras y los rebaños que llevas al administrador...

—Comprendo, Señor...

Y se vio que a Adán se le arrancaban unas lágrimas grandes y se le rompían dentro del pecho los sollozos; y que Abel, más pálido que la luz del alba primera, caía también a los pies del Amo y le decía:

—Yo sé que hice mal, Señor... Pero yo solo soy culpable... Ella estaba ciega de dolor y no sabía... Y yo fui como un perro cobarde... Yo fui, Señor...

Pero María sintió las palabras humildes de Abel como un salvazo.

—No quiero deberte nada... Sí; tú los has dicho: eres un perro sucio y cobarde... cobarde... cobarde...

Y Eva no entendía nada de lo que sucedía. Sólo había oído que María la hija del Amo, se había de casar con su hijo, con aquel hijo tan sólo suyo (al que Caín humillaba siempre, porque era distinto y porque guardaba el rebaño predilecto del Amo)... Pero no entendía por qué tenían que entregar las tierras y los rebaños después de la boda...

—¿Qué será de nosotros si nos quitas las tierras y los rebaños? —preguntó—. ¿Cómo podrán vivir ellos sin nada después de casados, Señor?

—¿Y qué me importan a mí?... ¿Estoy acaso obligado a darles mi hacienda?

—No hagáis caso, Señor. Mañana, con la primera luz, serán casados y yo os devolveré todo lo que es vuestro, hasta el último grano... Y Dios nos valdrá en adelante...

Adán ya no lloraba. Miraba a los ojos del Amo humildemente, dejando escapar las palabras con temor de que en ellas pudiera deslizarse una intención amarga. Adán había comprendido que el corazón del Amo sangraba; y en su mirada profunda le

había parecido ver, como grandes copos de nieve, dos lágrimas como las que a él se le escaparon; lágrimas de hombre que sufre y que sabe cuánto duele un hijo si le vemos roto y sucio entre las basuras de la calle...

Y siguiéndole en su marcha silenciosa, se olvidó por completo de aquellos tristes seres caídos, como ángeles negros del odio, y le subió del corazón una gran ternura por el Amo, que se alejaba ya en su caballo de oro, envuelto entre el polvo cálido del camino. Y se le oyó:

—¡Pobre Amo Dios!... ¡Pobre Amo Dios!...

V

Se casaron muy de mañana. Aún temblaban en el firmamento las estrellas. Venía de las sierras vecinas un aire sutil que arrancaba a los chopos una quejumbre entrecortada. Por entre las colinas de las Bodegas se asomaba el día, empinándose trabajosamente, luchando con las sombras apostadas entre los zarzales... Brotado de la nada del mundo, un pájaro invisible ensayaba su gorgorito triunfal.

El campo estaba tirante y sonaban en él las pisadas lentas del caballo del Amo con seco estrépito. Caminaba despacio, con andadura regular, fundidos, caballo y jinete, en la bruma cenicienta. Miraba el Amo a lo alto, impasible, extraño; perdido en la contemplación de la confusa luz, que poco a poco se hacía; en el temblor lejano de la enramada, que era como un presentimiento metiéndosele a la tierra tibia entre las carnes; en la macerada claridad de la mañana que abría una ancha brecha morada en la negrura del horizonte, como una herida de sucios bordes y que se ensanchaba lentamente, dejando caer su claridad sobre la confusión del mundo en sus comienzos.

(—Porque todos los días el mundo se hace a sí mismo —murmuraba el Amo—. Todos los días se repite el glorioso misterio de la Creación en la leche dorada y nutricia de la primera luz... He aquí la tierra, como una inmensa vaca, pastando la reciente claridad de los cielos. ¡Tan dulce y resignada! ¡Tan perfecta siempre y tan distinta! Sólo el hombre rehuye el baño purificador de la mañana; solamente él teme desprenderse del hábito sucio dentro del que se pudre. Sólo el hombre teme la resurrección de cada día. Por eso canta a la muerte y se hunde en el sueño.)

Los objetos iban adquiriendo contornos, creándose; y, muy indefinido, tal el primer vagido de un recental, el rumor del mundo se extendía por el gran silencio de la noche... Y cuando, de lo desconocido, le brotó a la tierra el alado estupor del primer pájaro, el Amo sujetó con fuerza la brida, y el caballo, dolido, se paró, levantando la cabeza, como pidiendo a su dueño la razón de aquella violencia. Salió por un momento el Amo de su extrañamiento y siguió con la mirada el vuelo fugaz, hasta que la sonora pelota de sombra se perdió en lo alto. Y entonces, le vinieron al Amo unos sudores fríos, como de muerte, y todo el pensamiento se le llenó de la imagen de aquella hija muy amada, que se había arrancado de los adentros y cuya ausencia le dolía como si le quedara aún su huella en llamas. Y se contempló, entregándola, como una cordera, a los dientes blancos y fríos de aquel bello hijo de Adán, su colono. Y se acordó del pastor Caín —mastín leal de la casa— y sintió de nuevo la furia por aquella muerte y por la de sus ovejas negras; y lloró por aquella vigorosa simiente con la que él pensó se sembrara el vientre de su hija. Y tuvo vergüenza del recuerdo de María, caída como espiga carbonizada y manchada por la saliva blanca de Abel. Y le pasó, no obstante, un viento de angustia por el corazón, y sintió deseos de torcer el rumbo del caballo y esperar, sentado sobre la piedra de su casa, a que la hija volviera pidiéndole un poco de caridad para aquella su carne podrida.

(—Pero no vendrá a mí. Es orgullosa y sabe que el castigo de la culpa es ley que debe cumplirse. Ella no vendrá a mí; ni yo podré detener la impasible marcha del caballo que me arrastra... Y nada es más noble que detenerse. Pero ¡qué difícil, y cuánto dolor cuesta conseguirlo! Porque el hombre no ha aprendido a detener su paso; porque no ha logrado serenar su marcha, porque no sabe concederse pausa y aliento, todo a su alrededor se precipita y se desvanece... Sólo el ser entero y permanente consigue detenerse y concederse un instante para el reposo, para la reflexión o el sueño... Bienaventurados los que se toman tiempo para la contemplación, porque de ellos será la Belleza... Mas ¿quién detiene al tigre sobre la huella de la gacela; ni quién al hombre ante las puertas del pecado? ¿Quién es capaz de apagar las hogueras de este infierno de mi pecho; ni cómo cegar ahora el hoyo negro en que la he hundido?...)

Temblaba la creación entera envuelta en la blancura del alba. Levantó el Amo la mirada y pudo contemplar cómo las picas del sol abrían caminos de oro al nuevo día. El Amo pasó la mano por los ojos, deslumbrados de luz y de ternura, y sacudiendo la cabeza, aflojó las riendas. El caballo reanudó la marcha con pisada regular y firme. El viento, que se le metió al Amo por los ojos y por la boca, tenía un sabor amargo de lágrimas.

A la vuelta del sendero se le descubrió el pueblo, envuelto aún por la niebla cenicienta que se retiraba saltando las bardas de los corrales para deshacerse en las eras verdecidas de las afueras. Se metió el caballo por la calle empinada y sus cascos resonaron fuertemente, dejando un eco largo. Pero nadie abría los postigos, ni encendía las luces. El pueblo era como un gran cementerio de adobes amarillentos, con seres oscuros, inmóviles y vigilantes en los huecos. Desde las cocinas frías, las gentes vigilaban los rumores del campo y ahora, al fin, al percibir la pisada firme del caballo del Amo, contaban los golpes del hierro sobre los cantos y esperaban ocultos, apretados, inmóviles, sin entreabrir un postigo ni encender una luz. No sabrían decir por qué, pero todos tenían miedo al día. Sabían que dentro de unos minutos saldría el cortejo de la casa de Adán: La María, el Abel; Adán y Eva. Nadie más. No tocarían campanas, ni se encenderían más luces en el altar que las velas de la misa diaria...

Y en la iglesia vacía y fría, quedarían casados para siempre. Y nadie disfrutaría con ello; porque no habría festejo, ni banquete de boda. Tal estaba dispuesto por el Amo. Y es que aquella boda era como una expiación; como el castigo de una gran culpa: La de la muerte de Caín.

Nadie durmió en el pueblo aquella noche. En la oscuridad, acercándose los rostros para hablarse sin que la voz sonara; con los ojos relucientes, velaban, arrancando al silencio sus secretos. Y así, misteriosamente, se enteraban de todo; como en las hondas celdas de las prisiones, en las que el aire y la luz escasa cuenta a los reclusos la verdad de lo que sucede al otro lado de los fuertes muros, así el pálido

fulgor de las estrellas y los rumores confusos de la noche se metían por entre los resquicios de las puertas y llegaban hasta aquellas gentes con el alma abierta de curiosidad. De vez en cuando sonaba un grito aislado, vibrante, como un clamor, y la mujer, revolviéndose en el lecho, le susurraba al esposo:

—¿Oyes? Es la voz de Eva... La matará Adán... Y hará bien. ¡La gran perra! Odiaba a Caín como si no lo hubiera parido...

—¡Calla!

—¿Qué pretenderá el Amo con ese casorio? Juliana, la del Martín, dice que el Amo le quitará las tierras al Adán. ¿Sabes algo?... Anda, buena ocasión para hacernos con alguna. ¿Me oyes?

—¡Déjame!

—Déjame; déjame... Si te hubiera dejado antes de casarme contigo... ¿Lo oyes? ¿Por qué no te atreves y le pides al amo la tierra del Robledal?

Otra vez era el ruido seco de un portazo, que el eco esparcía.

—¿Oíste?... Ya salen.

—No puede ser. Aún no ha venido el Amo.

—A lo mejor no quiere ni asistir a la boda.

—Le esperan... ¡Sí, vendrá!

—¡Cállate!

Era el ruido de los cascos del caballo del Amo. Y no hizo falta que los unos se lo dijeran a los otros. Todos le conocieron. Y se callaron y esperaron ansiosos.

El Amo pasó sin detenerse ni mirar siquiera a la casa de Adán. Siguió calle adelante, hasta desembocar en la plaza de la Iglesia: una placita pequeña e irregular. El pavimento formaba numerosos montículos y baches y daba la impresión de haber sido socavado recientemente. En uno de los lados del triángulo que forma la plaza está la iglesia, de panzuda fachada de piedra y ladrillo, rematada por una espadaña de dos ojos. En lo alto, a la luz difusa del amanecer, las dos campanas parecen negros pellejos vinateros colgados a la escarcha para purificar el vino.

A la puerta de la iglesia esperaba ya don Salustio, el cura. Temblaba como una vara verde bajo la pelliza forrada de pieles de conejo sin curtir, a pesar del bonete encasquetado hasta las cejas y de la bufanda con que se cubría cuello y nariz. El monago bailaba sobre las losas del portal de la iglesia, por no perder del todo el calor del cuerpo.

Cuando el caballo del Amo apareció en la plaza, al cura le entraron de repente unos terribles escalofríos y con voz temblorosa azuzó al chico:

—¡Quico! ¡Quico!... Pero este demonio de arrapiezo... Corre a sujetar el caballo... Vamos, hijo; de prisa...

Y allá se fueron párroco y monaguillo, ligeros como corzos, a recibir al Amo. Éste, antes de apearse del caballo, levantó la mirada hacia lo alto y se quedó como prendido en el fulgor insistente del lucero de la mañana. Luego, se desprendió de la silla en un ágil salto y entregó las riendas al rapaz escalofriado.

—¡Aviva, demontre! —rezongaba el clérigo—. Guarda el caballo en el portal del Ayuntamiento y enciende el altar... Por aquí, señor —continuó dirigiéndose al Amo—. Es la hora y no tardarán. Todo se hará como mandasteis. No creo que el Adán haya invitado a nadie...

Penetraron en la iglesia, llena de sombra y de frío y el Amo se arrinconó contra uno de los pilares. Don Salustio andaba a la rueda, sin atreverse a hablarle, temeroso de quebrantar su hosco mutismo. Por fin pareció tomar una decisión y corrió a la sacristía desapareciendo por el negro agujero abierto al lado del altar mayor.

Entró de la calle, corriendo, el monaguillo y se quedó de pronto parado, como si la sombra del recinto le hubiera detenido con su blanda puñada. Luego, los ojos se le acostumbraron a la oscuridad y vio la figura solemne del Amo, erguida contra el pilar. Se le acercó arrastrando mucho los pies y dijo:

—Y a vienen, Señor...

Y sin esperar respuesta, como un perrillo temeroso, alcanzó, de una carrerilla, las gradas del altar. Ya don Salustio asomaba la jeta friolenta por el agujero de la sacristía, revestido de roquete y estola, sobre la pelliza y manoseando nerviosamente el libro de los casorios, como le llamaba el monago. Éste, empinándose, alcanzó los candelabros de bronce y encendió las velas. Desde el fondo del templo, aquellas llamas amoratadas, temblorosas, parecían dos extrañas pupilas fulgiendo vigilantes en la oscuridad. Por el único ventanal, abierto en lo alto, asomaban friolentas las primeras luces del día... Se oyó en la plaza un rumor de pasos y la puerta de la iglesia rechinó, con un chillido penetrante. El Amo volvió la mirada. Le pareció escuchar en lo hondo una voz que le repetía:

(—Aún es tiempo. Todavía puedes detenerte y enmendar tu propia furia. Dentro de unos momentos ya será tarde para todo. Se te habrá marchado la hija como un agua sucia de entre las manos... Aún puedes salvarla y salvar lo mejor de ti mismo: el amor. Porque bastará una sola palabra tuya y ella volverá a ti sana y salva... Porque sólo tú, el Amo, puedes hacerlo. Ya está perdida; ya la tienes apretada contra el lodo blanco de Abel... ¿Qué puede hacer para ganarte de nuevo, Señor? Es tu hija y la condenas fríamente... ¡Oh, cruel!... ¡Oh, miserable!...)

Por entre los bancos rústicos de la iglesia avanzaban el cura y el monago. Este último llevaba en la mano el candelabro del altar, con la velilla encendida; y precedía al clérigo, mostrándole el camino. Al pasar cerca del Amo, don Salustio le miró de soslayo, siempre pendiente de su gesto último. También el buen clérigo pensaba en que aún era tiempo; en que toda aquella confusa y triste ceremonia podría celebrarse cuando el día estallara de sol; con ruido de dulzainas y tamboriles y cánticos de boda.

(—Salga, señor cura, salga — salga de la sacristía; que está la novia caliente — y se está quedando fría... Cristo me perdone; pero es la verdad, ¡qué demontre!... ¡Que esto es tan triste como un funeral y a uno le da pena el verlo tan solo!...)

Pero el Amo siguió inmóvil, junto a la pilastra fría, como una de esas figuras de piedra de los atrios de las catedrales; con la mirada vacía y la boca apretada.

Salió el cura a recoger a los futuros esposos y se le cerró la puerta con un agudo lamento prolongado. Luego, el recinto volvió a llenarse de silencio. Sobre el altar, la solitaria llama de la única vela encendida que quedaba, fulgía, atenuado su parpadeo por la invasión constante del día, a través de la ventana.

(—Yo no había soñado para mi hija esto, esto... ¿Quién nos empujó a todos hasta aquí? Yo quise siempre que Caín fuera para ella. Y María le deseaba como nunca mujer alguna deseó sangre y peso de varón. ¿Por qué me lo mataron? Él me hubiera dado frutos fuertes, sanos y valientes. Porque Caín era noble y bravo y leal como un mastín... Pero la envidia se le enroscó al corazón y al entendimiento y me lo arrastró hasta las aguas del río...)

De afuera, del portal de la iglesia, venía el rumor de los latines a los que el monago ponía, de vez en cuando, la estridencia del estribillo. Rechinó de nuevo la puerta y asomó la figurilla desmedrada del acólito. Venía detrás el cura, mascullando latines y sosteniendo sobre las manos juntas de Abel y de María la estola, como una cadena. Cerraban el cortejo Adán y Eva, los dos de luto, vencido el rostro y el paso torpe...

Nadie miró, al pasar, hacia donde estaba el Amo. Más que verle, le sintieron en lo hondo del alma, y algo misterioso les avisó de su presencia. Pero ni María, la hija, intensamente pálida y hermosa como una virgen aldeana, que avanzaba con estremecedora decisión; ni Abel, como una llama blanca y triste siguiendo, sugestionado, los pasos del clérigo; ni Adán, abatido; ni Eva, brillante de cólera bajo la manteleta de negro terciopelo; ninguno se dejó vencer por la gana violenta de mirar al Amo...

Cuando llegaron al altar, los novios se postraron a los pies del cura, y éste, flanqueado por el monago, que esgrimía su pálida antorcha, comenzó a dar vueltas al libro, mientras rumiaba en el modo de comenzar la plática.

(—Que no, demontres; que esto no debe ser así... Y Dios no puede verlo con buenos ojos... Que boda sin jolgorio, ni es boda ni es nada... ¡Mírales, qué caras tienen los novios!... Más parecen condenados... «Salga, señor cura salga — otro día rezará — que está la novia aguardando — y se nos va a desmayar»... Que así tiene que ser... demontre.)

Les casó como Dios manda. Aún estaban hincados sobre las frías losas del altar cuando en la calle sonó el cocear nervioso del caballo del Amo. Luego, se oyó un largo galope, que se fue alejando y apagando, hasta borrarse definitivamente.

Pero nadie volvió el rostro. Siguieron unos minutos allí, como clavados en el suelo. Después se levantaron con terrible sosiego y avanzaron hacia la salida. El sol, reciente, dejaba caer, desde el ventanal, su pequeño clamor dorado sobre la silenciosa comitiva.

Los cuatro —Adán, Eva, María y Abel— caminaban despacio, separándose unos

de otros; odiándose ya bajo las bóvedas frías de la Casa de Dios, con toda su sangre. Parecía salirles el rencor por entre la piel y se evitaban con el temor de que toda aquella furia represada hiciera explosión, destrozándoles.

Cuando llegaron al lugar donde el Amo estuviera contemplándoles, los cuatro volvieron los ojos hacia allí, como buscándole. ¡Había tanto amor en las miradas; tanta tristeza y pesadumbre, que dolía verles marchar, tan solos, tan sin esperanza, hacia la vida!

Desde el altar, el clérigo y el monago, vueltos hacia ellos, les contemplaban, sin entender...

(—Casada, ya estás casada,
con los libros de las bodas...
Blanca flor me pareciste
y águila revoladora...)

VI

(—¡No puedo más!... Es mejor dejarse morir. Ahora al menos tengo fuerzas aún para elegir el lugar donde acabar de una vez. No quiero esperar a caer roto como un árbol podrido; ni a que me arrastren a un agujero cualquiera para ser en él olvidado... ¡No quiero! El hombre tiene derecho al menos a elegir la tierra que le ha de cobijar para siempre... ¡No daré un paso más! No puedo... ¡Ya basta, Señor! ¿Qué quieres de mí? ¿Qué puedes exigirme? Ya nada me queda. Devolví las tierras y le libré de nuestra presencia. Somos ya gentes sin patria; perros extraños; sin arraigo en ninguna parte. Andamos, andamos, andamos... ¿Hacia dónde? ¿Hasta cuándo?... No puedo más; no puedo...)

Se salió del camino y corrió a sepultarse en la cuneta. Y se hundió en el polvo sollozando.

Era la hora del mediodía. Caía el sol como una barra de hierro fundido, vertical y terrible, sobre la tierra.

La silenciosa caravana se apartó del camino y se echó a reposar sobre el ribazo.

(—Cobarde; miserable cobarde... ¿De qué pueden servirnos las lágrimas ahora? ¿Sirven alguna vez de algo las lágrimas a los pobres?... Te dejaste arrancar de las manos lo nuestro; las tierras que habíamos trabajado; que habíamos sacado de la nada, dándoles sangre y sudor y sueños nuestros; te las dejaste quitar... ¿Y por qué? Porque su hija —¡la perra!— tenía gana de Caín. Porque la muerte se lo quitó de entre los dientes... Porque se le fue con sus ovejas. ¿Tenemos nosotros la culpa, acaso? ¿La tuvimos de que ella —¡la muy sucia!— se dejara caer sobre el Abel, como un ave de presa y le rasgara las carnes?... Mírala; agarrada al hijo de mi sangre; bebiéndole la vida con el sufrimiento... ¿De qué sirve llorar, cuando todo el mundo nos rechaza como a gitanos sin tierra?... ¡Cobarde! ¡Miserable cobarde; que no supiste levantarte contra él!...)

(—Ya no sé qué es lo que debo hacer... Tengo miedo de todo... Desde que salimos de casa —¿cuántos meses hace?... —¡Oh quién lo recuerda— todo se ha vuelto contra nosotros!... Andamos, andamos —¿a dónde nos dirigimos, Señor?— y es como si estuviéramos condenados. Ya no sé qué puedo hacer... ¡Nos falta tanto camino para llegar!... ¿Y qué haremos?... Mi madre dice que en la ciudad conoce a un paisano amigo y que allí será diferente... Nadie sabrá de nosotros nada, al menos... Y podremos trabajar. No pasará lo que por estas tierras, donde todos nos miran con temor, con odio... Lo saben todos; y si no lo saben lo adivinan en nuestros rostros. Y el Amo habrá hecho conocer por todo el contorno su decisión de expulsarnos del país... Sí, en la ciudad será distinto. Tiene que ser, porque si no... Ella ni me mira siquiera. Le causo repugnancia... ¡Y va a tener un hijo mío! Y no quiero que le odie como me odia a mí...)

(—¡Un hijo!... ¡Un hijo!... ¡Un hijo!... Esto es un hijo. Lo sé. Lo siento dentro revolverse; escarbarme las entrañas, beberme la sangre... ¡Un hijo!... Un hijo blanco,

lleno de salivas, como él... Un hijo del asco y del odio... ¡no; le mataré antes! Y yo me mataré con él... No quiero tener un hijo de esta sangre podrida... Pero mi padre no sabrá nada. Él, menos que nadie... ¡Oh; cuánta rabia muerdo en su recuerdo! ¡El cruel!... Ahora estará sentado bajo la sombra de la parra, pensando tal vez en mi muerte... ¡Sí; él hubiera deseado que me hubiera matado, para borrar su vergüenza...! Pero viviré y algún día tendré valor para mirarle a la cara y escupirle... ¡A mi padre, sí! Le escupiré... Pero esto mío... ¡Oh, cómo me duele dentro!...)

En todo lo ancho del campo —un campo amarillo de hirsutas rastrojeras— no se veía una sombra. Era un panorama desolado, de fuego y soledad. Hasta los pájaros, en su vuelo, parecían dejar una estela luminosa, como esas estrellas fugitivas en las noches densas, con presagio de tormenta. El camino, estrecho, destacaba difícilmente su color plomizo por entre las tierras. Alguna vez, levantaba su cresta petulante sobre las cañas una roja amapola, que la brisa, cargada de fuego, bambolea. Había un gran silencio que lo llenaba todo; y el mundo era como un pozo ancho, rebosante de llamas.

Metidos en su hondura, los cuatro seres sentían el aprieto del contorno y medían la magnitud de su soledad mirando a lo alto, donde el firmamento parecía una losa puesta allí para evitar su fuga hacia lo alto.

De la alforja, sacó Adán un pan ennegrecido y un trozo de queso. Hizo cuatro partes y las puso delante para que cada cual eligiera la suya. Él apartó la mirada hacia el camino, que se retorcía a lo lejos, metiéndose por entre los henos amarillos del paisaje como una larga espada reluciente.

Eva eligió dos partes y se dirigió con ellas al hoyo en que Abel se había sepultado, buscando la fresca entraña de la tierra.

—Come, hijo.

—No tengo gana.

—Haces mal, hijo. Debes comer; necesitas vivir; necesito que vivas. No quiero que te me mueras de ansia en estas tierras de maldición.

—No quiero, madre.

Cogió Abel el mendrugo que le ofrecía y se acercó a la esposa, arrastrándose.

—María, come esto.

Saltó la madre y se apoderó de las manos de Abel.

—¡No; para ella no!

—Quite, madre.

—¡Tu pan no! Es para ti... Ahí tiene lo suyo, si lo quiere; pero este pan es tuyo. Lo traigo yo para ti.

Se agarraba al brazo del muchacho como una hiedra vieja y le clavaba la mirada, cargada de odio, en los ojos.

—¡Quite, madre!

La separó con tanta fuerza que cayó duramente contra el suelo. E insistió con la esposa:

—Debes comer, María... Ya sé que prefieres morirte antes que aceptar este pan que te doy; pero yo quiero que vivas para ti y para lo que llevas en ti...

Se revolvió lentamente y le escupió con voz recomida por la rabia.

—Cállate... No quiero morir; ¿lo oyes? Déjame. Cuídate de ti mismo...

—Déjala, sí... Ven, Abel, hijo... La muy perra... ¿Por qué no te dejó a ti antes? ... Se metió entre nosotros como una loba en celo... La muy sucia... Y nos clavó a todos los dientes en la carne. Y luego, el castigo. Como si nosotros hubiéramos ido a sacarla de la cama en que se revolvía como una furia... ¿Por qué no te ahogaste con tu Caín, perra podrida?... ¿Por qué nos has arrastrado a esto?...

—¡Cállese, madre!...

—Ya lograste lo que querías. ¿No deseabas varón que te empañara? Ya tienes en ti el fruto... ¡Así se te pudra dentro!...

—¡Cállese!...

Y el dulce y blanco Abel, erguido de pronto junto a su madre, descargó sobre ella un golpe brutal con el pie. Y luego, escuchando el sordo gemido de Eva, se sintió tan en pecado, que corría como enloquecido, dejando salir del pecho largos sollozos, hasta perderse envuelto en el polvo del camino.

—Tú me pegaste, hijo... Tú me pegaste... Y fue por ella; por esa maldita; por ella...

—Cállate, mujer... Acabarás con el chico... ¿Porqué has de ser como eres?

La voz de Adán tenía un acento resignado y dulce, como esas rachas de viento tibio cuando envuelven la piel del hombre sudoroso.

—Cállate, mujer. Te atormentas con tus odios. Quieres perdernos a todos y lo conseguirás... (Se aproximó a María y le tendió su pan.) Debes comer un poco y descansar... (Volvió a su sitio y se reclinó sobre la cuneta.) Esperaremos el regreso de Abel. Él volverá... Tal vez sea mejor pasar la noche aquí. Todos estamos demasiado cansados para seguir adelante. Mañana, con las primeras luces, seguiremos. (Lanzó un suspiro hondo.) ¡Hasta que Dios quiera!...

Y todo se llenó de nuevo de silencio. Y el campo, endurecido por la luz, se hizo más ancho, más tirante y más solitario. Y se escuchó un grito violento de María, porque había sentido de pronto como un desgarrón en las entrañas; pero pasó el dolor y los tres seres derrumbados se hundieron aún más en su propia desesperación... Cerraron los ojos y todo se les llenó de negrura. Una noche más oscura y más terrible que todas las noches pasadas, les salió del corazón y les fue subiendo como un mar, por las venas, por los ojos, hasta cubrirles por completo, hasta sumirles en su oleaje silencioso; poblado de extraños seres.

El mar en el que Adán se abandonaba era como un rostro inmenso, como una solemne faz de ojos muy abiertos; las grandes barbas formaban encrespados oleajes que a veces se elevaban retorciéndose y otras parecían mullir aquella cara blanda,

inexpresiva, de profundos ojos vacíos. Adán flotaba, empujado por las aguas, sintiéndose atraído por las dos cuencas huecas de aquella calavera barbuda; Adán no presentaba resistencia —¡Ya no puedo más, Señor!—, pero cuando parecía estar próximo a ser engullido en el oscuro agujero, un manojo de barbas impetuosas le separaba del peligro. Él se sentía bogar por el rostro navegable y tormentoso que era como un río sucio. Una vez, el golpe de agua le volvió y tuvo, pegada a la suya, aquella otra boca llena de limo y aquellos ojos profundos. Y conoció en ella la cara del Amo, como el reflejo de las cosas lejanas en el agua, azulada y móvil. Y quiso gritar, pero entonces por la boca abierta, por la desencajada boca de Adán se le fue metiendo dentro el rostro de agua de limo y de arenas. Adán intentaba cerrar la boca, vomitar aquel mar que le inundaba las entrañas; escupir aquellas húmedas barbas limosas, aquella arena relampagueante, que le llenaba la boca y le rechinaba entre los dientes, y no podía; y continuaba entrándole con grandes turbonadas el gelatinoso mar del rostro del Amo...

Cuando Eva cerró los ojos, se la poblaron las aguas verdes y oscuras, como las profundidades de un bosque, de sangrientos delfines rojos. Por millares saltaban sobre las olas, buscándose en el aire, mordiéndose, y cayendo hendidos por crueles dentelladas, sobre el lecho de las aguas, juntos en la mordedura, como los amantes en el beso creador. Resplandecía el mar, enrojecido con aquellas llamas voraces que se perseguían silenciosamente; que surgían de los escondidos infiernos saltando hacia su presa, siendo ellas perseguida presa a su vez. Era una muerte general frenética, inacabable. Los rojos monstruos centelleaban como espadaños sobre la densa quietud del mar. Y de pronto, cuando la orgía monstruosa adquiría su mayor violencia, llegó, de lo lejos, una ola grande como una montaña, y depositó en el centro de la infernal refriega el cuerpo desnudo de María. Su blancura de luna destacaba con infinita dulzura sobre la violencia verde del mar y la agresiva luz roja de las bestias sangrientas; casta y luminosa, miró un momento a su alrededor y bajó los ojos con temor, cruzando las manos sobre el vientre redondeado. Y se oyó la risa de Eva, que era como un látigo, y los sangrientos delfines se arrojaron sobre la dulce y blanca víctima. La arrancaban grandes trozos de piel y se iba cubriendo toda ella de rojas manchas. Uno, de una dentellada, abrió un profundo agujero en el vientre de la desvalida y por el hueco salió un niño desnudo que se lanzó a correr despavorido por encima de las aguas, perseguido por centenares de pequeños delfines rojos. Y entonces, por el mismo agujero del vientre de la muchacha, surgió Abel, que con descomunales aspavientos corría en pos del hijo amenazado. Se escuchó entonces el grito de dolor de Eva; y del fondo del mar apareció una mano. Era una mano gigantesca, que se interponía entre Abel y el hijo perseguido... Contra ella se estrelló él despavorido, y agarrado a los dedos, mordiéndoles como si fueran hierros de una cárcel, fue alcanzado por una manada de delfines. Se levantó una gran ola de sangre y

el grito de Eva resonó como una lúgubre llamada. Porque la mano era la diestra del Amo...

Delante de María discurría, lento y solemne, el ancho río. Desde la ribera, ella le contemplaba, desnuda, flameándole la suelta cabellera como una bandera de duelo, sintiendo en las cimas menudas de sus pechos el agrio rasponazo de la brisa. Y en el centro de las aguas, rodeado por la corona negra de sus ovejas ahogadas, aparecía el cuerpo yacente de Caín, bello y poderoso, invitándola. Había en el aire un contenido olor a trigo madurado al sol; a flores recientes; a vida fuerte. Sobre las aguas, despaciosas, solemnes, destacaba la carne prieta del pastor, en toda su insolente y maravillosa promesa. Y María se hundió en el agua y avanzó hacia el amado... Sintió la fresca cuchillada de las ondas; pero siguió avanzando como sorbida por el borbotón incitante del mozo... Y allí, sobre el lecho magnífico de las aguas solemnes, coronados por las negras ovejas muertas del rebaño, se fundieron los desesperados amantes en un abrazo. Hundidos en el gozoso sacrificio, no advirtieron el rumor lejano de un galope, ni vieron al Amo, junto a la orilla, que, desde su caballo, les contemplaba con furia.

María fue la primera en abrir los ojos. Era ya de noche y en lo alto las estrellas brillaban. Sintió a su lado algo que se arrastraba.

—María, María... Soy yo, Abel... No podía dejarte. No puedo. Te quiero. Y el hijo que me llevas, me ata a ti para toda la vida...

La esposa volvió de su sueño y sintió asco de aquel aliento que le llegaba, arrastrándose, de la tierra sucia.

VII

Se levantaron con las primeras luces de la mañana, y, en silencio, reanudaron la marcha. La ternura infinita del alba se extendía por la tierra con piadosa solicitud. Todo era nuevo otra vez y hasta que el sol no endureciera el mundo, éste se complacía en su propia hermosura. Pero los cuatro fugitivos andaban con las miradas hundidas en su congoja, sin ver la sencilla maravilla de las cosas.

No hay soledad mayor que la del hombre pisando su propia ruina, sintiendo solamente el eco oscuro de sus odios, metido en sus adentros como el erizo, y haciendo de las púas su propia defensa. A veces, el hombre huye del hombre, su enemigo; pero se busca a sí mismo, sintiéndose en el gozo completo de la Naturaleza, en el fragor fecundo de los seres minúsculos del campo. No puede vivir enteramente solo, porque se pudriría como una fruta abandonada entre las piedras a merced de sus gusanos interiores; necesita la mano cruda del viento, su voz lejana; no puede correr la sangre sin cauce; porque no es cauce, sino charca, el propio corazón solitario.

Cuando el hombre abandona estos poderosos alientos de la tierra; cuando sus ojos se cierran a la luz y la piel ha perdido sus antenas finísimas, entonces es cuando ha muerto; aunque siga en pie, como los viejos olmos rajados por el rayo; aunque siga andando y diga palabras y luce por el pan de cada día...

(—Somos como muertos antiguos, condenados a caminar sin reposo —pensaba Adán—. Pagamos las culpas de quienes nos engendraron y las de nuestros hijos, y las de los hijos de nuestros hijos. Y para que esta expiación sea total, los seres y las cosas que nos rodean tienen que ser como son: hoscos, enemigos, por los siglos de los siglos... ¿Quiénes éramos nosotros para esquivar la voluntad del Amo?... ¿Quiénes para contrariar su deseo? Él quería a Caín; y sus ovejas negras le estaban destinadas como presente de bodas...)

Aquellos cuatro seres, separados entre sí, ponían en el estéril paisaje sus cuatro sombras alargadas. Caminaban despacio, en silencio; dejando escapar de vez en cuando un alentar cansado, pero tirando con desesperación de sus sombras, que, como pesados fardos, arrastraban por el camino.

Estaban solos, espantosamente solos en medio de la grandeza del campo. Estaban solos porque no les era dado sentir la frescura mansa del aire, ni ver cómo la luz maduraba apresuradamente.

Tenía el paisaje la pura belleza de lo improvisado y, a la vez, definitivo. Cárdeno y rosa, el horizonte se ceñía a la redondez del mundo, y por entre nubes rotas asomaba la amarilla claridad del sol, haciéndose aún. La tierra era larga y honda a la vez, como un viejo tambor; sin una colina, sin un árbol, sin un matojo siquiera que rompiera la magnífica y cruel monotonía. Tierra para andar, para mirar a lo lejos, para morir de pechos a ella o tumbados cara a las estrellas desnudas, como sobre el mar. En todo lo que la mirada alcanzaba, ni un signo de vida vegetal o humana; ni un ser vivo moviéndose, alzándose a lo alto o doblado sobre el anchísimo y silencioso haz.

Sólo aquí, en esta inmensidad sin dueño, el hombre siente su infinita pequeñez; porque el mar grita, se agiganta y tira del náufrago desde su hondura; el mar no acalla nunca su voz ni despega su ancha mano voraz, como la montaña no resigna su potente puño... Sólo esta tierra silenciosa, solemne, impenetrable, deja que el hombre se deshaga andando, andando, andando sin descanso ni término...

El andar de María se hacía cada vez más incierto. La golpeaban las sienes y las piernas se la endurecían a cada paso. Caminaba con los ojos cerrados, mordiéndose aquel dolor que le subía de las entrañas y la envolvía entera, como en un cruelísimo cepo de hierro. Se hundía las uñas en el vientre, como si quisiera arrancarse el espantoso peso que la empujaba hacia la tierra.

Se le acercó Abel, y dio un grito.

—¡Padre, basta ya!...

Y quiso ayudarla. Pero ella, a su contacto, se revolvió furiosa.

—¡No me toques!...

Y siguió andando, andando, sintiéndose morir de la más terrible muerte: mordida dentro por mil furias; destrozada dentro por mil piquetas de fuego; partida dentro, a tajadas, por millones de frenéticas manos. Hasta que no pudo más y se derrumbó sobre el polvo del camino...

Extendieron la alforja de Adán y sobre ella transportaron el cuerpo de María hasta un arroyuelo que un árbol solitario les anunció a lo lejos.

Era una extraña y lúgubre procesión. Quemaba ya el sol, con despavoridas lumbres. Jadeaban extenuados Adán y Abel, sujetando con ambas manos los cabos de la alforja. Gemía, desgarrada, la parturienta a cada vaivén de la improvisada parihuela, y a su lado, Eva, con duro gesto, acompañaba el cortejo.

Cuando llegaron al breve oasis, los desdichados se dejaron caer sobre la hierba, bajo la sombra enteca del árbol único. Y entonces, los alaridos de la paciente resonaron en la anchura del campo, poniendo en ella pavor y duelo.

Y los hombres se miraron sin saber qué hacer. Y luego se volvieron hacia Eva, suplicantes.

—¡Madre!... Haz algo...

—¡Mujer!... Tú solamente puedes ayudarla...

(—No; no la ayudaría... ¿No era esto lo que había deseado?... Ahora sabría lo que cuesta echar un hijo al mundo; lo que duele un hijo en la sangre; siempre, desde que empieza a ser hasta que la muerte le rescata... ¿Por qué la había de ayudar? ¿No era ella la causa de la muerte de su hijo Caín? ¿Y no tenía a su Abel entre las garras, sin soltarlo, como una loba hambrienta? ¿Qué le importaba aquel ser, al que odiaba antes de nacer? Y si ella se moría, mejor... Así sería otra vez su Abel para ella sola.)

—¡Madre!... Haz algo... ¿No ves que se muere?

—¿Y qué me puede importar a mí?

—¡Calla, madre!

—Mujer... Tú puedes ayudarla. No eches encima de nuestro castigo este remordimiento. Si se muriera, Abel te culparía a ti, sólo a ti, y te odiaría hasta después de tu fin.

—¡No; eso no!

—Mírale. Esa mujer es el castigo de nuestra casta; pero él la quiere; es su única esperanza. No le ciegues los caminos. No acabes con tu propio hijo, mujer...

—¡Madre! Tú puedes hacer algo... ¡Ayúdala, madre!... Si no lo haces y se me muere, me mataría...

—¡No! —Y, con voz velada, añadió—: Yo haré cuanto pueda. Pero has de jurarme, hijo, que vivirás para mí. —Le cogió la cara con las manos y le besó con pasión—. ¡Dímelo, hijo!...

—Sí, madre... Yo quiero vivir. Pero la necesito a ella, madre...

Le apartó con un gesto.

—Vete de aquí, ahora. No hace falta que veas esto... A ti te necesito —le dijo a Adán—. Es necesario que me dejes tu faja. Levántala. Pásale la faja por debajo de los brazos. Eso es. Ahora, súbete al árbol.

Adán hizo como se le mandaba. Subió al árbol y Eva le lanzó con una mano los cabos de la faja, mientras con la otra sostenía contra su pecho el cuerpo doliente de la parturienta. Luego, Adán, izó con fuerza el cuerpo de María y ató los extremos de la faja a las ramas. Quedó en el aire, colgada del árbol, la infeliz, sintiendo aún más violento y doloroso, en aquella posición, el peso de su vientre. Adán contemplaba la escena con estupor y con asco. Veía cómo Eva se arrodillaba a espaldas de la colgada y cómo con los brazos enlazaba fuertemente su vientre. Y cómo comprimía el vientre de María en sentido descendente, como cuando se ordeña o se exprime algo. Y escuchaba la ronca letanía de la extraña comadrona:

—Haz fuerzas, perra... Más, más aún... ¿De qué te quejas?... ¡Empuja, sucia, empuja!... Tienes que ayudarte tú... No gemías así cuando le hiciste... Echalo, perra, échalo... Más, más... ¡No te morirás, no!...

Se escuchó un grito espantoso; un alarido no humano que retumbó en lo alto como el postrer lamento de un monstruo. Y Adán oyó la voz de Eva que le decía:

—Ya puedes soltarla...

Desató los extremos de la faja y descendió del árbol. María aparecía tirada sobre la alforja y Eva manoseaba, cerca del arroyo, un burbujo sanguinolento.

—¡Es mi hijo! —oyó que decía Abel.

Y murmuró:

—Una miseria más...

VIII

Avanzaba la caravana, con paso inseguro y con mirada temerosa por entre las calles de la ciudad. Se abría ésta ante ellos con absoluta indiferencia, ignorándoles; y la gran soledad del mundo se les hacía mucho más ostensible y dolorosa que cuando, en la inmensidad del campo vacío, clamaban por su desamparo.

Caminaban uno en pos del otro, como si temieran ocupar demasiado espacio; o, así, teniéndose delante, se les borrara el temor. Adán abría la marcha y era él quien demandaba el camino, con voz sumisa y gesto humilde, de los guardias y de las gentes, cuando el itinerario se le perdía en el confuso laberinto de las calles. Eva le seguía, le empujaba; era la más segura caminando sobre el asfalto levantando a veces la mirada hacia lo alto, como orientándose. María caminaba llevando al hijo, con sólo ocho días de vida, rebulléndole entre los brazos, sintiendo su palpito en el pecho, viéndose extrañamente continuada; y caminaba lenta, solemne, con la mirada perdida en no se sabía qué largos y oscuros pasillos interiores. Sólo Abel parecía alegre y satisfecho, desde que pisaron los primeros límites del recinto urbano de Noriega. Cerraba la marcha de la extraña comitiva con orgulloso ademán protector, como si aquellos cuatro seres estuvieran confiados a su custodia y ésta le pareciera ahora fácil y segura. De vez en cuando, adelantábase un paso y doblándose sobre el regazo de María, preguntaba:

—¿Duerme?... Estarás cansada... Pero debemos estar ya llegando... Mira qué bonito es todo esto...

Ella continuaba, cerrada en su silencio, como sin oír ni ver otra cosa que sus propios latidos y sus sombríos adentros.

Y así cruzaron una plaza anchísima, que llamaban de la Vega porque fuera vega en tiempos; con el río levantado sobre ella. Olía la plaza, a pesar de su contorno ciudadano, a campo, quizá porque conservaba entre las piedras de su arquitectura el aroma que en ella dejaban los aldeanos cuando, los sábados de cada semana, bajaban a la ciudad a vender los productos de la tierra. Cobraba entonces la plaza gran animación y se convertía en zoco pintoresco, al que gustaban asomarse, de vez en cuando, los graves e importantes señores del otro lado del río. Se llenaba entonces de rumores huertanos, de aroma fuerte, de sabor como a carne seca curada al humo y al sol, de olores penetrantes a frutos sanos.

Pero ahora, la plaza está llena solamente de un sol tremendo, furioso, y las gentes, antes que cruzarla, prefieren bordearla, buscando el festón de sombra de los aleros.

Peraltado sobre el río, el Puente de Santa María es como el rastrillo tendido de un castillo feudal. Y la entrada principal de esta fortaleza es el Arco de Santa María: macizo, desafiante, poderoso, vigilando el paso del puente, por donde pueden venirle al señorío las furiosas embestidas reivindicatorias de los gremios díscolos o de la canalla, siempre dispuesta a la algará.

Ante el fortísimo monumento, los cuatro nuevos pobladores de la ciudad

quedaron confusos. Era demasiado evidente el gesto de poderío de aquellas piedras del color del hierro, para que ellos, miserables expulsados de un mundo mínimo, se atrevieran a transponerlas sin reparo.

El arco de Santa María es como la expresión total de la ciudad. Porque Noriega es, esencialmente, lo que el arco de Santa María proclama: una ciudad grave, del color de la tierra y del hierro y con un sentido agresivo, feroz, del señorío.

Cuando el viento, rabiosamente, cruza por delante del Arco, un enjambre de fríos se encrespa contra las piedras. Del río trepan bocanadas de frescor y las copas de los árboles se inclinan al embate del viento libre.

El arco de Santa María es hondo y oscuro. Paso obligado, por aquella parte, de un sector al otro de la ciudad. En tiempos ya lejanos pudo aparecer como defensivo portón del feudo esforzado de las Castillas. Es de piedra sucia y en su frente ostentan las faces mutiladas los históricos caudillos, a quienes el viento, irrespetuoso, arranca de continuo, a tirones, manojos de barbas floridas.

Los índices mordidos de sus manos imprecatorias y los espadones rotos, colgados de los anchos cintos, son testimonio triste del ultraje del tiempo. Desde los altivos e historiados pedestales, los condes y jueces legendarios contemplan con gesto indiferente el monótono ser y fenecer de las cosas... Ellos tuvieron también, sin duda, su época gloriosa, su Edad de Oro, influyente y decisiva: Aquélla en que, recién colocados, con los rostros pulidos y los espadones intactos, atraían la mirada absorta de los doctos y claros varones y la temerosa de la plebe. Corta era la suya, y triste su destino, por fracasado, pues erigido el arco en homenaje y salutación del Rey-Emperador —también como cazurra advertencia de que los fueros y costumbres debieran ser respetadas—, el rey pasó bajo él sonriendo irónico y con un breve estremecimiento de la barbilla rojiza, forjándose ya el propósito de desdeñar cuantos fueros ciudadanos se opusieran a las necesidades de la monarquía.

Se pasa el corto y denso túnel que es el Arco de Santa María, y en una plazoleta hervida de cantos picudos se levanta la Catedral. Desde la llanada calva y polvorienta se la divisa. Sobresale por entre los picos redondeados de las vecinas sierras; y desde el tren, se ven las bayonetas de las torres hincándose en el firmamento. Dentro ya del recinto urbano, todo él —desde los desperdigados moradores del Castillo a los enjambres sudorosos del otro lado del arco— se sienten inevitablemente adscritos al imperio gracioso y bello de la Catedral. Tal vez esta dependencia sea una consecuencia histórica, política o religiosa común a todas las ciudades con catedral. Y Noriega no podía ser una excepción. Por otra parte, el ciudadano se siente orgulloso de su catedral: ella le da renombre nacional y las guías turísticas del mundo entero reproducen su gracia de trepadora celeste.

Pero el Arco de Santa María es otra cosa. No posee el valor artístico de la Catedral, ni su prestigio internacional. El arco de Santa María quedó convertido —atendiendo a su aislamiento y a la singularidad de las figuras que lo adornan— en un abigarrado museo provinciano en el que destaca el cuadro de un Cristo, coronado de

espinas, de pupilas violentas y gruesas lágrimas de cristal, cuajadas sobre las cárdenas mejillas, que clava su mirada sobre el contemplador con obsesionante insistencia.

El corto y denso túnel es como una garita de centinela. Una sola luz, amarilla y temblona, juega con las sombras, que se agazapan y se desmesuran en los muros sombríos. Si llueve o nieva, el Arco es cobijo de obrerillos, de mendigos arrojados del quicio de la Catedral; de todos aquellos que desde los barrios del otro lado del puente han de cruzarle todos los días para acudir al trabajo, del guardia municipal a quien le corresponde el servicio ingrato del Arco... y de diez o doce chicuelos, con cara de hambre y largos mandilones remendados, que aprietan contra los costados manojos de periódicos...

Porque el grave señor no se cobija nunca bajo el Arco. Prefiere pasar de largo y mojarse. ¡Huele tan mal aquello! Pero ha de resistir la avalancha de los pilluelos que se abalanzan sobre él en bandada gritándole con el pliego extendido, como una bandera; desafiando el agua y la nieve, que les cala los huesos. Muy avanzada ya la noche, después de que el último transeúnte rechaza la manada empapada y friolenta; cuando la bombilla parpadea más torpemente y todo lo largo del muro es como un friso derribado de vagabundos y mendigos, los pequeños vendedores hacen un rápido recuento de existencias, se meten por entre la carne y la camisilla el papel sobrante, y, como perros en fuga, galopan a lo largo del puente, se deslizan bajo los aleros chorreantes de la plaza de la Vega y desaparecen por las callejas.

La potente sombra del Arco pareció gravitar sobre los cuatro caminantes con pesantez de hierro. Atravesaron el corto túnel con una dura angustia, como si temieran que antes de salir del negro recinto pesadas rejas les dejaran allí, en la fría oscuridad, retenidos, como en un infierno de soledad.

Y de pronto, al desembocar en la plaza, se les ofreció la Catedral, abriéndose, tal una flor de piedra, en mil pétalos, al sol amparador. Contuvieron su prisa los cansados fugitivos ante la insospechada maravilla y con fervorosa turbación descubrieron los hombres la crespa greña, mientras las manos trazaban sobre el pecho la señal de la cruz.

—¡Guíanos, Señor Dios nuestro! —musitó Adán—. No nos dejes ahora de Tu mano y ampáranos, así en la Tierra como en el Cielo.

Se cobijaron —gracias a la ayuda de aquel lejano pariente a cuyo valimiento se confiaron— en un cuartón metido en las honduras de un caserón del Barrio de Puertamoneda. Más que vivienda para seres humanos, el agujero parecía cueva de alimañas hostigadas... Pero ¡cómo pretender otra cosa! ¡Y gracias podían dar a Dios por la suerte de aquel providencial refugio!

Tenía el habitáculo como unos cuatro metros de largo por tres de ancho, y su altura no alcanzaba a los dos metros. La única luz y ventilación le entraban por un

ventanuco enrejado que podría cubrirse con las manos y que daba a un patio ahogado de tejadillos. El piso era de tierra negra, aplastada y hedionda, con olor a cementerio de animales, húmeda y desigual. En el ángulo más alejado de la puerta —un agujero exiguo tapado por unas maderas desencajadas— se levantaba, sobre un montoncillo de ladrillos renegridos por el humo, un fogón primitivo de rejilla sin otro tiro para los humos que el que proporcionaban la puerta y el ventano. De tierra eran las paredes; de tierra y piedra prensada, sin revoco, pero como pulidas por el roce.

Cuando los cuatro viajeros cerraron la puerta a sus espaldas, era ya la tarde vencida y sólo una estrecha manga de cárdena claridad penetraba por el alto hueco del ventanillo. Quedaron por un momento los infelices desterrados, ciegos, silenciosos y doloridos, como si una garra de cruda sombra les hubiera arrancado las pupilas. Y se sintieron anegados en una oscura marea que les llegaba a los ojos y a la boca con un sabor ácido: El sabor de las lágrimas o el del barro sucio. Eran como tristes condenados a un purgatorio de frías tinieblas.

Fue después de una ancha pausa dolorosa, cuando resonó la voz de Adán:

—¡Dios mío; Dios mío; cómo nos has abandonado!

María avanzó lentamente en la oscuridad. Gimió el niño, y Abel se sobresaltó:

—¡María! ¿Dónde estás?... ¿Qué le pasa al niño?

—¿Qué puede tener sino hambre? —resumió roncamente Eva.

Cuando tocó con sus manos el límite más alejado del cuartucho, María se dobló sobre la tierra. Deshizo el rebusco en el que tenía envuelto al hijo y poniéndole a la resumida claridad del ventanuco, le contempló por vez primera. Y mientras le contemplaba, algo de muy adentro se le sobresaltó, como si concibiera un hijo nuevo. Y le vino al corazón una oleada potente de furiosa sangre y mordió, con los dientes del alma, gozosamente, un nombre: ¡Caín! ¡Caín!

Porque en aquella carne tibia que gemía lastimera en sus brazos, María había visto la imagen perfecta, clara y magnífica del pastor de las negras ovejas de su padre. Y en lo hondo de aquellas pupilas —turbias como las aguas del río en que se hundiera con sus ovejas— estaba la figura potente del mozo. (¡Caín! ¡Caín! —susurraba con entrañable entonación.) Era su misma frente espaciosa como un mármol; su boca ancha de gruesos labios sangrientos; su barbilla poderosa. (¡Caín! ¡Caín!... ¡Hijo nuestro! ¡Nuestro! De los dos.)

María descubrió el pecho y puso sobre él la boquita del niño. Y se sintió traspasada de agudos y dulcísimos lancetazos... En la oscuridad, el seno henchido de María resplandecía...

Adán y Eva se tendieron junto al fogón. Estaban cansados como tristes bestias de labriego pobre. Abel fue buscando, tímidamente, el arrimo de María, como un perrillo castigado. Y se hizo un silencio total en la estancia y en el mundo. Y una negrura definitiva cubrió los seres y las cosas. Y dijo Adán:

—Recemos, porque Dios se apiade de nosotros.

Y todos rezaron, menos María.

La calle de Puertamoneda tenía su historia. ¡Qué calle no la tiene! Pero la de Puertamoneda era una historia que nadie conocía exactamente; que ni siquiera importaba demasiado. Acaso fuera sólo el eco oscuro de muchas vidas, que, sin proponérselo, hacían historia. Para los actuales habitantes, la única historia que contaba era la propia historia de cada uno. De la que hacían mención los libros, se sentían totalmente desprendidos y ni podrían ni querrían reconocerse como parte de un capítulo siquiera (siempre tan interesadamente enderezado a justificar mármoles y estatuas) en que ellos apareciesen como materia puramente histórica.

La calle, no obstante, parecía exigir a veces su derecho a ser mencionada en los anales de la ciudad. Esto sucedía principalmente cuando el silencio y la luna convertían su delgadez en río de acerados reflejos. Entonces, de sus más hondos rincones, fluía un aliento con olor de leyenda; las viejas paredes parecían petrificadas y el silencio y la soledad se endurecían también. La calle era como una antigua estampa, arrugada y amarilla, abandonada en el desván de la ciudad; olvidada de todos, sola y triste.

Del por qué de su nombre nadie se preocupaba. Y bastaba con que alguien señalara que Puertamoneda fue, allá por los siglos XIV y XV, barrio de judíos fabricantes de moneda, para que, sin mayores averiguaciones, fuera aceptado por sus moradores, hasta con regocijo, pues se consideraban, así, un poco judíos, es decir, un mucho a contrapelo del resto de la ciudad.

Mas si, para colmo de propios y extraños, se descubría también en algún raro texto que fue precisamente por esta puerta (de la que el barrio tomaba el nombre) que en tiempos de un tal Alfonso XI se construyera en la cerca que cerraba la Ciudad de las Torres, por donde hizo su entrada el rey de las Españas Fernando el Católico, cuando a la ciudad llegó con motivo de la traslación de los restos del Santo Centurión Marcelo, de la famosa cohorte de los *Hastados*, y que, apenas traspuesta, confirmó ante los regidores los privilegios de la Ciudad, entonces las gentes de Puertamoneda, turbadas por tan memorables sucesos, llegaban a imaginarse éstos en forma tan especialmente grotesca, que reían sin la menor cortedad, se encogían de hombros, y pensaban, sin duda, que todo ello no era sino historias, puras historias...

¿Y las historias, para qué podían servir? ¿Acaso la vida les sería a los habitantes de la calle, por ellas, menos difícil?

A la calle de Puertamoneda podía llegarse por muy distintos caminos, todos empinados y silenciosos: Por la calleja del Barranco, estrecha y temerosa, o por la Cuesta de Carbajalas, entre otras. La primera debía su nombre a que nunca fue sino quebrada por la que se deslizaban las aguas desde la alta plaza de Don Gutierre. Está formada por casuchas de sórdido aspecto, en alguna de las cuales se escuchaban, por la noche, roncadas risas y cánticos. La Cuesta de Carbajalas se llama así por el convento de unas monjitas exclaustradas que, desde un pueblecito próximo y de bello nombre

—Carbajal de la Legua—, vinieron a encerrarse en el caserón que ocupan, cedido por una dama de esclarecido linaje. El convento tiene cierto encanto, cuando, en las últimas horas de la tarde, el sol se estrella contra sus altos muros, y resplandece.

Por cualquiera de estos dos breves caminos se desemboca en la Plaza del Mercado, que tiene una fuente pretenciosa, flanqueada por dos gordos angelotes desnudos; y unos porches sombríos; y una cruz de piedra amparada en el macizo sombrero de la iglesia de Santa María del Camino, en la ruta de las peregrinaciones a Santiago. La plaza tiene un trazado irregular, pero es de una gran belleza. En las noches de luna, con las seis callejuelas confluyendo a ella, parece como sumergida.

Por la breve comba de la calle del Escorial, que es como una vibrante ballesta, se sale a la encrucijada que forman las calles de Herreros, Hospicio, Escorial y la nuestra, de Puertamoneda...

Ya la tarde ha sido vencida y una ancha franja de sombra azul la llena, como un agua densa y caliente. A esta hora, la calle está increíblemente poblada, y toda ella resuena con el fragor de un torrente. Hay niños desnudos y sucios, con blanquísimas dentaduras relucientes y miradas de susto... Mujeres terribles: con tantos años que angustia asomarse a sus ojos amarillos... Gruesas mujeres de torpe andadura y, otras, afiladas, como descoloridos fantasmas, que sólo parecen tener ojos y voz: una voz de cuchillo y una mirada de escarcha... Y hombres cansados, derrotados, que se sientan, en mangas de camisa, en los bordes de las aceras, fumando y dejándose morir... Son hombres del «ir tirando como sea», del «mañana será otro día» y hasta del «Dios dirá», sin más ambición que el vaso de vino entre chupada y chupada del cigarro, en la taberna del barrio, y la conversación resentida, con voz mordida de impotencia...

Es la hora en que, de la ciudad, regresan a su calle los hombres y las mujeres que trabajan; los que piden limosna; los sin oficio ni beneficio... Toda la oscura fuerza del barrio, esparcida, se concentra ahora en la calle, la inunda; y llena los hondos caserones de tierra y de paja con seres sudorosos y frenéticos... Y entonces, toda ella, toda la calle resonante, se queda, de pronto, callada. Y es un silencio tan prieto, tan cargado de sustancias, tan entero y violento, como el de un gigante amordazado y con cadenas.

El azul de la tarde se ha ennegrecido —así un charco pisado por caballos— y la calle, larga, ondulada y silenciosa, se endurece. Del cercano convento de las monjitas llega limpio el clamor del campanil. La calle recoge el sonido y le hace chascar, como un látigo, prolongando su eco hasta chocar contra las murallas. Los pasos suenan como piedras rebotadas.

No hay nada más turbador que este primer silencio de la noche. Poco a poco la luna fría, como una gata en celo, asoma por los tejados. La calle es ya una cintura de plata estremecida.

Y de los hondos portales surgen de nuevo, con una extraña decisión, hombres y mujeres. Nadie sabe dónde van. Les sorprenderá la madrugada aún decididos —¿a qué?— como solitarias llamas en cualquier lugar de la ciudad. La noche no se ha

hecho para dormir. Sólo duermen los seres felices y los que tienen el corazón blanco, como las ranas de los charcos... Pero los seres que habitan la calle de Puertamoneda no duermen. Vigilan o sueñan. Y cuando, por la mañana, una voz irritada les llame, se levantarán del lecho abrumados por un cansancio de siglos. Se desperezarán como gatos. Y reanudarán su lucha con obstinación, con rabia... «¡Cuánto penar para morirse uno!»...

La calle tenía su historia... ¡Qué calle no la tiene!... Es la misma siempre; pero la más auténtica de todas las historias.

IX

Pasaron muchos días antes de que los nuevos moradores del tabuco de Puertamoneda establecieran contacto con el resto de los vecinos. Aquéllas eran gentes distintas a las que estaban acostumbrados a tratar y todo en ellos les parecía extraño y demasiado insolente: las palabras, los gestos, las risas, los silencios. Era como si de pronto hubieran sido transportados a un mundo desconocido e increíble, cuyo idioma y cuyas costumbres les fueran extraños. Desde su oscura cueva, Adán y su manada asistían a la proyección estentórea de las vidas de sus vecinos, que se exhibían a puro grito, voleándose al viento, sacando a la turbia luz del patio los misterios, los milagros y las miserias de cada uno.

Si reñían entre sí o se agredían con ceguera de tribus enemigas, entonces el patio se convertía en un infierno en cuyo fondo mil demonios gritadores se golpeaban. Pero apenas transcurrida una hora de la tremenda batalla, una insignificante necesidad común (el podeo de la parra o el simple barrido de las piedras del patio), les volvía a reunir con ruidosa alegría, como si la súbita reconciliación hubiera sido algo fervientemente deseado desde hacía muchos años.

Apenas llegados a la cueva, los vecinos de la casona habían intentado fundir en la comunidad a los nuevos habitantes, sacarles de su hosquedad a la luz expresiva del patio. Había, sí, mucho de curiosidad morbosa, de doliente afán por conocer la verdad de aquellas vidas arrumbadas, en este irresistible deseo de atracción; mucho instinto de comadres cazadoras. Pero también existía en ellos una profunda razón de solidaridad, un conocimiento real del dolor, un deseo humanísimo de prestar ayuda a quien lo ha menester. Gentes con los instintos a flor de piel, conocían de antemano que los nuevos de la cueva eran también, como ellos, seres golpeados por la vida, castigados cruelmente, condenados sin remisión, y les tendían la mano y les abrían el corazón, porque sabían como nadie el valor de una mano que se abre cuando el puño duro del mundo golpea furiosamente, y no ignoraban el consuelo infinito que proporciona un corazón amigo cuando la tristeza muerde las carnes.

Pero Adán y los suyos esquivaban aquel lazo cordial que se les tendía. Tenían miedo de todo. Porque era mucho su castigo y ninguna señal les anunciaba que éste pudiera haber cesado. Porque todo les había sido hostil: la tierra, el cielo, los hombres, y no podían entender de pronto cómo aquel miserable montón de seres marginados, hundidos en la sima sombría del patio pudieran ser mejores que los demás. Evitaban coincidir con ellos en los largos pasillos para no dar la palabra que pudiera servir de puente entre su adustez y la simpatía un poco desmesurada de sus vecinos. Y se cerraban en su cueva, a oscuras, como alimañas cansadas, cuando en el patio se volcaba toda la humanidad palpitante de la casona. Porque les parecía que aquellos desconocidos acabarían por convertirse fatalmente en nuevos elementos de tortura y persecución. (¡Y estaban hartos de sufrir! ¡Y solamente tenían ganas de tumbarse sobre la tierra negra del cuarto y hundirse en su tremendo cansancio!)

Por el exiguo ventano podían verse las estrellas fragantes, en apretado rebaño (¡Caín, Caín!... ¡Siempre el nombre y el recuerdo del pastor muerto, cuando algo suscitaba imágenes de liberación!) y les llegaba directo y vivaz el diálogo de la tertulia que en el patio formaban los conversadores.

—¡Vecinos!... ¿Por qué no salen un poco? —les gritaban—. Aquí se respira, al menos...

—Gracias, muchas gracias —contestaba con humilde tono Adán—. Ya estamos acostados. Hay que madrugar para el trabajo...

—Es verdad. ¡El trabajo!... ¡Maldita sea!...

—Trabajar, trabajar, y... ¡para esto!

Sonaba el chasquido de una saliva contra las piedras y otra voz sentenciosa y burlona replicaba:

—No vale quejarse, amigos. Haber nacido para obispos. Somos como perros de buhonero atados a la galga del carro... ¡Hala, hala, hala!... A caminar, amigos. Kilómetros y kilómetros, tragando polvo, quemándose al sol y enseñando los dientes a cuantos se acerquen... Es tu obligación, amigo. Para eso te dan de comer el mendrugo negro y duro. Es tu obligación. No valemos para otra cosa, amigos; no valemos...

—Tienen razón —comentaba Adán en voz baja—. Somos como perros. Es duro el trabajo en la ciudad. Más que en el campo. Allá la dureza del trabajo es de la Naturaleza, con sus fríos y sus calores, y de la tierra que se acortezca... Y las angustias vienen del cielo con las lluvias y los hielos. Pero aquí la dureza del trabajo viene del hombre mismo, y la angustia la dan también los hombres, que empujan con la mirada, con la voz; y abren las carnes de espanto cuando amenazan con dejarte desenganchado del carro, tirado en la cuneta, con tu cansancio y con tu miseria...

—Duerma, padre —se le oyó decir a Abel.

—Dormir, dormir... Si al menos acabara uno de una vez.

Por un momento la invocación de Adán trajo a la imaginación de los desventurados el cuadro resplandeciente de sus campos largos y dorados, de las frescas vegas y las suaves colinas de las Bodegas. Y les entró una amarga tristeza y se les saltaron las lágrimas. Y pensaron que el Amo había sido muy duro con ellos, desterrándoles de aquellas tierras cuyo color se les metía en el corazón con un furioso centelleo, y condenándolos a trabajar en la horrible cantera...

Porque Adán y Abel habían encontrado trabajo en una cantera situada fuera de la ciudad. Para llegar a ella tenían que recorrer cerca de cinco kilómetros a hora bien temprana, pues la jornada daba comienzo con las primeras luces de la mañana. Y con sólo una tregua, durante la cual comían apresurados el almuerzo que llevaban, trabajaban durante horas y horas, hasta bien cumplida la tarde —hasta cuando el sol se dejaba caer, rendido por el peso de sus oros, en el lecho de la montaña—, arrancando piedra y llenando con ella los camiones que la transportaban. Era un trabajo duro, cruel, agotador. Pero ¡qué hacer! No había otra cosa y sus gentes tenían

que comer. Terminaban la faena con los riñones rotos, como si sobre ellos hubieran pasado cargados aquellos enormes camiones del transporte de la piedra, y les escocían las manos como llamas del roce del mineral; pero ¡había que doblar la jornada, aunque se reventara, porque con lo que se ganaba durante las horas normales no alcanzaba para vivir! Y Abel, el dulce y blanco y delicado Abel, rendido sobre la piedra de aristas como cuchillos, golpeaba, hendía, se doblaba y se erguía como si le impulsara toda la terrible rabia del mundo del trabajo. Luego, casi de noche, regresaban en silencio a su cueva de Puertamoneda. Como fardos se dejaban caer en un rincón y comían con hosca avidez la pitanza que Eva les ofrecía con mudo gesto.

Si el niño aparecía acostado sobre su lecho de trapos, en el ángulo del cuartón, cerca de la ventana, Abel se acercaba y se le quedaba mirando con arrobamiento. Y se le desvanecía de pronto todo el cansancio. Y le entraba en la sangre un calor que le llegaba al corazón y le llenaba todo por dentro como una luz vivísima y esperanzadora. Pero sucedía que María acudía entonces apresurada y se echaba sobre el hijo, cubriéndole con su cuerpo, como la gallina sobre sus polluelos ante la sombra volante del gavilán. (¡El hijo es mío, sólo mío!, parecía querer advertirle.)

—¿Por qué me le quitas? —preguntaba Abel, con acento dolorido.

María no contestaba. Pero de la penumbra salía la voz de Eva, profunda y rencorosa:

—Es sólo de ella...

Por la pequeña ventana enrejada se les fue entrando el conocimiento de cada uno de los vecinos, cuando, en las noches estrelladas y tranquilas, se reunían en el patio. Así, oyéndoles, supieron cómo era la señora Remedios y la Lorenza y la Máxima; y la señora Guadalupe y la Rosario; y también el señor Patricio y el Primitivo, y el señor Fermín y el Ramón, y todos... gentes oscuras, hostigadas, condenadas. Pero con una carga tremenda de humanidad contenida; con un profundo sentimiento de amor y de odio. Gentes duras, dramáticas y sencillas. Seres de carne y hueso, capaces de todo, por nada; hasta de morir, sin saber exactamente por qué, o sabiéndolo con rabia, que es la más dura muerte del hombre; anticipándose a aquella otra muerte que, desde las esquinas del hambre y de la miseria les vigilaba atenta.

Conocían sus nombres, sus problemas íntimos, sus temores y hasta sus pensamientos. Y —¡aventura extraña!— se iban sintiendo como arrastrados por aquellas turbias aguas, que, desde el manantío oscuro del patio, se precipitaban hacia el mar del vivir, que es el morir. Hasta el negro agujero llegaban los latidos de aquella agonía auténtica, de aquel deshacerse en la nada de las gentes extraordinarias de la casona.

Eran así:

X

En el aire, la mañana se anunciaba con un temblor insistente. El hondo patio, orlado todo él por la vieja parra, estaba inundado por esa irreal claridad que las cosas y los seres adquieren, sorprendidos por la luz incierta del amanecer. Solamente el oscuro pasillo lateral adensaba su sombra, como en un intento de sostener el aislamiento de aquel sorprendente trozo de vida reciente. En el lado opuesto un agujero vertical dejaba observar la arrancada de una vieja escalera. Sobre el dintel una pálida bombilla deflecaba su claridad. La fachada era de viejo adobe amarillo con algún resto de revoque sucio y hueco, colgando. Pero la alegraba el garabato verdeante de la parra, que casi ocultaba las ventanas del piso, único, y que caía sobre las puertas de entrada a las viviendas con una gracia desordenada y natural. En el costado del patio, entre la puerta lateral y la ventana del piso bajo, aparecía un pozo de alto brocal.

A esta hora extraña un hombre joven, casi un muchacho, paseaba sigiloso a lo largo del patio. Tal vez consistía en la tierna claridad de la mañana, pero el rostro del misterioso paseante tenía un tono demacrado, violáceo y su mirada parecía centellear. Una de las ventanas superiores, de la fachada, se abrió silenciosamente y una cara de mujer, arrugada y friolenta, asomó asustada.

REMEDIOS. (*Llamando muy quedamente.*) —¡Ángel! ¡Angelín, hijo! Va a ser de día.

ÁNGEL.—Voy ahora mismo.

REMEDIOS.—¡Ay, Dios mío! ¿Cuándo querrá que esto termine?... ¡Pero hijo!...

ÁNGEL.—Sólo otra vuelta más...

REMEDIOS.—¿Qué más tiene una vuelta más?... ¡Acabarás por volverte loco!...

ÁNGEL.—Es para evitarlo precisamente por lo que paseo. Si no lo hiciera acabaría por volverme loco, como dices. ¡Tanto tiempo sin ver la luz del día!... Mira, madre. Es maravilloso. Parece como si las sombras se ablandaran, y hasta el aire es más tierno... Hoy será un día espléndido. Estoy seguro. Lucirá el sol. También hace mucho tiempo que no veo el sol cara a cara... Cuando pueda marcharé tres días enteros al campo. Allí, a la orilla de un río, sobre la arena caliente, me tumbaré desnudo...

REMEDIOS.—¡Ya basta!... Si te viera alguien.

ÁNGEL.—Sólo un minuto. Aún no me he cansado. Y necesito rendirme como si hubiera trabajado en el muelle descargando fardos. Me tiene que doler el cuerpo... Después, todo el día entre sombras, sin poder ponerme en pie... Y pensando... pensando...

REMEDIOS.—¡Hijo mío!... Me matas...

ÁNGEL.—Voy ya, madre... ¡Qué tristeza da dejar el patio! Está tan bonito ahora, en primavera. Huele la parra a brotes nuevos... Luego con el sol, al mediodía, brillará todo como un ascua y habrá una sombra fresca por la tarde...

REMEDIOS.—¡Cuidado, hijo!...

(Se ilumina una de las ventanas altas del lateral y Ángel se clava contra la pared. Se oye el llanto de un niño. Una figura de mujer cruza la ventana iluminada. Rastreando por la fachada, Ángel llega a la puerta central, del fondo, y por ella desaparece.)

REMEDIOS. (*Expectante*).—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué sufrimiento!...

(Cierra la ventana. Se escucha el vibrante clarinazo del gallo. Por la puerta lateral aparece Máxima, mujer inverosímilmente delgada. Se le adivina semidesnuda bajo un mantoncillo. Se aproxima a la ventana baja de la lateral y roza los cristales con una mano larga y desmayada, como una ala rota, mientras llama con voz de susto cuajado.)

MÁXIMA.—¡Lorenza!... ¡Lorenza!... ¿Pero no se darán cuenta?... Es ya de día... ¡Lorenza!... ¿Pero estarán locos o querrán acabar conmigo?... ¡Lorenza!...

(Se abre la ventana y asoma Lorenza, mujer joven.)

LORENZA.—¿Qué pasa?

MÁXIMA.—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? Pero ¿no os dais cuenta?... Estará al llegar...

LORENZA.—Bueno. Ahora va.

PRIMITIVO. (*Asomándose por encima del hombro de Lorenza.*)—¿Por qué esta prisa? ¡Un poco más, Maxi!...

MÁXIMA.—Cállate. Y sal ya. Que harto tengo contigo y no quiero más disgustos...

PRIMITIVO.—Disgustos. Disgustos... Sólo miras para ti. Yo nada importo...

LORENZA.—Anda, márchate. Ahora va.

(Cierra la ventana. Máxima espera en el dintel de la puerta.—Aparece Primitivo y juntos suben al piso en el mismo momento en que por el pasillo opuesto aparece Patricio, un poco bebido, aunque sin acentuar los síntomas.)

PATRICIO.—¿Quién anda ahí?... Seguramente nadie. Y es que a estas horas de todos los rincones brotan sombras. ¿He dicho brotan?... Pues no está mal del todo la expresión. Ahora que lo que a mí me brota es el sueño... Y ya veremos como me brota la Eladia. Supongo que estará durmiendo... Y si no lo está ¿qué puede pasar? ¿Soy o no el amo de mi casa? (*Va a entrar por la puerta primera del foro y la*

encuentra cerrada.) ¡Vaya! He aquí un principio de resistencia pasiva. (Llama con voz apagada.)—¡Eladia!... ¡Que si quieres! Eladia, abre... ¡Nada, que tendré que arrojar la primera piedra!

(Coge un pedrusco y lo arroja contra la ventana. Naturalmente, destroza los cristales, organizando un regular escándalo.)

¡La di! Ruptura de hostilidades...

MÁXIMA. *(Asomándose a su ventana.)—¿Ya empezamos, tío idiota?*

PATRICIO.—Oiga usted, ¿eso de idiota es por su padre?

REMEDIOS. *(Asomándose.)—¿Pero no puede dejar descansar a los demás?*

GUADALUPE. *(Idem.)—La culpa la tenemos nosotros, por no dar parte...*

PATRICIO.—¿Usted dar parte?... Usted se da entera y a cala, como los melones.

GUADALUPE.—¡Sinvergüenza!...

ELADIA. *(Saliendo y cogiendo a Patricio del brazo.) —Vamos. Anda para dentro. Si tienen razón. Desgraciado, más que desgraciado.*

PATRICIO. *(Resistiéndose.)—Sin tocar, que no soy una guitarra.*

ELADIA.—¿Pero es que te crees que son horas éstas de armar escándalo?

PATRICIO.—Aquí la única que escandalizas eres tú y esas comadres que asoman por la ventana... *(Logra al fin Eladia arrastrarle tras de sí y cierra la puerta.)*

REMEDIOS.—Pues señor; mira que es trabajo. Todos los días igual. *(Desaparece.)*

GUADALUPE.—El tío asqueroso. *(Desaparece también.)*

MÁXIMA.—Hasta que un día se me hinchen las narices.

ELADIA. *(Asomándose a la ventana.)—¿Es que le va a matar?*

MÁXIMA.—No tengo ganas de reñir... *(Desaparece cerrando la ventana.)*

ELADIA.—Pues a mí me es indiferente... Nos ha fastidiado ahora la señora. *(Y cierra, con un golpe que acaba de desprender los cristales.)*

(Se oye un ruido en la calle y a poco aparece Fermín. Es un mozo de cuerda. Viene empujando su carretillo de mano, con el que cruza la escena. Se acerca hasta el pozo y en él le apoya, vertical. Luego se quita la chaqueta, saca agua y se lava con un restregar furioso. Lorenza asoma.)

LORENZA.—Has venido muy pronto.

FERMÍN.—Sí.

LORENZA.—¿Qué?... ¿Hubo poco?

FERMÍN.—¡Bah!... Dame algo para secarme.

LORENZA.—Toma esto. *(Le tiende un trapo.)*

FERMÍN.—¡Está bueno!

LORENZA.—Espera que te doy la toalla de felpa. *(Con sarcasmo.)*

FERMÍN.—Si siquiera estuviera limpio... Pero es lo mismo. Contigo ya todo es lo mismo... *(Coge la chaqueta y con el envés se enjuga el rostro.)*

LORENZA.—Mejor... Así lo ahorras. *(Cierra la ventana.)*

(Fermín acaba de secarse y con la chaqueta al brazo penetra por la lateral derecha, al mismo tiempo que por el pasillo aparece la tía Rafa y Rosario. La tía Rafa es una vieja encorvada, enlutada, con un pañuelo a la cabeza. Se apoya sobre un garrote a guisa de bastón. Rosario es una mujer muy joven, bonita y triste.)

TÍA RAFA.—Anda, pasa... No metas ruido... No es necesario que se enteren las vecinas... Ahora hay que aguardar a que mi yerno se meta en la cama... Son cinco minutos y se queda dormido como un poste...

ROSARIO.—¿Cree usted que su hija no tendrá inconveniente?... Me da reparo.

TÍA RAFA.—Tonta, más que tonta... Mi hija, mi hija... Buena pécora es mi hija. Tú déjame hacer. Lo principal es que te metas en casa sin que nadie se dé cuenta. Después, ya saldrás al patio. Diremos que eres una prima. Que tienes el marido por ahí por esos mundos... Y luego, ya veremos.

ROSARIO.—¡Cuánto le agradezco esto que hace!... Si no hubiera sido por usted qué sé yo lo que a estas horas hubiera pasado... Estaba tan desesperada. Soy tan desgraciada...

TÍA RAFA.—A callar... No sabré yo lo que es eso... Mira, hija, nadie puede decir en este mundo: Yo estoy limpia de toda culpa. Pero la mujer que no es capaz de comprender a otra y viéndola triste y acongojada no la ofrece su ayuda, sí que puede decir: Yo estoy manchada de la peor de las miserias: Porque mírame, hija, y piensa si tal vez no pudo haber sido otro mi porvenir de haber encontrado en mi camino una tía Rafa como yo...

ROSARIO.—Tiene razón. Ha sido muy buena y yo confío en usted.

TÍA RAFA.—No haces mal, paloma. Que aunque vista de lana, no soy borrega... Y basta ya. Vamos adentro... Aguarda que llame...

(Se acerca a la ventana y llama con los nudillos.)

¡Lorenza! Lorenza, hija. Asoma un momento...

LORENZA.—¿Qué quiere?... ¿No sabe entrar sin llamar a la ventana?

TÍA RAFA.—No te acalores, paloma, y escucha, que no vengo sola.

LORENZA.—¿Eh?... A mí no me traiga negocios sucios. Váyase con sus líos a otra

parte. ¡El demonio de la tía ésta, que siempre ha de venirme con apaños!...

TÍA RAFA.—Abre y no armes belenes. Que esto no es lo que te imaginas. No seas mala entraña. Que es una prima tuya que tiene el marido por esos mundos...

LORENZA.—¿Prima mía?... Mire, déjeme de trapacerías. Será una cualquiera de esas que usted se encuentra por ahí...

ROSARIO.—Señora... (*Rompe a llorar.*)

TÍA RAFA.—Cállate, paloma. No llores. Y tú abre. No quieras dar el espectáculo. Yo te explicaré dentro. Y si no te convences, ya decidirás lo que sea. Pero abre la puerta... Vamos, hija, sécate los ojos...

(Van hacia la lateral. Lorenza abandona la ventana y desaparecen todos.)

GUADALUPE. (*Sale con una palangana llena de ropa lavada, que va tendiendo en una cuerda.*)—Tan buena es la madre como la hija. Si creen que a mí me la dan, están apañadas. Claro que allá cada una con lo suyo... Pero debieran tener en cuenta que esto es una casa decente... Aunque haya lo suyo como en todas partes...

TÍA RAFA. (*Dentro*)—¡Perra, más que perra!... ¿No te da vergüenza?

LORENZA.—¡Que se calle, la digo!

TÍA RAFA.—No quiero. Ésta es mi casa... ¿Lo oyes?... Y si no estás conforme te puedes marchar.

GUADALUPE.—Ya están, como todos los días. Claro que ahora ya sé por lo que es.

REMEDIOS. (*Apareciendo con una cestilla con grano al brazo.*)—Buenos días, vecina.

GUADALUPE.—Buenos días, señora Remedios.

REMEDIOS.—¿Qué? ¿Ya están esos?

GUADALUPE.—No podía faltar...

REMEDIOS.—Debieran tener un poco más de consideración. Aún hay personas durmiendo y además a nadie nos interesa conocer ciertas cosas...

GUADALUPE.—Tiene usted razón. Que tiene una que enterarse de cada lío... Menos mal que ya nos vamos acostumbrando a no ver ni oír nada.

REMEDIOS.—¿Y hoy qué las pasó?

GUADALUPE.—¿Qué las va a pasar?... Lo de siempre. La vieja ha traído otro apaño a casa.

REMEDIOS.—¡Válgame Dios, qué gente!

GUADALUPE.—Yo no pude verla, porque estaban de espaldas cuando, sin querer, me asomé a la ventana, por ver si ya era de día. Pero me pareció una mujer joven. Lorenza no quería dejarla entrar, pero la vieja insistió.

REMEDIOS.—Naturalmente el de Lorenza ya estará durmiendo. Me despertó, como siempre, el ruido del carrito. No se enterará hasta la noche.

GUADALUPE.—Pero ya estará todo bien amasado para cuando se levante. Y a él, en resumidas cuentas, le tiene todo sin cuidado.

REMEDIOS.—¡Qué hombre!

GUADALUPE.—Qué mujeres, señora Remedios. ¡Qué mujeres!

PEPE. (*Dentro.*)—¡Madre!... ¡Madre!

GUADALUPE.—Voy a ver lo que quiere el chico. ¡Qué vida ésta!... No tiene una ni un momento de respiro... ¡Voy, demonio!... (*Va a entrar cuando aparece a la puerta Ramón. Es el marido de Guadalupe. Alto, demacrado. Viste un chaleco abierto y en la cabeza un pañuelo de color, arrollado. Se mueve lentamente y habla con acento dolorido y extraño.*)—¿A dónde vas tú a estas horas?

RAMÓN.—No puedo parar en la cama. Me arde la cabeza.

GUADALUPE.—A mí sí que me arde, viéndote un día y otro, de esa facha. Más valiera que pensaras en trabajar. Eso es; en trabajar... (*Desaparece en el interior.*)

REMEDIOS.—¿Pero no está mejor? ¿Por qué no va al médico?

RAMÓN.—Ya estoy cansado de ir a médicos. Todos dicen lo mismo. Es cansancio. Le conviene reposo, mucho reposo y alimentarse... ¡Alimentarse! Eso es muy fácil decirlo. ¿Con qué? Como si los alimentos se les dieran a uno de balde. Si trabajando no comemos ¿cómo se puede comer sin trabajar?...

REMEDIOS.—Verdaderamente, es horrible...

RAMÓN.—La semana pasada conseguí que me admitieran de peón en las obras del Ayuntamiento. Está de encargado un amigo mío y me dijo: Yo sé que tú no estás en condiciones de hacer esfuerzos, pero para vigilarme la herramienta por la noche, sí valdrás. Y ni para eso. La primera noche se me metió el frío en la cabeza y me caí en un rincón del barracón. Sentía como si la cabeza se me hubiera hecho un bloque de hielo. Hubo que traerme a casa. Y desde entonces no he conseguido derretir el hielo que tengo dentro. ¿Ve usted esos carámbanos colgados de los tejados? Pues así me parece que tengo yo la cabeza y continuamente siento que me caen hacia dentro del cuerpo como unas gotas gordas y frías...

REMEDIOS.—No debiera dejarlo así...

PEPE. (*Un mocito. Es hijo de Ramón.*)—Buenos días.

REMEDIOS.—¿Ya al trabajo?

PEPE.—¿Qué se le va hacer? Hay que madrugar. Para que otros puedan estar tumbados. (*Mirando a su padre.*)

RAMÓN.—Eres un canalla, hijo.

PEPE.—Además...

REMEDIOS.—No debes decir eso de tu padre. Está enfermo.

PEPE.—¿Enfermo de qué?... ¿Sabe usted qué enfermedad tiene? ¿Le duele algo? Sólo siente que la cabeza se le derrite. ¡Vaya una enfermedad!

RAMÓN.—Cállate. Y vete. Hala. A trabajar para tu padre. Para los cuatro días que

le quedan de vida a tu padre. Durante dieciséis años, día por día, he trabajado yo para ti...

PEPE.—¿Y quién le mandó traerme al mundo?... ¿O es que estaba esperando a que yo pudiera trabajar para desquitarse conmigo?

REMEDIOS.—Cállate, Pepe. Eso no se dice.

RAMÓN.—Sí; eso se dice. Porque estos hijos que le nacen a uno son así. Y no nos queda el recurso de rebelarnos contra nadie, porque toda la culpa es nuestra... Que este hijo sea un canalla es mía sólo la culpa, sólo mía... ¡Pero no te fíes! Estaré o no enfermo. Pero creo que aún me sobran fuerzas para machacarte... (*Va hacia él.*)

PEPE.—¡Cuidado, padre!

REMEDIOS. (*Interponiéndose.*)—¿Qué va hacer usted, señor Ramón?

GUADALUPE. (*A los gritos, aparece en la puerta y como una fiera se dirige hacia su marido.*)—¿Qué vas a hacer al chico?... ¿Te atreverás a pegarle, encima?... Puede que se te ocurra. ¡Pero mira bien lo que haces!...

RAMÓN.—Es un canalla...

GUADALUPE.—¿Quién es el canalla? ¿El pobre hijo, porque trabaja desde que amanece? ¿O tú, mal padre, que consientes que trabajemos todos, mientras tú andas haciendo el carnaval por el patio...?

RAMÓN.—Calla, mujer. No seas mala.

PEPE.—¿A mi madre?... (*Amenazador.*)

(*La señora Remedios interviene empujando a Pepe hacia el pasillo lateral.*)

REMEDIOS.—Vaya. Se acabó. Al trabajo. Vamos, señora Guadalupe, un poco de prudencia, caramba.

GUADALUPE. (*Con lágrimas y gritos histéricos.*)—Querernos pegar... Además de trabajar para él... ¡El sinvergüenza! ¡Mal padre! ¡Mal marido! Querernos pegar...

RAMÓN. (*Cae sentado, deshecho, sobre un poyo del patio.*)—Oh, dejadme ya. Dejadme. (*Se arranca el pañuelo.*) Me abrasa la cabeza... Dejadme. (*Y también se echa a llorar.*)

PATRICIO. (*Apareciendo en el umbral de su puerta.*)—¿Pero se puede saber lo que pasa?... (*Dándose cuenta de la situación.*) Anda, chaval, tú al tajo, que pierdes minutos. Y usted, señora Guadalupe, deje al señor Ramón; que el hombre para él tiene bastante...

REMEDIOS.—Tiene razón. Ande; usted a lo suyo. (*Consigue meter en casa a la vecina.—Pepe salió despedido por Patricio.*) ¡Dios mío, Dios mío! Que afán de complicarse la existencia, como si no nos enviara Dios bastantes desgracias... Voy a dar de comer a mis bichos, porque con estos líos se la va a una el santo al cielo. (*Mutis por el pasillo.*)

PATRICIO.—¿Se le pasa, vecino?

RAMÓN.—Esto ya no se pasa nunca. Nadie quiere creer que esto es la muerte.

PATRICIO.—Bueno. ¿Vamos a tener formalidad? Ahí va un pitillo. Y ahora que parece que el sol se decide a alegrar la mañana, vamos a ponernos a tono. Pensaba dormir un rato, pero estoy tan espabilado que no me apetece. Y es que la vida, vecino, hay que tomarla con sosiego. A nuestros años, y con nuestra experiencia; sobre todo con tanto como hemos rodado, no cabe más que contemplarla así: Somos como esos vagones deteriorados, que se pudren apartados en la vía muerta de las estaciones. ¡Conformidad, amigo! Se acabaron los viajes. Nadie ha de preocuparse de repararnos. Y hemos de consentir que de vez en cuando nos arranquen un tornillo o una ballesta para reparar otros en mejores condiciones. Hasta que nos caigamos sobre la vía y nos arrastren al montón de escombros.

RAMÓN.—Pero no tienen razón. Cuando la semana pasada intenté trabajar en las obras del Ayuntamiento...

PATRICIO.—Lo sé. Le falló la cabeza. Es igual. Yo estuve durante veinte años llevando la contabilidad de Garzón y Hermanos, los millonarios. Y un día también sentí como si se me abriera de pronto un volcán en los sesos. Resultado: Que Garzón y Hermanos, los millonarios, consideraron perfectamente prescindibles mis servicios. Es natural. ¿Cómo podían confiar en un hombre al que se le escapaban las cifras por la chimenea, como un torrente de chispas?... Me resigné. Me dejé arrastrar a mi vía muerta y de vez en cuando intento salirme del carril para no oxidarme del todo...

RAMÓN.—A veces pienso si no hubiera sido mejor morirse.

PATRICIO.—¿En pleno viaje? Nunca: De no ser por descarrilo, que es signo de vitalidad y fuerza, es preferible que le desguacen a uno poco a poco. Los pobres somos más desgraciados porque pensamos demasiado en lo que nos falta. Como los enfermos no son sino los seres a quienes obsesiona la salud que no tienen.

RAMÓN.—Llevo tres noches sin poder dormir.

PATRICIO.—Más tiempo vive, vecino. Pero no se deje dominar por el vicio. Que si el dormir con exceso abotarga, la vela excesiva le lima a uno los huesos...

RAMÓN.—Lo intento con verdadera rabia. Aprieto los ojos hasta que me saltan de lo hondo de ellos unos puntos blancos que van abriéndose delante de mí en círculos cada vez más anchos y brillantes. Y me duele en el centro de los ojos como si me hubieran arrojado una piedra y yo fuera un lago muy quieto. Y voy abriéndome en circunferencias cada vez más grandes. ¿Qué es esto, vecino?

PATRICIO.—Eso es debilidad. Porque ya dejé hace muchos años de intentar explicarme los sueños. Dicen, ahora, que eso tiene mucha importancia. Pero yo no lo creo.

RAMÓN.—Y cuando ya todo a mi alrededor no es sino un número muy grande de aros blancos y brillantes, aparece en el centro mi cabeza, la mía siempre, como si estuviera metida en un tonel con sólo sus flejes de hierro, o en una cárcel redonda.

¡Es horrible! Y contemplo que mis ojos lloran unas lágrimas gordas y blancas como pupilas ciegas y cada una de ellas, al desprenderse, se convierte en un aro. Hasta que no puedo más y abro los ojos y grito. Y así un día, y otro y otro... Pero ya sé lo que quiere decir todo ello...

PATRICIO.—Mi querido señor Ramón; usted no sabe nada.

RAMÓN.—Sí, lo sé, lo sé. Esas circunferencias son mi mujer y mi hijo, que salen de mí; que son algo de mí mismo. Y si lloro y mis lágrimas se convierten en nuevos aros a mi alrededor, es porque mi debilidad y mi enfermedad les da nuevos motivos para rodearme con sus quejas, con sus insultos. Eso es y nada más.

PATRICIO.—Eso es lo que usted interpreta, buscándose motivos de su vida para adaptarlos a sus sueños. Estoy seguro que si en vez de aparecer su cabeza, surgiera una ballena, por ejemplo, le buscaría lo mismo una significación. Creo que nuestra época se hace francamente repulsiva precisamente por ese afán de hurgar en lo hondo de las cosas y de los seres. Y todo es mucho más simple y más sencillo. Por ejemplo: si yo me esforzara en ligar mi situación actual con el fracaso de los ensayos políticos mundiales, llegaría a crear todo un sistema económico-social. Pero sería falso, porque el punto de partida residiría simplemente en que por insuficiencia orgánica no fui capaz de llevar más tiempo la contabilidad de la Casa Garzón y Hermanos. Y eso es todo. Si yo continuara allí, me tendrían sin cuidado la cobertura oro de las divisas y hasta la planificación agrícola del Continente. Como si usted hubiera conservado su puesto en el periódico tendrían una explicación más racional sus sueños de circunferencias y cabezas...

RAMÓN.—¡Y sin embargo, se mueve!...

PATRICIO.—¿Cómo dice?

RAMÓN.—Que a pesar de todo, es exacta mi interpretación.

PATRICIO.—Bueno, bien. Pero usted parta de la base de que a la cama se va a descansar, no a soñar. Se sueña solamente con los ojos bien abiertos y a pie firme...
(*Penetra por el pasillo un hombre cualquiera.*)

HOMBRE.—Buenos días, y perdonen.

PATRICIO.—Buenos días.

HOMBRE.—¿Vive aquí, Fermín, el mozo?

PATRICIO.—Ahí; en esa ventana. Llame usted fuerte, porque estará durmiendo.

HOMBRE. (*Llamando.*)—¡Fermín!... ¡Fermín!...

LORENZA. (*Asoma a la ventana.*)—No grite tanto, hombre. Acaba de acostarse.

HOMBRE.—Quería que me sacara un billete para el correo y que me llevara unas maletas.

LORENZA.—El caso es que... Sin dormir, no sé...

HOMBRE.—No, si no puede ser buscaré otro. Yo lo hacía porque basta que seamos vecinos...

LORENZA.—Que sí, hombre. No faltaba más. Y muchas gracias... (*Llamando.*)

¡Fermín!... ¡Fermín!... Levántate, que preguntan por ti...

PATRICIO.—Tendrá que tirarle de la cama, vecina...

LORENZA.—¡Fermín!... ¡Este hombre duerme como las marmotas!

HOMBRE.—No, claro. Si no ha dormido nada durante la noche, tiene que estar cansado.

PATRICIO.—Para la mujer el hombre no tiene derecho a cansarse nunca.

LORENZA.—¡Madre!... ¡Llame a Fermín, que le están esperando!

RAMÓN.—Si le dejaran descansar a uno siquiera cuando se muere...

PATRICIO.—Hombre, eso creo que sí. Pero no quisiera tener experiencia.

FERMÍN. (*Asomando.*)—¿Quién me llama?

HOMBRE.—Quisiera que me sacara un billete para el correo y que me llevara unas maletas.

FERMÍN.—¿Y para esto me despiertan? Pero si acabo de acostarme.

HOMBRE.—Ya le dije a la mujer que si no podía...

LORENZA.—Quite usted de ahí. Ahora mismo va. ¿Es en el veintiocho de esta calle, no?

HOMBRE.—Veintiocho, segundo, izquierda, sí, señora.

LORENZA.—Descuide. Mientras se acaba de vestir.

HOMBRE.—Bueno, pues muchas gracias. Buenos días.

(*Hace mutis pasillo.*)

FERMÍN.—Descuide. Ahora va. Naturalmente. Como tú estás bien descansadota.

LORENZA.—Pues ¿qué quieres? ¿Que lleve yo las maletas? ¿Es que crees que me he casado contigo para llevar maletas?

FERMÍN.—Lo que no sé es para qué me he casado yo... (*Cierran las ventanas.*)

PATRICIO.—Para llevar maletas... y lo que se la ocurra a ella... (*Aparece Eladia.*)

ELADIA.—Bueno, supongo que no te habrás declarado en huelga.

PATRICIO.—¿Qué le decía, vecino?... No, hija. Eso está ya muy desacreditado por el uso.

ELADIA.—Entonces a ver si esperas a salir por la noche y en vez de vender caramelos, vendes farolillos para las verbenas.

PATRICIO.—¿Ve usted, vecino? Yo, contable durante veinte años de la importante firma Garzón y Hermanos, vendiendo caramelos en un carrito a la puerta de los teatros. ¡Explíqueme este sueño!... Porque esto sí que es un sueño y no los de Freud.

RAMÓN.—Pero usted al menos sirve para algo. Hace algo...

PATRICIO.—Mire usted. En el cuartel, cuando yo serví, había un chico, de Avila creo que era, tan rematadamente tonto que a todo cuanto le mandaban contestaba: «No sabo, no sabo.» Y se pasó una milicia que daba gusto verlo. El secreto para vivir

bien es la aplicación del «No sabo, no sabo» del chico aquél, tan rematadamente tonto. Yo, por desgracia, aún sé algo... Hasta la noche... *(Al pasar por la ventana de su domicilio golpea.)*—Adiós, cariño. Voy por la mercancía...

(Hace mutis por el pasillo.—Ramón se pone en pie, se coloca el pañuelo como le tenía al aparecer en escena y pasea a lo ancho del patio, con gesto abstraído y doloroso.—Aparece Fermín. Se acerca al carrito y a él uncido cruza la escena y desaparece por el pasillo, renegando.)

FERMÍN.—¡Pero maldita sea la hora!... ¡Hala! A empezar otra vez... *(A Ramón.)*—Buenos días, o buenas noches; que ya no sé ni en la hora en que vivo.

RAMÓN.—¿Hay mucho que hacer?

FERMÍN.—Como un perro todo el día y total ¿para qué? ¡Maldita sea la vida!... ¡Qué razón tienen los que dicen que el que trabaja es porque no sirve para otra cosa!

(Hace mutis arrastrando el carrito.)

RAMÓN.—¡Pero sirve para algo!... Para trabajar, para maldecir... Pero yo, yo... Esta cabeza, esta cabeza, esta cabeza...

GUADALUPE. *(Por la ventana.)*—¿Te vas a pasar el día dando vueltas?

RAMÓN.—Ahora voy... ¿Y a dónde voy? ¿A qué voy?

GUADALUPE.—Se te está quedando helado el desayuno.

RAMÓN.—Voy. Pero no quiero comer. Quiero dormir, sólo quiero dormir.

GUADALUPE.—Haz lo que te parezca. Duerme hasta que te hartes. *(Desaparece.)*

RAMÓN.—Hasta que me harte o hasta que me muera. Esta cabeza, esta cabeza... *(Hace mutis, tercera puerta del foro, tropezando al entrar con Guadalupe que sale.)*

GUADALUPE.—Ahí te quedas. Voy a limpiar a donde los de Gómez. Si no te duermes del todo, atiende a la lumbre de vez en cuando... ¡Dios mío, qué desgraciada es una!...

(Hace mutis por el pasillo.)—(Sale la tía Rafa, seguida por Lorenza.)

TÍA RAFA.—¿Te has convencido, hija?...

LORENZA.—No sea pesada. ¿No la he dicho que bueno? Déjeme ya y váyase a lo suyo.

TÍA RAFA.—A lo mío... A lo mío... ¿Sabes qué es lo mío?... Rodar de calle en calle. Eso es lo mío. Hasta que me quede tiesa un día contra el quicio de una puerta...

LORENZA.—¿Y a mí que me cuenta?

TÍA RAFA.—Claro. ¡A ti que te voy a contar!... Tú no has querido nunca saber

nada. ¡Allá tu madre!... Desde que me quedé viuda, tu carga ha venido doblándome los hombros... Pero siquiera, cuando eras pequeña y yo regresaba de recoger la caridad de los vecinos, me sonreías y te abrazabas a mí. Y yo era feliz entonces.

(Lorenza se acerca a su ventana y coge una botella, de la que bebe.)

LORENZA.—¡Qué aburrimiento!...

TÍA RAFA.—Sigues bebiendo. ¿Quién te arrastró, mala?... Un día escandalizaste a todo el pueblo. Y tuve que salir contigo, perseguida por los gritos de los vecinos...

LORENZA.—¡Haberme dejado!...

TÍA RAFA.—Eso debí hacer. Te hubieran arrastrado por las piedras. Pero eras mi hija y una madre lo perdona todo. Te traje a la ciudad. Tú llorabas. ¿De arrepentimiento y vergüenza?...

LORENZA.—De rabia. No me lo recuerde. Aún me golpean aquellos gritos. Eran los mismos hombres que desde niña me habían venido persiguiendo con ojos relucientes. ¡Qué asco!... ¡Y aquellas mujeres de hiel!...

(Lorenza vuelve a beber.)

TÍA RAFA.—¡Hija!... No bebas. Te tengo miedo cuando bebes... También, como tú, esta paloma que te dejó ha tenido que huir... Y ella no tiene una madre que la arrastre consigo; que pida por ella de puerta en puerta... Cuídamela. Conocí a su madre. Era persona de calidad. Yo la debo algo más importante que la vida misma. Y Dios ha puesto en mi camino a la hija para que vele por ella. No la preguntes nada. Está muy triste. Y prométeme cuidarla como si fuera una hija tuya... Jurámelo.

LORENZA.—¿Quiere dejarme en paz?...

TÍA RAFA.—Júramelo, hija. Por Dios Nuestro Señor.

LORENZA.—¡Que se vaya la digo! ¡Márchese!

TÍA RAFA.—¡No te pongas así, perra! Hasta la noche... *(Hace mutis por el pasillo.—Lorenza se acerca a la ventana y bebe. Luego, habla con Rosario, dentro.)*

LORENZA.—Oiga. Salga al patio. No se preocupe. A nadie le importa. No; usted no tiene nada que hacer. Ya lo hará la vieja cuando vuelva. Sí; la vieja es mi madre. La llamo así desde hace mucho tiempo.

(Se separa de la ventana y se sienta en un poyo. Sigue hablando cuando Rosario aparece.)

Y no crea que es por falta de respeto. Es una costumbre como otra cualquiera. Siéntese. Aquí se está muy bien. Es lo único bueno que tienen estas casas. Dentro no

hay quien respire. Huelen mal y el calor es insoportable. De todas las maneras, alguna vez tienen que conocerla las vecinas. Es decir, si no la han visto ya. Pero lo disimularán muy bien. Todas somos un poco hipócritas y nos ayudamos a mentir... Si no, no se podría vivir aquí. Estamos amontonados... Perdóneme, pero tengo mucha sed. *(Se levanta y de nuevo se acerca a beber.)* —Yo siempre tengo mucha sed. Debe ser una enfermedad... Pero dígame algo. Me canso de hablar...

ROSARIO.—¿Qué quiere que la diga?... No sé. Estoy un poco aturdida. Sólo puedo decir que han sido muy buenas para mí.

LORENZA.—Yo no soy buena. Por mala me echaron del pueblo. Bueno, eso a usted no la debe importar demasiado. El caso es que mi madre conoció a la suya. ¡Oh, la vieja tuvo siempre muy buenas relaciones! Antes de que yo... Mejor dicho, antes de que se quedara viuda. Es muy ladina la vieja. Vive de eso: De explotar las antiguas amistades... Pero no me deje hablar tanto. Se me seca la boca... Dígame algo. Cómo se llama. Qué piensa hacer... Lo que quiera. Pero no me deje hablar...

ROSARIO.—Me llamo Rosario. Y soy de la Ribera. De San Adrián del Valle. Un pueblecito con mucho sol y con un río muy claro... Usted le conocerá. Estuve estudiando en la ciudad mientras vivió mi padre. Cuando murió, mi madre me llevó con ella. Mi madre era muy buena, y me quería mucho. Aquellos fueron los años más felices de mi vida. Los únicos. Tuve la desgracia de conocer a un hombre...

LORENZA.—¿Ve? Lo esperaba. Ya no necesita decirme más. Lo sé todo. Lo comprendo todo... ¡Qué asco!... ¿Y su madre?...

ROSARIO.—Murió...

LORENZA.—Muy bien hecho. Piso es lo que debieran hacer todas las madres. Ése debiera ser nuestro castigo: quedarnos solas... Pero no llore. No tiene por qué preocuparse. Ahora tiene un techo. Y tiempo por delante. A esperar... Pero no llore... Y sobre todo no se amilane. No se arrincone como un trasto viejo. Eso sí que es peligroso. Acaba una por aceptarlo todo, por aburrimiento. Aquí me tiene a mí. Yo no soy vieja. Y me siento arrinconada, sin esperanzas, ni alegría... Me casé, pensando que tal vez eso era lo más cómodo y lo menos peligroso... Pero es repugnante. Sí, todo es repugnante...

(Se levanta a beber. A parece por la puerta de la lateral Máxima, con ojos llorosos, convulsa. Se acerca a Lorenza y hablan bajo, con tono reconcentrado.)

MÁXI.—¡Lorenza!... ¡Lorenza!

LORENZA.—¿Qué quieres ahora?

MÁXI.—Primitivo... *(Notando la presencia de Rosario.)* ¿Quién es ésa?...

LORENZA.—Da lo mismo. Es una hermana mía.

MÁXI.—¿Una hermana?... Tú no tienes hermanas.

LORENZA.—¿Y eso qué importa?... Es como una hermana.

MÁXI.—¡Lorenza! Ven. He de hablarte.

LORENZA.—Dime lo que quieras.

MÁXI.—No. Aquí no. Sube...

LORENZA.—No subo. Tú dirás lo que quieres.

MÁXI.—¡Ya has estado bebiendo!... ¡Te digo que subas!

LORENZA.—Es inútil que me ordenes. Hoy no quiero obedecer.

MÁXI.—¡Por la Virgen Santísima, Lorenza!... Primitivo está mal. Muy mal. Nunca le he visto como hoy. Tiembla como una vara verde y se me queda blanco de frío...

LORENZA.—Dale calor, Máxima. Es tu marido.

MÁXI.—¡Se me muere!

LORENZA.—No hagas caso. Conozco la enfermedad. ¡El miserable!...

MÁXI.—¡Lorenza, por lo que más quieras, sube! Te llama. Y tú sabes que yo... Que a mí... No seas mala...

LORENZA.—¡Mala! ¡Mala!... ¿Quién es la mala?... ¿Por qué te casaste con él si estabas seca, si eras de viento y arena?

MÁXI.—¡Calla!

LORENZA.—¡Y él enfermo! ¡Enfermo!... Con una angustia de fuego que le consume. Se retuerce como una llama. Pero tú no vales. Y él no te quiere... Se aparta de ti como de agua estancada.

PRIMITIVO. (*Dentro.*)—¡Lorenza! ¡Lorenza!...

MÁXI.—¿Le oyes?... (*Furiosa.*)—Te llama. ¡Sube, Lorenza!... No me hagas gritar... Una vez más... La última... Aunque se te muera en los brazos... Pero no me le hagas sufrir de esa manera...

LORENZA.—¡Grita, grita cuanto quieras! También yo gritaré. Tengo ganas de que me oigan todos. De que todos lo sepan. Estoy cansada de callar. Me duele el pecho de ahogar en él los gritos como si fueran hijos muertos. Grita y di cómo un día y otro has venido cercándome, asfixiándome con tu persecución...

PRIMITIVO. (*Dentro.*)—¡Máxi...! Me ahogo...

LORENZA.—... Para empujarme a él, como un sorbo fresco. Para que en mí encontrara lo que tú no podías darle. Y eras tú, tú: su mujer, quien lo hacía, quien lo hace... Así es como intentas retenerlo. Así es como quieres engañarte a ti misma. ¡Y no, no! ¡Ya basta! ¡Ya me cansé de ser mala!...

(A parece Primitivo, en la puerta de la lateral. Con la mirada extraviada, anda a tientas, sin ver. Tiembla como un junco, en pleno ataque epiléptico.)

MÁXI. (*Corre hacia él.*)—¡Primitivo! ¿Qué haces?

(Antes de llegar, el hombre se derrumba y se retuerce en el suelo. Máxima, inclinada sobre él, le coge la cabeza y le besa.)

¡Dios mío, Dios mío!... Se me muere... ¡Tú le has matado! ¡Mala! ¡Mala!

ROSARIO. *(Asustada.)*—¡Es horrible!

LORENZA.—¡Oh, qué sed tengo!...

(Va hacia la ventana y bebe. En la puerta tercera del foro aparece Ramón con su estrafalario atuendo y con un gesto de desesperación.)

RAMÓN.—¡No puedo dormir!... ¡Esta cabeza!... Esta cabeza...

XI

Llevaban ocho días en huelga. El suceso les había sobrecogido. Cuando llegaron a la cantera, los compañeros se les habían adelantado.

—¡Eh, vosotros!... No se trabaja.

—¿Qué sucede?

—Se ha declarado la huelga general.

Adán miró a su hijo sin comprender.

—¿La huelga? ¿Y qué tenemos que ver nosotros con eso?

—Todos tenemos que ver, compañeros... ¡Ea! Volved a casa y ya se os avisará cuando haya que reintegrarse al trabajo.

—Pero...

—¿Qué pasa? Supongo que vosotros no querréis ser esquirolas...

No; lo que Adán intentaba explicar es únicamente que ellos necesitaban trabajar para comer. Eso era todo. Y que no podían entender qué razón pudiera ser aquella de la huelga para impedirselo; ni de qué otro modo, sino era trabajando en la cantera, podrían sostener a los suyos.

El encargado de los trabajos, al que acudieron burlando la enconada vigilancia de los piquetes establecidos ante la cantera, tampoco les aclaró suficientemente el fundamento de la situación:

—¡Están en huelga! Ya lo saben ustedes. Y no hay nada que hacer mientras no se solucione.

—Pero es que nosotros necesitamos trabajar... No tenemos otros medios de vida...

—¿Y qué quieren que les haga? ¿Acaso he declarado yo la huelga?

—Pero nosotros tampoco...

—Muy bien; ustedes tampoco. Pero con ustedes solos no se hace nada. Tráiganme obreros y continuaremos trabajando, con huelga y sin ella... ¿No comprenden? Ustedes no pueden hacer funcionar la excavadora; ni explotar los barrenos; ni cargar los camiones; ni transportar el mineral... Ustedes son solamente dos obreros que quieren trabajar. De acuerdo. Pero ¿qué me solucionan a mí dos obreros? Nada; absolutamente nada...

Les volvió la espalda con gesto iracundo, como si realmente ellos fueran los responsables del paro general de los trabajos, y desapareció en el barracón que servía de oficina. Los dos hombres bajaron de la cantera, silenciosos, asustados. Ni siquiera se esforzaban por comprender el motivo de la súbita inmovilidad de las máquinas; de la quietud total del agrio paisaje; del profundo y amenazador silencio de los hombres. Ellos sólo sabían que algo imprevisto y desconocido les impedía trabajar. Y que sin trabajar no podrían sostener a los suyos.

Adán pensó en Eva y le entró el temor de que aquella contrariedad quebrantara su dura fortaleza, su terrible dureza y se desmoronara —¡ahora que tanto necesitaba de

su fuerza!—; y Abel se acordó de María y del niño y se le metió una rabia amarga en el corazón.

—Pero esto ¿por qué?...

(—... Queremos vivir; tenemos derecho a una vida decente, y este derecho hemos de imponerlo con la fuerza de nuestra unión...)

Se levantó un clamor de aprobación y el eco de los aplausos resonó largamente. El hombre que hablaba lo hacía sin violencia; pero con una impresionante decisión. Había trepado hasta el saliente de una roca y desde allí dominaba al grupo de obreros de la cantera, reunidos en el llano.

(—Que nadie intente retorcer nuestros argumentos con falsedades. No perseguimos la destrucción de la industria, sino su mayor eficacia. Ya que se nos considere como máquinas, debe ofrecérsenos al menos la seguridad con que las máquinas trabajan. Pero se nos trata peor que a la herramienta a la que servimos. Y yo digo: ¿quién destruye realmente la industria: las máquinas que trabajan, es decir, nosotros, o los que las explotan brutalmente, inconscientemente, sin reponer sus faltas ni arreglar sus averías?... Nosotros somos como máquinas rotas, yo os lo digo; como máquinas rotas que nadie se preocupa de arreglar...)

Los dos hombres se acercaron al grupo. Allí estaban todos los compañeros de la cantera: los maquinistas de la excavadora, con los «monos» grasicntos y los rostros cubiertos de hollín; los vagoneros con el torso desnudo mostrando bajo la piel los huesos, como palos quemados; los barreneros, los picadores, los conductores de camiones y hasta los listeros y las gentes de la oficina...

El que hablaba era un muchacho pálido, increíblemente largo, que trabajaba en la brigada de cargadores. Contemplándole, en plena faena, producía risa su quijotesco pergeño y cómo se doblaba y erguía lanzando sobre los camiones del transporte las grandes piedras arrancadas, como un hondero formidable, inverosímilmente alargado, blanco, sobre la blancura de la cantera; y crujiente como un mecanismo desvencijado. Abel le conocía bien. Con él había sido particularmente afectivo. Recién incorporado al trabajo, mientras completaban la carga de uno de los camiones, le había preguntado:

—¿Nunca has trabajado en esto?

—Nunca.

—¿De dónde vienes?

—Del campo.

—Esto es peor, ¿verdad?

Y le ofreció una gran sonrisa como dándole ánimos. Desde entonces siempre le había saludado con afecto. Abel también le estimaba. Y le agradecía aquellas palabras y aquella sonrisa precisamente en los momentos en que más las necesitaba.

(—Queremos que se revisen nuestros jornales a la luz de las realidades actuales. Con lo que nos dan después de una jornada agotadora no podemos comer siquiera, esta es la verdad... Nadie dirá que inventamos disculpas para promover el desorden.

¡Queremos vivir; eso es todo!...)

Se aplaudió insistentemente al orador y el grupo se fue disolviendo lentamente. Cada uno, al marchar, lanzaba una mirada, entre rencorosa y triste, hacia la cantera solitaria y silenciosa.

La tarde agotaba sus últimas luces. Adán y Abel enderezaron sus pasos hacia la ciudad; sin atreverse a hablar entre sí, por temor a sus propios pensamientos. Ante ellos caminaban dos obreros de la cantera. Uno gesticulaba con amplio ademán y fuerte voz, como si hablara para un público lejano o para la posteridad. Vestía correctamente, incluso llevaba sombrero y corbata, por lo que fácilmente podía suponerse empleado en la oficina. Su interlocutor, en cambio, era hombre de acento velado, tímido; su talla era exigua y, además, parecía disminuirse voluntariamente, con un ligero encorvamiento; se cubría con una gorra de visera y llevaba puesto un peto de mecánico.

Siguiendo sus gritos, como detrás de la estela de un barco, Adán y Abel caminaron hacia la ciudad.

—Las huelgas —decía con tono convencido el alto empleado de oficinas— nunca serán un medio efectivo para alcanzar nada. No, señor; nunca. Y no lo serán, porque aunque los que huelgan alcanzaran una fuerza de cierta capacidad combativa, siempre serían superiores en organización y eficiencia los medios de que el Estado podía valerse para reprimirles. ¿Está claro?

—Sin duda —contestó el del peto.

—Por otra parte —siguió ya más seguro de sí mismo el andante orador— las huelgas tienen el vicio de irritar a todo el que con ellas ve turbada su economía; que son los más, pues incluso los huelguistas, o, sin duda, los huelguistas los primeros, empiezan perdiendo; con lo que el procedimiento anula su función esencial: la de atraer, la de engrosar sus efectivos... No conozco ni un solo cambio de situación social en que un movimiento de esta índole haya sido su principal promotor. Ninguno...

Se paró de pronto ante el hombrecillo y le miró fijamente en silencio, como esperando su contradicción; pero el hombrecillo no pudo recordar ningún hecho histórico que le permitiera contrariar la rotunda afirmación de su interlocutor y se conformó con subrayar:

—Sin duda...

Y siguió andando, llevando un poco a la zaga al discursador...

—En resumidas cuentas hemos de advertir que las huelgas no son sino el modo, más o menos confesado, que utilizan algunos grupos, cargados de ambición, para conseguir atraer hacia ellos —¡tan injustamente preteridos, según su entender, en la administración de la Hacienda pública!— la atención de los patroneadores tradicionales. Son como el grito irritado del chico listo, pero postergado, que reclama su pretendido derecho. Algo así como: «¡Eh, que estoy aquí! A ver si se cuenta conmigo un poco; si no, rompo los cristales...»

—Pero es que en este caso concreto —se atrevió a oponer el hombrecillo—, en este caso concreto se trata de un sector de la producción que solicita unas mejoras puramente materiales, sin la menor contaminación de la política...

El alto empleado se quitó el sombrero casi con frenesí y lanzó sobre su opositor una mirada de profunda compasión.

—Inocente estratagema. Mejoras puramente materiales. ¡Oh inefable candidez!... ¿La jornada de seis horas? ¿Aumento de salarios?... Disculpas, máscaras, mentiras... Detrás de todo ello ¿quién está? ¿No lo sabe? Pues yo se lo diré: Fulano, que es profesor; Zutano, que es abogado; Mengano, que es médico, o ingeniero, o brigadier... Todos ellos pertenecientes al grupo de los chicos listos y postergados. ¡Ahí está la madre del cordero! ¿Y qué es lo que hay detrás de todo ello?... ¿Tampoco lo sabe?... Pues bien, se lo diré: (Hizo una breve pausa y dejó caer todo el peso de su mirada iluminada y de su sonrisa conmisericordiosa sobre el cohibido hombrecillo). Detrás de todo ello hay petróleo, o carbón, o hierro, o demonios coronados... ¡Cochinos intereses; eso es!... ¿Entiende bien ahora? Lanzan su grito los alborotadores, llaman la atención y, si les dejan, ¡a participar en el reparto!... Ahora bien (y ofreció de pronto una transición tonal que no la mejoraría el más consumado actor); concedo una virtud única a estos movimientos en los que el obrero participa tan activamente: la de que, quiérase o no, los gobernantes de todos los países, sea cual fuere la filiación política de cada uno, no podrán serlo en adelante, si no tienen en cuenta a los trabajadores. Podrán gobernar sin ellos, a pesar de ellos o en su contra; pero todas las disposiciones que los gobernantes del mundo dicten estarán determinadas por la presencia y la presión, directa o indirecta, de los que trabajan... Fíjese que esta afirmación la arriesgo en una época en que los grupos profesionales carecen de fuerza y de dirección adecuada e inteligente; y en que la excelente organización, la disciplina y el espíritu de las instituciones tradicionales llevará siempre algunos siglos de ventaja y de fogueo a cualquiera otra organización que pretendiera suplantarlas.

—Sí; pero esto...

—¿Esto?... Quedarán en la calle, perfectamente seleccionados por las empresas, los obreros que vayan a la huelga.

—Sin embargo, ¿no advierte en este silencio, en esta inmovilidad de la ciudad, un signo evidente de fuerza?

Se calló el hombrecillo después de tan larga requisitoria y extendió la mirada en torno suyo. Habían penetrado en la ciudad y ésta aparecía extrañamente silenciosa, desierta. Era como un pueblo abandonado y tenía las resonancias estremecedoras de un templo saqueado. La huelga había dejado sin luz a la ciudad y toda ella aparecía envuelta en una cárdena claridad. Sobre las calles vacías las grandes sombras se estiraban increíblemente y los árboles de los jardines resonaban lúgubres, como

menudos huesecillos, sacudidos por la brisa de la atardecida. De vez en cuando, de un grumo de sombra, surgía un corcel resonante, y otro, y otro; con mucho ruido de arneses, de cascos y de sables desnudos. Eran las tropas vigilantes. Recorrían la ciudad una y otra vez, y eran como un río de metales y de pequeños bramidos. Detrás de su estruendo todo quedaba otra vez rodeado de un silencio atento. Porque cientos, miles de ojos y de oídos se encendían detrás de las maderas y de las piedras cerradas y oscuras de las casas.

—De fuerza... ¡De fuerza, sí! —contestó el importante empleado de oficinas, después de un corto silencio—. Efectivamente. Pero ¿de quién es la fuerza? ¿De los huelguistas? ¿Usted cree que por temor a un grupo de cien hombres inermes, o de doscientos o de dos mil, por muy fanatizados que estén, se cierran en sus casas miles y miles de ciudadanos? Tremendo error. Lo que sucede es que esos miles de ciudadanos conocen perfectamente la fuerza y los derechos del Estado. Saben, por ejemplo, que hoy, por la amenaza contra la tranquilidad pública que los huelguistas representan, el Estado se hace cargo de la calle, para garantizar el sosiego general... Y estos miles de ciudadanos, encerrados por su propia voluntad, muy cautamente, muy sabiamente, dejan libre la calle al amenazador y al defensor del que se siente amenazado, en la seguridad de que cuanto antes aparezca el bravo, antes las fuerzas de la Ley le reducirán. De ahí esta soledad y este silencio. Los sesenta mil habitantes de la ciudad que no se consideran huelguistas activos, no quieren que entre ellos se escabullan los alborotadores; por eso no salen de sus casas: para que la fuerza represiva sepa a quien da; y también para evitarse recibir en el tumulto alguno de los golpes que se dirijan unos y otros.

—Pero si admitimos su teoría, puede asimismo pensarse en que pueda llegar un momento en el que estos sesenta mil habitantes, o una gran porción de ellos, se sientan atraídos por los núcleos en fermentación y abandonen sus casas, adueñándose de la calle...

—Será porque el Estado se ha desquiciado. Y sus instrumentos de defensa serán entonces los que permanezcan en sus casas esperando la llamada de los nuevos amos, para imponer un orden nuevo, que es el viejo orden de siempre; y unas fórmulas recientes de legalidad, que serán las mismas antiguas fórmulas empleadas; y un sentido actualizado de la justicia, que será idéntico al anterior... Porque Orden, Ley y Justicia son fundamentos de la Sociedad rigurosamente calificados, estáticos; con una función perfectamente definida. Lo que cambia es la razón que los rige y la mano que los aplica. Por lo demás no debe tener cuidado de que un Estado, el que sea —porque un Estado no es un trasto, aunque pueda estimarse desde un ángulo anárquico, como una pura entelequia—; pues no hay cuidado, digo, de que al Estado moderno se le derribe de un empujón, como si fuera una encina podrida o una estatua de escayola. Cuando un Estado desaparece —sea éste burgués o socialista—, es que él mismo se ha convencido de su ruina y adopta la decisión —por sí y ante sí— de arrinconarse... Pero ¡cuidado, amigo, con intentar apresurar su caída; con empujarle en la mutación o

zancandillearle para su más rápido desmoronamiento!... Porque entonces puede suceder que se revuelva enojado, con desenfreno de auténtico hombre al agua, y arremeta contra el pícaro enredador. Y no por afán de reanudar su acción gobernante, sino por demostrar su vitalidad. Y, claro es, acontece en ocasiones que lo que se acometió por un prurito de amor propio, se convierte, si resulta triunfante, en una rehabilitación, en una reanudación de tareas del antiguo estado de cosas. Esto es lo que pasa con alguna de esas revoluciones que, en periodos de cansancio de un régimen, de desgaste de una situación, pretenden apresurar, con cuatro petardos, lo que se ha dado en llamar «agonía de un régimen».

—Siendo así, ¿cómo se explica las revoluciones triunfantes y las violentas suplantaciones de gobernantes?

—¡Oh! Eso es algo más complejo, pero deja intacta mi teoría. En primer lugar, me resisto a aceptar lo de las revoluciones triunfantes. Ésta es una manera simplista de entender y de aceptar los hechos. Cuando un núcleo más o menos numeroso y aguerrido se levanta en armas y se lanza al campo o a la calle, es que el Estado o el régimen, o ambos a la vez, están en situación de disponibles... Y entonces no es el Estado el que se defiende, ni el régimen el que combate. Se trata de que fracciones opuestas advirtieron al mismo tiempo la inminencia del suceso dimisionario del Estado y saltan a la liza a conquistar el puesto vacío. Y si uno de los clanes triunfa ocupa el sitio por el que luchó. Pero a veces, el Estado se vale del ardid de la propia debilidad para que en pleno campo se le declaren sus enemigos encubiertos, y, así, conocerlos y exterminarlos con más comodidad. Si, como digo antes, los dos grupos en pugna se encuentran, uno de ellos fatalmente resulta aniquilado. En las modernas controversias políticas no se toleran los vencidos. Entonces el vencedor recoge los bártulos de gobernar, que son la Ley, el Orden y la Justicia —siempre los mismos— y gobierna... En cuanto a las violentas suplantaciones de unas personas por otras en el patroneo de un país (reyes, presidentes o ministros) es suceso de menor cuantía, en el que regularmente no juegan sino mezquinas intrigas de alcoba o razones económicas ocultas. En cualquiera de los casos el pueblo no importa; aunque, como siempre, sea el pueblo el que reciba las bofetadas. Como podrá ver usted, de esta huelga silenciosa e insignificante a la filosofía social que para mi uso particular manejo, va un abismo...

El del sombrero dejó escapar una risita afilada y se paró ante una casa de apariencia burguesa.

—Ya he llegado, amigo. Hasta mañana y que sea lo que el comité de huelga quiera...

El hombrecillo del peto se quedó un momento parado, como si, al faltarle el locuaz acompañante, se notara demasiado abandonado. Y hasta pareció impulsado por el miedo cuando, lanzando una mirada sobre Adán y Abel, que se le echaban encima, se puso en marcha precipitadamente, desapareciendo por un callejón inmediato.

El sol, ya en la línea del horizonte, entreabrió un negro nubarrón y miró a la tierra, como sorprendido de su gran silencio. Quizá se dispusiera a estudiar medidas sobre la inutilidad de su alumbramiento, viéndola así, desencajada, muerta. Contempló por un momento su atormentado sosiego; su dramática quietud; advirtió de pronto la insignificante proporción del Arco de Santa María, tan presuntuoso; la humilde mancha estirada y movediza del río, que se arrastraba como un buey ciego entre las varas verdes de las orillas; la minúscula mancha azulena de los tejadillos... y, convencido una vez más de la pequeñez del mundo, metió sus largos cuernos de oro en el vientre de la noche.

Por la de San Francisco, penetraron en la calle de Puertamoneda Adán y Abel.

XII

Se repartieron el hambre como hermanos. Con la huelga, los habitantes de la casona de Puertamoneda parecieron replegarse dentro de su concha de adobes amarillos; tal la tortuga que, caminando confiada, tropieza y se hiere; pero no había en su reclusión el menor signo de intimidación o vencimiento. Una hosca decisión les unía: la de resistir, como fuera, aquella taimada embestida de la huelga, que tan de improviso había venido a sorprenderles, sacudiéndoles.

El patio se convirtió en libre plaza para los moradores y la vida de éstos se desarrolló sobre sus piedras picudas, al amparo del sombrero de la parra durante el día y bajo el manto estrellado del firmamento en las noches largas y sin esperanza.

La familia de Adán rompió su huraña clausura y se fundió, al fin, en la comunidad agobiada de la casona. El señor Patricio se erigió en despensero, y en los ocho primeros días dieron fin entre todos a las exiguas existencias de su comercio ambulante, trocadas por artículos más de acuerdo con las necesidades generales. Cuando se acabaron los recursos de la comunidad, hubieron de imponerse sus miembros la tarea de proporcionárselos, usando para ello todos los métodos que el ingenio y la miseria, aliados fuertemente, les depararan, aun bordeando o traspasando los límites de la Ley. Porque el fin justificaba los medios; y el fin de estas tropelías, en las que actuaban con idéntica eficacia el señor Patricio y el Fermín, era no dejar morir de hambre a la numerosa tribu de la casona.

Pero Adán y Eva se esforzaban inútilmente por contribuir de algún modo a esta tarea elemental de resistencia. Todos sus deseos, sus planes; todo sus intentos se estrellaban contra las cerradas defensas que la ciudad, vigilante, les oponía. Carecían de experiencia, y sus mañas de campesinos resultaban ingenuas. Salían bien de mañana —¿a dónde ir, Señor?—, pero, destrozados por el fracaso, rendidos, desalentados, volvían, ya anochecido, a su guarida, con las manos vacías, añadiendo solamente su rabia impotente al acopio de los demás.

Sólo Eva supo imponerse desde el primer momento a la adversidad y resolver la parte que en el problema común la correspondía. Al otro lado del río encontró un lugar donde trabajar. Desde la mañana a la noche se ocupó en un cafetín, fregando los suelos y ayudando en la cocina. Por no se sabía qué extraño principio de conveniencias, los cafés y tabernas de la ciudad habían obtenido de los comités de huelga permiso para poder seguir funcionando.

María abandonó su rincón en el tabuco, y se encargó, sin que nadie se lo propusiera, con una ceñuda decisión, de la cocina común. Hacía la labor como un castigo, con gesto contraído y movimientos llenos de violencia, pero sin permitir que nadie la regateara un esfuerzo ni la ayudara en su cometido. Cuando terminaba, se hundía en un ángulo del patio, con el niño en los brazos, y, mirándolo fijamente, en silencio, era como una de esas vírgenes negras talladas en madera.

Pero la persistencia de la huelga llegó a quebrantar todas las previsiones; a

romper los débiles diques que la miseria había levantado tan costosamente. Y vino ese momento en que todo falta, hasta el amor al prójimo. La solidaridad perdió impulso y ciñó el vuelo alrededor del propio nido.

—Cada uno para sí, y Dios para todos —se lamentaban—. Éste es el fin...

(—¡Es humano, Señor, todo esto —decía el señor Ramón, el más inútil de todos —; es humano que cada cual defienda a los suyos!... Uno no puede ver cómo se le cae a los pies la propia carne; ni puede pensar en acudir en socorro de los demás cuando el agua le llega al cuello...)

Hablaba con resignación, convencido de que él tenía que ser el primer abandonado. Y se tendía en la sombra, dejándose caer, a ver si de una vez podía morirse uno...

—Éste es el peor momento —afirmaba el señor Patricio—; somos como un ejército derrotado y en fuga; cada uno se atiende a sí mismo. Si consiguiéramos unir de nuevo nuestras fuerzas, nos salvaríamos...

Nadie sabía a qué clase de salvación podía referirse el señor Patricio; ni qué esperaba poder salvar de aquella catástrofe; ni mucho menos qué podía importarle a él —al fin y al cabo hombre de vida independiente— el resultado de una huelga en la que nada jugaba y de la que nada podía esperar.

—Me importa, naturalmente —repetía con decisión—; nos importa a todos. Y no tanto que el conflicto se solucione como que esta solución represente una victoria para los trabajadores... Al fin y al cabo ¿qué otra cosa es uno?... Esto es como un encuentro entre dos equipos de fútbol. Yo, naturalmente, soy partidario de los que considero más en mi línea. Sin pasión no puede haber deporte que interese. Y esto es para mí una simple cuestión deportiva.

Mentía graciosamente. Todos sabían que el señor Patricio figuraba desde muy antiguo entre los afiliados al partido promovedor de la huelga y había en su deportiva beligerancia mucho de rigurosa y admitida disciplina.

Pero resistir es duro cuando todo falta. Los hombres quizá resistieran hasta el sacrificio total. Pero ante ellos, silenciosa y terrible, se levantaba constantemente la terca acusación de las mujeres. Y luego ¡los hijos! ¿Qué hacer, cuando los hijos lloran de hambre?...

Todo el barrio de Puertamoneda era como un campamento abandonado. Sólo los perros y los niños andaban por sus encrucijadas, escarbando en las escombreras, aullando y persiguiéndose. Los hombres salían de sus casas de madrugada, cada día con más hosco coraje, y acudían a los centros obreros en busca de noticias. Tal vez tomaban parte en alguna manifestación cortada con violencia por las fuerzas encargadas de mantener el orden. Luego, regresaban abrumados y se hundían en las oscuras cuevas. No todos volvían. Muchos quedaban enredados entre las mallas de la policía. Entonces, algún vecino llevaba la noticia de su detención, y del tormentoso barrio salía una reata de mujeres sollozantes y de niños asustados que se dirigían hacia la cárcel. Y al pie de los muros de piedra de la prisión permanecían horas, días,

semanas enteras, como si con su presencia pudieran forzar los hierros tras de los cuales sufría hambre de libertad el hombre.

Las detenciones encrudecían el clima, ya denso, de la ciudad; y la prolongación de aquel martirio metía en el corazón de los míseros rabia y desesperación. En algún lugar de la ciudad explotó la primera bomba. Fue un artefacto ridículo, confeccionado con un bote de hojadelata repleto de menudas esquirolas de hierro y dinamita. Rompió tan sólo el cristal de una panadería. Pero la alarma se extendió por la ciudad; cundió el pánico en todos.

Se organizó la caza del hombre y se impusieron rígidas normas para transitar por la calle. Ya nadie se atrevió a salir de casa si no era al amparo de las sombras de la noche. Mucho era el riesgo, pero entre morir de hambre o de un tiro salido de las sombras, los hombres elegían lo mejor. Y lo mejor era lanzarse por la noche, a través de las callejas más oscuras, pegados a la pared, fundiéndose en la negrura, hacia los inmediatos campos sembrados. En pocos días las masas hambreadas de los huelguistas saquearon los sembrados próximos a la ciudad. Los labriegos, alarmados, solicitaron la ayuda de las autoridades y éstas les dieron permiso para defenderse... ¡Y cómo se defendieron!

Aquella noche les tocó de correrías a Adán y a Abel. Recogieron el saco que usaban para meter el producto y se metieron entre la camisa, sujeta por el cinto, la pequeña azada de que cada uno debía ir provisto para su tarea.

—Vamos.

Salieron a la calle. La noche brillaba como la laca y el largo barrio aparecía con un color azulado, de tanto firmamento derrumbado sobre su soledad.

—¡Quién diría que en lo hondo de estas casas, miles de hombres, de mujeres y de niños están ahora despiertos por el hambre! —comentaba en voz baja Abel, mientras caminaban.

—¡Calla!

Apretados contra las sombras fueron dejando atrás las últimas casas de Noriega. Desde aquel límite, la ciudad era como un confuso montón de sombras. Sin titubeos siguieron andando, ahora más rápidamente. Conocían perfectamente el camino porque durante el día, hurtándose a la luz del sol, lo habían explorado previsoramente. Se trataba de un sembrado de patatas, bastante alejado de la ciudad y de fácil acceso. Le defendía una tupida red de espinos, que se cerraba contra el río. Los dos merodeadores habían planeado bien el golpe: bordearían los setos espinosos y penetrarían en el campo por el río, no muy profundo. Cuando llegaron, las nubes habían entenebrecido el firmamento, y la oscuridad ponía engañosas trampas a su paso. El clamor profundo de la tierra subía a lo alto roto en mil diversos rumores. Penetraron en el agua y dando un quiebro a la espinosa valla, saltaron al sembrado. Se aplastaron contra el suelo, conteniendo la respiración. Les había parecido oír un

sobresaltado alentar cercano. Pasó algún tiempo y, al fin, arrastrándose, se acercaron a los surcos. Sacaron las azadas y con el primer golpe del hierro contra la tierra, sonó un disparo y luego un pavoroso ladrido y unos gritos desaforados. Y los ladrones vieron cómo se les echaba encima un terrible animal.

—¡Abel, hijo!... ¡Huye tú!...

Adán se sintió dominado por un enorme mastín de crespa greña y boca sangrienta. Se cubrió la cara con las manos, defendiéndose, en tanto el enfurecido animal le clavaba los colmillos en el brazo y gruñía, sacudiendo ferozmente su presa.

—¡Padre!...

En la oscuridad, el cuerpo derribado de Adán, era como una pelota negra entre las garras del mastín.

Se oía una voz:

—¡Duro con ellos, Sultán!... No les sueltes... ¡Agárrales bien, Sultán!...

Abel se acercó al confuso montón y descargó con toda su fuerza un golpe sobre la cabezota del azuzado mastín; sintió un ruido estremecedor de huesos rotos y siguió golpeando, hasta que le saltó a la cara un chorro caliente. Quedó el perro tumbado junto al surco. Abel se acercó a su padre:

—¿Estás herido?... ¿Puedes andar?...

Gritó la voz desde su escondite:

—Como intentéis escapar, os abraso a tiros.

—Vamos, padre. Un esfuerzo...

Levantó el cuerpo de Adán y se lo cargó sobre las espaldas.

—¡Alto, o disparo!...

Abel se paró un momento. Estaba a la orilla del río. Si lograba atravesar la estrecha lengua de agua, la cosa cambiaría. Al otro lado era tierra de todos o de nadie. Y allí él podría defenderse...

—¡Canalla!... ¡Tira si te atreves!...

Se metió en el agua. Volvió a tirar el cobarde. Abel sintió un escozor agudísimo en la espalda, pero siguió avanzando. Nuevamente disparó el miserable, pero ya Abel había llegado al otro lado del río y depositado su carga en el suelo. Se sacó la azada del cinto y la empuñó con fuerza.

—Si vinieras ahora... —y le escupió un insulto brutal.

Pero la noche se encerró en un silencio absoluto. Sólo se oía el claro resbalar del agua y el chocar del viento breve contra las hojas de los árboles. La luna se abrió paso entre las nubes y asomó su rostro plácido.

A la apagada claridad Abel atendió al herido. Le lavó cuidadosamente la herida abierta en el brazo por los terribles colmillos del mastín y le roció el rostro. Adán se recuperó poco a poco. Y, de pronto, como si advirtiera la inmensidad de su desamparo, se arrojó llorando en los brazos de Abel.

—¡Hijo!... ¡Hijo!... ¡Huyamos de aquí!...

—Sí, padre... Vámonos...

—¡Huyamos, hijo!... ¡Volvamos al pueblo!... La ciudad es nuestro infierno...

—Sí, padre...

—¡Nos condenaremos, nos condenaremos!... ¡Volvamos al pueblo, hijo!...

Y cuando la luz pura del nuevo día abrió sus cascadas, derramándose por los montes vecinos, Adán y Abel llegaban a su cueva...

XIII

A la oscura boca del pasillo se asomó la sombra altísima de don Jesús, el cura de la parroquia. Dobló el cuello, con un gesto de precaución, como si temiera chocar con las estrellas, y alargando el brazo en dirección al patio, saludó:

—¡A la paz de Dios!

No sorprendió a nadie la súbita aparición del clérigo. Don Jesús entraba y salía en las zahurdas de sus feligreses cuando quería, y quería siempre que alguna miseria sobrepasaba los límites admitidos aun entre los miserables de Puertamoneda. ¡Que también la pobreza y el desamparo tienen sus niveles!

—Me sentaré un rato con vosotros.

Dijo. Y se sentó apoyado contra la pared. Se le escapó un hondo alentar de cansancio, y, parsimoniosamente, se enjugó el rostro. Era la noche densa y el firmamento, desde el pozo del patio, parecía un lago quieto y profundo. Esparcidos, fundidos en la fresca penumbra, se adivinaba a los habitantes de la casona: El señor Patricio, sentado en el umbral de su puerta, saboreaba con largas chupadas un cigarro; se complacía en irritar el ascua diminuta y en lanzar, apretada, la columna azulada de humo contra la quieta sombra. A su lado, hundida en sí misma, la Eladia, su mujer, se dejaba ganar por el sueño. Con el blancor de la luna, la Máxima tenía el color de los muertos antiguos, y su delgadez empavorecía; sólo sus grandes ojos brillaban intensos, fijos en Primitivo, en su hombre, comido de la más sucia enfermedad. Le tenía a los pies, casi bajo las faldas, amparándole, como una gallina. La Lorenza estaba sola, acurrucada junto al pozo; mirando a lo alto; como prendida en el encanto profundo de la noche. (Al Fermín le había tocado salir de correrías y no había querido que nadie le acompañara; porque él sabía bien lo que debía hacerse y se movía más libremente sin compañía. La tía Rafa aún no había regresado de sus andanzas por la ciudad. Y Rosario prefería sentarse dentro de la casa, componiendo con la figura y el marco de la ventana una dulce pintura romántica.) En un grupo, contra la pared frontera del patio, sentados en el suelo, quedaban la señora Guadalupe, su hijo Pepe y el señor Ramón. Luego, apiñados contra la boca de su cueva: Adán, perdido en el recuerdo y azuzado por sus ansias de retorno a la tierra abandonada; Eva, fulgurante, decisiva, en pie, como un ángel magnífico y rebelde. Unos pasos más allá, con el niño pegado al seno, María; vigilada y adorada en silencio por Abel que, erguido a su lado, parecía uno de esos donceles de piedra dorada que figuran en los atrios de las catedrales.

Allí, bajo el halo suavísimo del firmamento, tirados sobre las piedras del patio; silenciosos, tristes y desamparados, estaban todos los vecinos de la casona. Menos la señora Remedios... Desde lo alto de la ventana vigilaba —¡oh terrible vela inacabable la suya!— el sueño del hijo escondido.

Don Jesús fue sintiendo, uno por uno, el dolor de aquellas gentes, que eran suyas; que le pertenecían ahora, en su total miseria, más que a nadie. Y, sobre todo, sintió su

silencio, lleno de desconfianza y de resentimiento. Él conocía bien a sus feligreses — y aquéllos también lo eran, aunque de los reacios en acudir a la iglesia parroquial— y se daba cuenta de que, ahora, en sus corazones no podían caber otros sentimientos que los de la rabia y la desesperación. Una rabia impotente y, por eso, mucho más dolorosa, más cruel. Una rabia en la que él también se sentía envuelto; porque la rabia que le nace al hombre de la necesidad, de la soledad y de la injusticia, no distingue entre el cura de la parroquia y el amo que no quiere comprender. Y, precisamente porque sabía el infierno en que sus gentes vivían, abandonaba el rebaño bien cuidado y recogido, para salir en busca de estas ovejas negras, asustadas, perdidas en sus propias nieblas. (Porque dice el Señor: «¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si perdiera una de ellas no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a la que se perdió, hasta que la halle? Os digo que así habrá más gozo en el cielo de un pecador que se arrepiente, que de noventa y nueve justos, que no necesitan arrepentimiento.» Don Jesús no era un clérigo de gran talla intelectual. Pero sabía bien las cosas que necesitaba para ejercer su ministerio en paz y en gracia de Dios y de su conciencia. Y tenía, por añadidura, un gran corazón. «Porque —¡Dios sea conmigo!—, de lo que se trata en definitiva es de que estas gentes no se pudran.» Don Jesús era hijo de campesinos; de esa clase de gentes que mueren, como quien dice, detrás del arado. No conoció en los suyos la miseria, y, por ello, ésta diaria que respiraba en la parroquia, se le metía tan adentro. Llevaba más de treinta años rigiendo la de Nuestra Señora del Camino (una advocación de la Madre de Cristo, en su mayor dolor: cuando le ponen en los brazos el cuerpo destrozado del Hijo, asesinado por el Hombre). A esta parroquia pertenecía el barrio de Puertamoneda. Don Jesús se conservaba, para su edad —que andaría rozando los ochenta años— fuerte y ágil; como si el Señor se hubiera dado cuenta, al sostenerle tan entero y tan duro, de que para hato de tan difícil manejo, era menester gañán peleador y de aguante. Pero Don Jesús no peleaba nunca con sus feligreses. Les amaba a su manera, quiere decirse, duramente, pero con tremenda decisión y sin peleas. «Sólo pelean los brutos y los malvados. Dios no pelea con el condenado, le basta con negarle su presencia.»)

Como buen campesino, era voluntarioso, un poco retraído y amigo de llamar a las cosas por su nombre. Se contaba que cuando el obispo nuevo tomara posesión de la diócesis, don Jesús demoró su visita de rigor tanto tiempo que sobresaltó a sus propios amigos. Y, no por orgullo, sino por terca humildad. Cuando fue llamado a palacio, el anciano párraco se enredó un poco en las explicaciones iniciales, hasta que le salió entero y verdadero el discurso:

—Excelencia; yo bien sé que todos los que se apresuran en acudir a lisonjear a Su Ilustrísima lo hacen por el solo afán de atraer sus mercedes. Y Dios me perdone el mal pensamiento. Yo no quiero otra cosa que la que Dios se ha servido otorgarme. Y más deseo ser estimado por mis obras que por mis palabras...

Y no hubo quien le sacara de ahí. En tanto que las cosas sucedían normalmente,

es decir, mientras no ocurría más que lo que tenía que ocurrir en una parroquia como la suya (¡Miserias no faltan, Señor! Pero ¿cómo poder remediarlas; ni con qué?) don Jesús limitaba su intervención a la propia de su ministerio, sin meterse a Redentor; no por el temor de salir crucificado, sino porque él sabía que a la hora de la verdad — quiere decirse, a la de la muerte—, todos acababan por sentir la congoja del arrepentimiento. Y allí era la suya y la de Dios, generoso, rescatando del pecado, en última instancia, el alma en pena.

Pero ahora todo resultaba distinto. La huelga se había extendido por la parroquia como una epidemia, y entre el hambre, la miseria, los encarcelamientos y las lágrimas de las mujeres, le habían sacado de quicio. Él no entendía demasiado de las razones de los «otros»; pero las de sus gentes, ¿cómo no entenderlas!... Quizá no fuera el de la huelga buen camino, pero una vez dado el primer paso, no había sino recorrerle hasta el fin. Un fin que a don Jesús se le antojaba hartamente sencillo. Pues...

—¿No era verdad que aquellas gentes eran criaturas de Dios? ¿Y no era, asimismo, cierto que no podían vivir como tales? ¿Quién podía ser el culpable de esta negra iniquidad? ¡Ahí estaba el quid de la cuestión! Mientras «sus» gentes no conquistaran en el corazón de los demás hombres el reconocimiento de su condición de criaturas de Dios, estaba justificadísima su protesta...

—Pero es que de lo que se trata no es de alcanzar el reconocimiento moral, o espiritual, si usted prefiere llamarlo así, sino de conquistar unos medios puramente materiales que nos son indispensables para vivir... Porque lo primero es vivir, padre...

—No te atropelles, Patricio, ni me atropelles a mí con tu discurso. Ni esperes que aplauda vuestros procedimientos. Cualquier intento de superación, aunque sea material, debe estar mantenido por un sentimiento espiritual, orientado hacia Dios... Sí, hombre, no te retuerzas. El hombre es el único animal de la creación que puede moverse por fines no materiales, a diferencia de otras especies inferiores, a las que empuja la satisfacción de sus instintos...

—¿Y qué nos distingue a nosotros, los seres humanos, las criaturas de Dios, como usted dice, de los animales irracionales? ¿Nos distingue, acaso, el vivir en cuevas, el sentirnos acorralados, el padecer hambres, fríos y miserias? ¿Quién ha de otorgarnos la calidad de hijos de Dios, con todas las garantías? ¿Los dueños de las fábricas que regatean unas monedas a nuestra necesidad? ¿O tal vez las esposas de esos mismos amos de todo lo nuestro, cuando giran sus visitas de caridad —¿no las llaman así?— por nuestras zahúrdas? ¿O el señorito que persigue a nuestras hijas, acorralándolas contra las paredes del hambre? ¿Quién se acuerda de nosotros? ¿Ustedes, los curas, con su doctrina de resignación?

—No seas bruto, Patricio. Y deja en paz todo eso. ¿Has pensado alguna vez en que Dios es un hecho; en que existe en ti y en mí y en el amo y dentro de tu zahurda? ¿Y no sabes que siempre llega un momento en que Dios se nos revuelve dentro y se nos sale por el corazón?... Y entonces...

—Entonces, los malos se arrepienten ¿no? —repuso Patricio.

—Sí. Y bajan los angelitos y se les llevan volando —apostilló el Pepe, bajando la mirada.

—Lo que importa, pequeño tonto, no es que los ángeles bajen a uno, sino tenerlos dentro. Y para eso hay que estar con el alma limpia de rencores, de envidias, de egoísmos... ¿Entiendes tú eso?... Yo no vengo a traeros ahora la comunión, sino a limpiaros los adentros, que les tenéis llenos de miseria.

—Dejemos eso, Don Jesús...

—Yo no quiero dejaros, sino teneros. Y para eso vengo. ¡Maldita si me importa lo que penséis de mí! Pero estáis muy solos y la soledad no es buena consejera. Yo sé que si habláis conmigo se os irán por la boca muchos de los malos pensamientos que se le meten a uno cuando está solo y le duele el corazón de odiar, días y días... Tomad esto...

Se metió la mano por entre la sotana y sacó un envoltorio. Luego rescató de sus profundos bolsos una botella.

—Es un poco de leche para el niño. Porque tenéis un niño, ¿no es así?

Dirigió la mirada hacia el ángulo donde María permanecía. El cura se levantó y se acercó a ella.

—Toma, mujer. ¿Cómo se llama el pequeño?

—Aún no tiene nombre —se apresuró a decir Adán.

—Nació en el campo, señor —repuso Abel, con humilde tono.

—¡Se llama Caín! —María había levantado la mirada y repetía—: ¡Se llama Caín!

—¿De dónde diablos habéis sacado ese nombre?

—Caín era mi hijo... ¡Y me lo mataron!

—¡Calla, mujer!

—Caín no es nombre de cristiano. Le pondremos Jesús, que así se llamó Cristo en la tierra y fue, como el tuyo, pobre...

—¡Mi hijo se llamará Caín!

Había en el acento de María una feroz resolución. Apretaba el hijo contra sus carnes como si con sólo el intento de quitarle el nombre que ella le había dado se le estuvieran arrancando de sí...

—Está bien. Se llamará Caín, si tú lo quieres... ¿Eres tú el padre?

Antes de que Abel contestara, sonó de nuevo la voz de María; esta vez como un eco de sus ansias, rebotando por las oscuras galerías de su sangre:

—¡Mi hijo no tiene padre!... ¡Es mío! ¡Es sólo mío!

El niño se revolvió entre los pañales y lanzó un gorgorito lastimero. María se levantó del suelo y amparando al hijo con los brazos, como defendiéndole de una cruel acometida, corrió con él a ocultarse en la cueva.

En lo alto, las estrellas parecieron crepitar como pequeñas ascuas y se oyó su chasquido antes de apagarse, tal una hoguera suena en la lejanía del monte...

XIV

—¡Vamos; no te pares!...

Adán sintió un golpe en el costado, y, en el avance, arrastró consigo al compañero, unido a su muñeca por la doble argolla de las esposas. Se llevó la mano libre a los ijares, que le palpitaban con violencia, y murmuró con humilde acento:

—Ya voy, señor...

Intentaba mirar atrás. Quería volverse para ver a los suyos, que le seguían. Oía el rastrear de sus pies por las piedras de la calle y sentía en las entrañas los rasponazos, como si aquellas gentes despavoridas intentaran trepar, corazón arriba, clavándole las uñas, hasta asomarse a sus lágrimas.

—¡Adán!... ¡Adán!...

—¡Padre!

—¡Hijo mío!...

Eran voces dobladas por los sollozos, y en el esplendor del día transmitían una impresión melancólica, como de ramillas partidas por el viento. Ramas barridas por la furia eran las voces de Eva, y las de Abel, y las de la señora Remedios, clamando por él y por aquel muchacho silencioso, terco y duro que llevaba agarrado a la muñeca por el hierro de la cadena.

Adán se sentía confuso, tal como si estuviera sepultado en una oscura mina, bajo el mar rugiente. Era una pesadilla cruel. Pero aquel dolor vivísimo de su costado le advertía que todo sucedía realmente.

(—¿Por qué, Señor, me llevan así, atado como a un Santo Cristo de Pasión?)

Él no había hecho nada. Bueno, sí; algo había hecho. Pero ya tenía el castigo en el dolor de su cuerpo. Cuando los hombres que ahora le conducían habían penetrado en la casona de Puertamoneda, él estaba como los demás vecinos, tendido sobre las piedras del patio, mordiendo sus hambres y sus rabias.

(—Pero esto no es un delito; es solamente una desgracia muy grande que les sucedía a los pobres...)

Como borbotones silenciosos de sombra y de frío habían irrumpido por el largo pasillo, empuñando las pistolas. Nadie se había movido. La sorpresa y el miedo les agarrotó contra el suelo. Y ellos creyeron sin duda que despreciaban su aparato. Se enfurecieron:

—¡Arriba todos, granujas!... ¡Vamos; de prisa!... Contra la pared.

Solamente el señor Patricio intentó replicar:

—¿Qué significa todo esto?

Pero recibió un golpe de porra en la cabeza y cayó, como una res degollada, en un rincón del patio.

—¡Cállate y obedece!

Luego, les habían preguntado por Ángel; por aquel muchacho terco y duro que ahora caminaba, prendido, a su lado:

—¿No sabes a quién me refiero?

—Yo no sé nada, señor... Nosotros solamente hace dos meses que vivimos en la casa...

—¿Y tú? —se dirigían ahora a Pepe, el hijo de la señora Guadalupe. ¿También tú acabas de llegar?

—Yo no sé nada...

—¡Nadie sabe nada!... ¡Nadie sabe nada!... ¡Granujas!...

También golpearon al muchacho hasta que le rindieron contra el suelo.

(—¿Por qué hacían esto? En el pueblo nadie se hubiera atrevido a maltratar a un hombre con barbas en la cara; ¡y así, tan sin razón!)

Pero aquellos hombres venían decididos a todo. De un empujón derribaron la puerta del piso de la señora Remedios y subieron con estruendo escaleras arriba.

Todos habían permanecido quietos, pegados a la pared, como ovejas acorraladas. A la entrada del pasillo, otros hombres, con las armas preparadas, vigilaban.

El sol se estrellaba contra el friso atemorizado. Eran como condenados a muerte, esperando el momento de su fusilamiento. Algo parecido a las pinturas trágicas de Goya. Se oían los gritos desgarradores de la señora Remedios y el ruido de objetos destrozados a golpes, a patadas.

—¿Dónde está el bandido de tu hijo?... ¡Como no aparezca, nos las vas a pagar, vieja bruja!...

De pronto había sonado un alarido, un sordo rumor de lucha y luego un disparo seco...

Rodando por las escaleras, cayó al patio el cuerpo de Ángel. Detrás, como una loca, apareció la madre, y descubriendo el cuerpo del hijo tendido sobre las piedras, se arrojó sobre él. Recogió la santa cabeza inmóvil con un gesto súbito de susto y prisa, como si temiera que la muerte, entrevista, se lo arrebatara, y le ocultó entre los brazos, tapándole con su cuerpo, echándole por los ojos cerrados la ceniza de su pelo blanco. Sollozaba hondamente, y era su acento un eco ronco:

—¡Hijo!... ¡Hijo!... ¡Hijo!...

No dijo otra cosa ya, ni siquiera cuando aquellos hombres bajaron de la casa y la separaron a golpes. Abrió el muchacho los ojos y al ver a su madre, se le saltaron las lágrimas. Pero en silencio, sin un ademán, sin una palabra de queja o de protesta; como si todo estuviera previsto desde el principio del mundo...

—¡Vamos, arriba!... ¿No querías esconderte?... Ahora te daremos un buen escondite. De fijo que nadie podrá encontrarte jamás...

Y aquellos hombres golpearon brutalmente (—¿Qué motivo había para ello?) a la triste madre, que estaba pegada al cuerpo del hijo, ya en pie, como un animalito enfermo.

—¡Quítate de enmedio, vieja bruja!...

Y la pobre anciana había caído a los pies de Adán. Y fue entonces, cuando (—¡No pude evitarlo, Señor!) saltó sobre el brutal y le derribó de una puñada. (—Yo no quise

hacerle daño. Pero aquella anciana golpeada me turbó el sentido.) El hombre (—Este mismo que ahora me mete el cañón de la pistola por los costados) cayó al suelo, sangrando por la boca. Los compañeros del caído se lanzaron sobre él y le golpearon hasta que perdió el conocimiento. (—Yo no me defendí. La verdad es que no quise hacerle daño. Lo juro por mis hijos. Sólo me sentí acometido por la furia cuando vi golpear a la vieja...)

Aún se encontraba aturdido por los golpes cuando le esposaron con el muchacho y le obligaron a salir de la casona, como un criminal, entre fusiles.

Ahora cruzaban por la Gran Plaza de Noriega. Nunca Adán se había fijado en ella. Cuando la cruzaba, siempre lo hacía con prisa, allá con las luces primeras de la amanecida, al dirigirse a la cantera; o por la tarde, después de la faena. A esas horas la Gran Plaza tenía los perfiles borrados por la niebla o por el brazo adelantado de la noche. Por la mañana, la plaza estaba demasiado silenciosa y era ácida, como la escarcha de la madrugada; los grandes almacenes tenían bajados los cierres de seguridad y el jardincillo aparecía lacio y deslucido. Por la tarde, en cambio, cuando empezaban a relucir los grandes focos, había demasiada confusión en ella; y todo, bajo los resplandores eléctricos, tenía un aspecto de agobio, de cansancio, de asco... (Parecía a esas tristes mujeres viejas que se embadurnan el rostro, tapándose los surcos de la piel, y se iluminan la mirada con aceite para esperar, agazapadas en las esquinas, el paso de los transeúntes.) Pero ahora se le descubría una plaza distinta: Brillaba el sol puro en lo alto, con tan limpios relumbres que parecía de metal bruñido. Era la hora del mediodía, y las flores del jardinillo reventaban de gozo por entre los verdes bojs de su guardia; refulgían los grandes almacenes y el asfalto de la calle estaba charolado. La plaza era una gloria de luz, de color y de armonía. Hasta él llegaba el aroma tibio de las matas de claveles, sangrientos y frescos, y a su paso descubría hombres de dulce mirada y muchachas piadosas que le contemplaban con infinita compasión...

Le contemplaban con lástima, porque iba preso. Se daba cuenta de pronto de que iba preso. Por un momento, la belleza de la Gran Plaza le había hecho olvidar su condición. Iba preso, entre fusiles, seguido por un cortejo sollozante de mujeres, camino de no sabía dónde.

(—Pero yo no he hecho nada, Señor. He pedido perdón y he recibido el castigo. Ya comprendo que nunca debí golpear a este hombre. Y hasta me doy cuenta de que el motivo de mi arrebató tal vez no tenga demasiada importancia, aquí en la ciudad. Quiero decir, que tal vez esto de golpear a las ancianas sea una costumbre perfectamente admitida. Por otra parte, aquellos hombres estaban encolerizados por la burla del muchacho, que desde hacía tanto tiempo había evitado, escondiéndose, su detención. Sí, claro es que conocían todos los vecinos el paradero del muchacho; pero nadie lo hubiera delatado, así les fuera en ello la vida. Hasta ellos —recién llegados— sabían la historia: Con motivo de un famoso pleito entre obreros y patronos, el muchacho había volado con dinamita un transformador de energía eléctrica dejando

la ciudad a oscuras. La policía lo buscaba por ello. El muchacho se escondió en la casa de su madre, debajo de una escalera que daba a las carboneras. Por las noches, a la hora en que todos dormían, salía al patio a estirar el cuerpo, paseando, tronzado como lo tenía de estar tirado, durante el día, como un animal enfermo, en el estrecho cubil. Ellos, desde su cueva, le sentían. Y oían la voz trémula de la pobre madre, vigilando el paseo del hijo bajo las estrellas, desde la ventana del piso, pendiente del más leve rumor. ¡Pobre señora Remedios; cuánto llevaba sufrido! Y ahora, este trago de verle amarrado con una cadena —¡Dios mío, cómo se mete por las carnes!— y conducido hacia nadie sabía dónde...)

Adán intentaba no sentir siquiera el dolor; no escuchar el rastrear cercano de los suyos, ni sus lamentaciones; andaba, andaba y miraba a su alrededor, descubriendo un mundo desconocido y bello. Y, sin proponérselo, sin saber de dónde le salía aquella ansia de vida, ponía en la contemplación un afán desesperado, como si fuera aquella su despedida definitiva.

(—Dicen que a los que van a morir les siega el miedo la visión de las cosas, y que en la tiniebla de su desesperanza se les sale el recuerdo, ofreciendo imágenes antiguas y sencillas, sin relación con la angustia del momento. Ahora siento el mismo gozo que aquella tarde, en la era, tendido a la sombra del carro entornado, con el sol esparcido entre el oro de las parvas. Bebí un sorbo de agua y se me metió dentro un frescor sosegado...)

Pero Adán no iba a la muerte, no; y se aferraba por eso con tan dulce desesperación a las cosas inmediatas: Ahora entraban por la estrecha calle de la Misericordia (—¡Qué cosas, Señor!... Calle de la Misericordia. Calle de la Misericordia. Calle de la Misericordia.) Repetía el nombre una y otra vez, hasta que los ecos, juntos, sonaron en su cerebro como un coro. La calle era estrecha, empinada, retorcida y solitaria, formada por viejos caserones de fachadas rajadas y sucias. Tenía un aspecto mísero, pero desde las ventanas, grandes matas de geranios —¡siempre las flores piadosas a su paso!— rodeadas de grandes hojas verde mate, centelleaban. (—Calle de la Misericordia. Calle de la Misericordia...) Al doblar la esquina, un anciano les cedió el paso y se les quedó mirando con ojos asombrados. Adán agradeció desde lo más profundo de su alma el noble gesto del viejo.

Todos tenían compasión de su desdicha... (—¡Bienaventurados los que padecen persecución!) No había entonces por qué temer nada. El hombre es bueno, todavía. Y todo quedaría aclarado cuando llegaran (—¿A dónde, Señor?) Volvería a pedir perdón por su violencia y ofrecería si fuera necesario la otra mejilla, si bastaba para satisfacer el rencor de su víctima. Y luego regresaría con los suyos.

(—¡No; nunca más volverían a la cueva de Puertamoneda! Saldrían de la ciudad y buscarían el camino del pueblo abandonado. ¡Oh! Desandar el fatigoso trecho, aunque en él dejemos a pedazos la carne. ¡Y morir en la santa tierra nuestra! Ya nadie hablará de nosotros con recelo. Y el Amo nos perdonará por lo mucho que hemos sufrido. Y el sol de los campos y el rumor del río grande entre los chopos y el cántico

de los pájaros libres se alegrarán de nuestro retorno...)

Pasaban ahora por delante de una iglesia, posada, como una blanca paloma, en el cuenco de arcilla roja de un rincón de la ciudad. Adán recordó que un domingo, cansado de andar desorientado por las calles, entró en la pequeña iglesuca. El recinto estaba lleno de sombra fresca y buena. Se sentó en un banco, debajo del coro. Sobre el único altarcillo, la invisible brisa jugueteaba con las llamas de las velas, que lanzaban amarillos lengüetazos, defendiéndose. Tres mujeres enlutadas rezaban quedamente, hincadas sobre las losas. Y Adán se acordó de la parábola del Fariseo y el Publicano, y no quiso rezar, dominando el deseo que se le salía por la boca, porque le daba vergüenza de que Dios creyera que intentaba engañarle, jugando a ser el publicano de la parábola.

Adán era un ser elemental, sencillo y bueno; pero quien le viera ahora, conducido como un criminal, no podría creerlo.

La dramática reata tuvo que detenerse ahora en medio de la plaza. Pasaba por delante de ellos, lento y solemne, con un duro traqueteo, el carro de los muertos. Caminaba al frente de la comitiva, el monago con la cruz alzada; y, a su lado, el cura, mascullaba latines. Seguía el coche mortuorio, muy reluciente de barniz y con tres coronas flotantes en la trasera. A pocos pasos del carruaje venía una fila de seis hombres tristes, muy enlutados, que miraban fijamente a la tierra que pisaban, como si reflexionaran, mientras caminaban, sobre el destino del hombre y la fragilidad de las glorias humanas. A continuación, y ya sin orden ni concierto, seguía una turba confusa de gentes, aunque acompasadas al ritmo funeral, ajenas totalmente al acto. Reían, hablaban, gritaban...

(—Y luego, después de la frase tradicional —siempre la misma, Señor— «te acompañamos en el sentimiento», los alegres compadres y amigos de los familiares del muerto alargarían el grato paseo, bajo el tibio sol de otoño, hasta acercarse a una taberna típica de las afueras, famosa por su vino de la tierra y sus guisotes... Siempre pasa lo mismo. ¡Es la vida!)

Pensaba Adán, sin acordarse él tampoco del muerto, y pensando tristemente en que un hipócrita e inútil acompañamiento como éste le acompañaría también a él en su último viaje hacia la tierra... Y, ¡quién sabe!, tal vez sucediera que a su paso, hombres como él ahora, empujados hacia lo desconocido, sintieran en la sangre el miedo de la muerte...

(—¡Porque morir, Señor, duele en el alma, como ningún otro tormento...! ¿Qué cosa de tan inaudita maldad pudo hacer el hombre para merecer la tremenda crueldad de la muerte? ¿Qué negro rencor puede cegar el alma humana para arrancar de la vida y sepultar en las negruras eternas a un semejante?... ¡No; no existe crimen que pueda justificar a la muerte!... Ni Tu muerte misma —¡Oh Dios que estás en los cielos!— fue suficiente horror para imponer la muerte al mundo. Se rasgaron los velos del templo y tembló la tierra; pero el hombre siguió vivo, con su pecado...)

Llegaron ahora a una gran explanada. Delante se levantaba un negro torreón con

ventanas enrejadas. Ante la puerta, alzada sobre una doble escalinata de piedra, montaban guardia unos soldados con el arma al brazo. Al pie de la muralla, pegada a la pared, una fila doliente de mujeres y de niños les contemplaba. Y Adán subió el primer escalón, empujado brutalmente por su guardián. Aún oyó claramente, aunque como entre sueños, el grito de Eva: «¡Adán! ¡Adán!...» Y la voz confusa de Abel: «¡Padre!»... Quiso volverse para mirarles y otra vez sintió en el costado el golpe cruel. Pero no siguió adelante esta vez y se quedó un momento contemplando la ancha explanada. Y vio a la esposa y al hijo, solos, con los brazos tendidos hacia él, como dos árboles rotos en medio de un campo negro, reluciente de sol...

XV

Y María quedó sola, caída sobre las piedras, con el hijo agarrado a las carnes; sin comprender nada, aturdida por el zumbido de su propio corazón. La habían dejado allí, en aquel mundo pequeño del patio, olvidada; porque el dolor, como una gran riada, se lo había llevado todo; y ella no era más que un charco asombrado, contenido por las paredes de la casona.

El gran silencio luminoso de la tarde la rodeaba, y se sentía distante, quebrantada, y se ceñía más a las piedras, casi con placer, tal el caminante, sobre un repecho verde, concede tregua a su prisa, y se hunde, cansado, en la blandura del descanso. Levantó la mirada, y por el ancho embudo que los tejadillos formaban descubrió la gran luz azul del cielo, como una pradera suavemente agitada por la brisa. (¡Qué extraño descubrimiento! ¡Hacía tanto que sus ojos no se levantaban a lo alto!) En aquella maravillosa quietud había una paz serena y dulce, una delicada invitación a la ternura. Todo el tormentoso mundo levantado a su alrededor se desmoronaba, dejándola, entre las ruinas, con sólo su amor palpitante entre los brazos y aquella muda incitación azul hacia la libertad.

Asistió con estupor a la dramática peripecia del prendimiento; pero no había sentido dolor, como si todo lo que sucedía ante su mirada no tuviera relación con ella; y contempló la reata sollozante de seres, detrás de los hombres uncidos por el hierro, como algo presentido, inevitable. Pudo haberse unido a los implorantes, haber seguido al esposo siquiera... (¿Por qué he de hacerlo? ¿Qué son para mí Adán, Eva y el mismo Abel? Entre todos me han arrancado de la vida verdadera para sepultarme en un agujero sucio y oscuro. Habían pretendido borrar de mí hasta el recuerdo de Caín; y sin este hijo sería sólo como una sombra rabiosa...) Días y días había soportado hambres, miseria, soledad y tristeza, sin esperanza, torturada además por la imagen viva de Caín, que no podía desgarrar de sus ansias... Como el suyo debía ser el sufrir de los condenados: un dolor de todos los instantes; dolor de alejamiento, de recuerdos, de aborrecidas presencias... Y todo sin resignación y sin esperanza; sin piedad y sin término...

María sentía todo esto de un modo confuso, sin pensar en ello, como el abrasado en la hoguera siente la llaga total de su carne quemada, sin poder precisar qué trozo de sí le duele más vivamente. María no era egoísta, porque el egoísta calcula y obra en consecuencia, y ella no pensaba en nada ni era capaz de medir la hondura de su soledad. Solamente se sentía más triste que nunca, y más sola y más angustiada. No tenía culpa si no podía querer a Abel; ni de aquella rabia furiosa que la acometía cuando Eva hablaba de Caín; ni de no poder ver en Adán más que al hombre manso y bueno, pero incapaz de abrir una brecha de amor en los demás. Ahora, no se acordaba de nadie, ni de ella misma...

Se levantó muy lentamente y echó a andar, hacia la salida del patio.

—¿Dónde va usted, María?

Se paró, con susto.

—¡No me deje sola!... Tengo miedo...

Era Rosario: la chica recogida en la calle por la tía Rafa. También se había quedado, cuajada por el terror, entre las cuatro paredes de la casa. Repitió angustiosamente:

—¿Dónde va usted, María?

—¡Yo qué sé!...

—¡No me deje sola!... ¡Tengo miedo!

—Yo también lo tengo... Por eso me voy...

—¡Espéreme!... ¡Lléveme con usted!

—Nadie puede venir conmigo a donde yo voy...

Y reanudó su andar, pasillo adelante, con el hijo en los brazos. Y salió a la calle, amoratada de sombras, y siguió andando, andando, con la mirada prendida en la lejanía... Allí donde los árboles ponían un festón verdinegro a los límites de la ciudad.

La calle tenía la dureza del abandono. Es triste, sobre todas las cosas, una calle sola, llena de luz. Es como un templo vacío y desmantelado: queda en él un eco oculto de armonías, de rezos, de pasos apagados sobre las losas frías, pero sin una sombra siquiera de vida humana; sin una voz que conmueva las bóvedas... Dios está allí, pero como una nube de la divinidad; como entre pajas de hielo, triste y temblando.

Sobre las losas de la calle, los pasos de María resonaban, persiguiéndola, tal un perro fiel, obstinado y doliente. Volvió la espalda al centro de la ciudad, borrándose con decisión toda flaqueza, y se echó al camino, se salió del cauce gris de las casuchas de Puertamoneda, buscando el libre desamparo del campo abierto.

(—¡Yo también tengo miedo, y me voy...!)

Lo repetía en voz alta, convenciéndose a sí misma, sosteniéndose en su decisión; porque algo muy íntimo continuaba preguntándole:

—¿A dónde vas?

Y es que nadie sabe nunca hacia donde se dirige, cuando huye. Sólo sabe que hay que andar mucho, cuanto más, mejor, y perderse entre los árboles, y ocultarse entre las rocas, y no exhalar un gemido, ni detenerse a pedir caridad; porque el que huye teme verse alcanzado; cree que el aire, el agua, la tierra que pisa, el firmamento que le refleja, serán sus delatores.

Este confuso sentimiento de huida empujaba a María, la arrastraba, borrándole los caminos, sintiendo solamente la acometida de las cosas que dejaba detrás.

Sorteó las últimas casas labriegas, como si en ellas, esperando su paso, pudiera estar acechándola todo aquello de que huía: Abel, Adán, Eva, la húmeda oscuridad de la cueva de Puertamoneda, el frío, la tristeza de aquellos meses soportados como un castigo. Mientras estuvo sola, se resignó, no sin violencia, a su condenación... (Porque todo le es igual a una mujer si ha perdido lo único que ama.) Y María había

tenido muerto entre las manos a Caín, y había sido vendida, como una oveja enferma, a un tímido y blando pastor; y el padre había cerrado las puertas de su casa para ella.

Pero ahora no estaba sola. De su miseria la había brotado aquel hijo, que era como una flor del campo agarrada a las piedras de su alma. Y tenía miedo por él; y huía de la sequedad de la ciudad porque aquella carne caliente no se le quedara seca, como un cardo, sin el amparo misericordioso de Dios.

—¡Viviré por él! Lucharé contra todos por salvarle...

Trataba de ocultar detrás de las palabras su deseo de retorno a la tierra de donde había salido. Oponía a sus ansias el argumento de aquel hijo que venía a dar justificación a su necesidad de perdón. Era como el pecador obstinado que no quiere dar su brazo a torcer, y lucha con Dios y le pide una disculpa para salvarse.

(—Llegaré hasta la casa de mi padre y llamaré a su puerta. Y le diré: «Fui mala y me castigasteis con razón. Pero amé mucho y he sufrido. Vengo a pedir vuestro perdón, no para mí, que no soy digna de él, sino para este hijo que se me muere de necesidad...» Y él me abrirá los brazos y me dirá: «Bendita eres para tu padre. Entra en mi casa y descansa a su amparo...» Así me hablará y yo me sentaré a la sombra de la parra, con mi hijo en los brazos; y vendrán los criados y mi padre les dirá: «Es mi hija, muy amada, que ha regresado con nosotros. Regocijaos conmigo, porque en verdad os digo que hoy es un día de gloria para todos...»)

Llevaba mucho camino andado, a través de los campos, cuando al fin encontró la carretera. Levantó la mirada y contempló la línea del horizonte, cárdena ya por la lucha de las primeras sombras con el sol declinando. Allá, detrás de aquellas colinas que cercaban su mundo, estaba la casa de su padre. María se sintió de pronto muy cansada; pero aquella alegría nueva, nacida de su fe, la reanimó, y siguió andando, carretera adelante, levantando el rebujo dormido del hijo hasta los labios...

De los montes venía el viento ancho y frío. Ya era todo campo a su alrededor: campo largo y confuso. Las cosas iban perdiendo relieve, a medida que las sombras se desplomaban silenciosas. Unos pájaros negros cruzaron sobre su cabeza, graznando secamente, con un chasquido de cañas rotas: eran los grajos de la catedral, que buscaban su cobijo nocturno en los chopos del río. Por un momento, la bandada la cubrió con su sombra, y María sintió un escalofrío...

Se rehizo bruscamente y apresuró la marcha, poniendo atención en el paisaje. Porque la había asaltado de pronto el temor de que pudiera no ser aquél el buen camino; de que pudiera perderse, con el hijo dormido, entre los grumos de sombra; de que su andar no la llevara a ningún sitio... Y se la llenó de miedo el corazón, y se la salieron a los ojos todas las luces del alma, intentando penetrar en la indiferente quietud del campo.

(—¡Virgen de los Caminos; no me ciegues el mío; no me confundas los vientos, que me traen olor de la casa de mi padre...! ¡Guíame; que no sé por donde ando; que no sé a donde me llevo...!)

Miraba el polvo de la carretera; un polvo acerado, mezclado con guijarros

puntiagudos (¡Tal vez en algún lugar de este mismo camino que ahora desando, se conserve la huella de mi paso!), y cruzaba los campos hasta alcanzar el árbol solitario (¡Porque fue en un árbol como éste, del que colgué, para dar vida a mi hijo!), y se acercaba cautelosa a la reluciente lámina de los charcos (¡En uno como éste sacié mi sed!), o trepaba al repecho, con angustioso jadeo (¡Porque desde cualquiera de estos altos puede descubrirseme la casa de mi padre!)...

Pero todo era, ahora, desconocido. Todo parecía creado de pronto para confundirla, como si delante de ella alguien se complaciera en montar paisajes idénticos: con árboles solitarios; con fuentes centelleantes; con reposadas colinas; para luego convertirles, cuando ella los alcanzaba, en extraños lugares imprevistos...

Una y otra vez, como el alucinado en el desierto, en pos de la fuente deseada y entrevista, María corría, trepaba, se arrastraba —ya entre las sombras de la noche— en pos de una señal que afirmara su esperanza.

Descubrió cercana, en la revuelta del camino, una tímida lucecilla, como una estrella caída, y hacia ella se encaminó. Le dolían los pies y le pesaba el hijo en los brazos. El frío y el hambre habían despertado al pequeño Caín, que lanzaba pequeños aullidos, como un animalito cogido en la trampa.

A un lado del camino, al amparo de un alud de tierra, apareció una casita solitaria. Más lejos, como colgadas de la falda de un montículo, se destacaban las sombras apretadas de otras casuchas, salpicadas de lucecillas amarillas. María se acercó cautelosamente a la puerta y golpeó con el puño las maderas. Ladró un perro, furiosamente, y María, pegada al umbral, escuchó una voz fuerte que decía:

—¿No has oído?... Llaman a la puerta...

Se abrió ésta de pronto, y apareció, recortada sobre la claridad del interior, la figura de una mujer.

—¿Quién anda, ahí?

—Soy, yo, señora... Voy de camino y me he perdido...

—¡Y tan perdida!... La mujer que anda de noche...

La voz del hombre resonó en lo hondo de la casa:

—¿Quién es?

—Una mujer que se ha perdido.

—¿Y qué quiere?

—¿Lo oye? —se dirigía ahora a María—. ¿Qué es lo que quiere?

María quería sólo unas pocas cosas: acallar el hambre de su hijo; descansar un momento y llegar a la casa de su padre. Pero aquellas gentes hablaban a gritos, como los niños por los pasillos oscuros, para espantar su miedo.

—Mi hijo tiene hambre y yo no puedo andar más... Vengo de muy lejos.

—¡Dala algo y que se vaya! —rezongó el hombre.

—¿Podrían decirme si es este el buen camino para llegar a N...? Tengo allí mi casa...

—Oye... Dice que si es este el camino para ir a N...

—Todos los caminos llevan a Roma. Pero yo no he oído en mi vida el nombre de ese pueblo. Y puedo asegurarte que no existe tal nombre en todo este país.

—¡Ya lo ha oído!... Ahora espere, que le daré algo...

Cerró la puerta. El perro, que había callado al oír la voz de los amos, reanudó los ladridos con más fuerza. Cuando la mujer volvió a aparecer, María estaba ya lejos. Oyó que decían:

—¿Tú ves?... La digo que la voy a dar algo y se marcha...

—De desagradecidos está el mundo lleno... Cierra.

(«¡No existe tal pueblo en todo el país!»... No existe... No existe... ¡Virgen de los Caminos!, ¿por qué has cegado el mío?... ¿A dónde voy; a dónde me llevo?...))

Y siguió andando, andando. Cruzó el pueblo y se internó en la noche definitiva. Al abrigo de un paredón medio derruido, se desplomó, como una sombra más en la sombra total del mundo. Estaba sola; sola y perdida.

El niño lanzó un gemido prolongado, como el aullido de un lobo en la lejanía. La madre sacó el pecho reluciente y se lo puso en la boca. Y sintió cómo, en apresuradas dentelladas, el hijo hambriento la bebía lenta, dulcemente, hasta dejarla vacía...

El firmamento se había cubierto de diminutas estrellas; y el campo, de sombras y de silencio...

XVI

Pegados a las piedras de la cárcel pasaron la noche. Cuando las primeras luces del alba se encendieron en la lejanía, el señor Patricio propuso:

—Bueno; yo creo que debiéramos retirarnos a descansar un poco...

Pero la muda obstinación de la señora Remedios le hizo rectificar generosamente:

—Es decir; podríais marchar vosotras. Abel y yo nos quedaríamos. Luego podríais venir de nuevo y así nos turnaríamos. Es lo que hacen todos.

Todos hacían lo mismo: Esperar, esperar... —Sombras ateridas, con las miradas acardenaladas de sueño y de ansia—. Esperar a que el oscuro portón de la cárcel se abriera y vomitara, vivos, los seres que retenía. Pero nadie quería separarse de aquellas piedras húmedas, como si su presencia preservara de lo irremediable a los cautivos. Era una angustiosa vigilancia a la Muerte, un cerco silencioso, una callada imploración, que nada valía, pero de la que nadie quería desertar. Y ni el frío de la noche, ni la vigilia, ni el cansancio quebrantaban aquella indomable decisión. Había algo fuerte, casi sobrehumano en aquella constancia, y emanaba del rebaño oscuro una potente sensación de humanidad: el aliento feroz que sostiene a las gentes golpeadas, endurecidas por la desgracia.

—Yo, podría esperar...

El señor Patricio insistía, sin gran convicción, por arrancar de su trágico pasmo a la madre de Ángel. Le dolía verla allí, como prendida a los levísimos rumores del torreón, en el cual —¡sólo Dios sabía en qué negras honduras!— estaría el hijo arrebatado. Pero sus palabras sonaban huecas; y todos volvían a sumirse de nuevo en el silencio...

Lentamente la luz fue cambiando sus tonos: y al cárdeno del presentido amanecer sucedió una rosada claridad, azuzada por el vientecillo traidor venido, con la luz, de las montañas.

Al fin, el Fermín y la Lorenza, decidieron marcharse. Les siguieron el señor Ramón y los suyos. Aún insistió el señor Patricio:

—Os digo que basta con que me quede yo solamente. Nada adelantamos con estar aquí todos... ¡Vaya; a casa he dicho! Tú, Eladia, llévate a la señora Remedios; y tú, Abel, vete con tu madre... María estará sola con el niño.

El nombre de la esposa conmovió a Abel. Se dio cuenta de pronto de que ella faltaba, y tuvo miedo.

—Tiene usted razón... ¡Vámonos, madre!... Yo volveré en seguida... Es que todos nos hemos olvidado de María...

Pero nadie fue capaz de arrancar a la señora Remedios de su puesto. Se resistió con un gesto silencioso, pero obstinado, violento. Y cuando dijo «¡Déjenme aquí! ¿No ven que tengo al hijo metido entre esas piedras?» había tanta intensidad y era tan duro su ademán, que nadie replicó.

A Abel le había entrado ahora un ansia irrefrenable. Quería llegar a casa; ver a

María, al niño; justificarse... Sí, es verdad que su padre quedaba encerrado, pero él era fuerte. María en cambio había quedado sola, asustada, débil, acorralada entre las cuatro paredes del patio. Y él —su esposo— la había abandonado, como a un ser extraño, como a un objeto que no se necesita y se descuida. Ella, la débil, la desvalida, la necesitada de custodia y de amparo, había sido olvidada en la oscuridad enemiga de la cueva. Y le entró una rabiosa desesperación, por haberse dejado, perdido, el mayor bien de su vida. Abel amaba a su padre con toda la fuerza de su sangre, pero María era como la totalidad de su ser; y ahora que un oscuro temor (¿a qué, Señor?) le invadía, sentía el tirón de la esposa en los ramales del alma.

Corría, arrastrando tras de sí a su madre. Cruzaba las calles y las plazas —que parecían desperezarse en la turbia ducha del viento— como un alucinado; porque ahora se daba cuenta de que su temor verdadero era encontrar a María más hosca, más indiferente, más ajena, por la soledad y el abandono. Nada podía haberle pasado si no era el haberse visto sola y triste, con toda la noche por delante para pensar. Y el pensar de María era lo que le daba miedo a Abel. Porque detrás del muro de los pensamientos de la amada, el blanco y tímido pastor no veía nunca sino la sombra de su hermano muerto, flotando sobre las aguas del río, rodeado por la corona negra de sus ovejas; y a María asomada a sus profundidades. Desde el pasillo, la llamó:

—¡María!... ¡María!... ¡María!...

Y se le heló el silencio en la sangre. Llegó hasta la puerta entreabierta de la cueva, y no se atrevió a seguir. Dolidamente, tal el balido de un recental, repitió:

—¡María!

—No está en casa. Se marchó con el niño. Y no quiso que la acompañara... Iba como loca.

Hablaba Rosario con temblor, como si temiese haber cometido un delito:

—Yo la pregunté: ¿a dónde vas? Y ella me dijo que no lo sabía. No quiso que la acompañara. Yo quería ir con ella, porque tenía miedo de quedarme sola. Pero no me dejó.

Le rodeaban ahora los vecinos en silencio, mirándole compasivamente. Eva penetró en la estancia vacía y se oyó su voz:

—¡La mala!... ¡La sucia perra!... ¡Se ha marchado! Ahora, precisamente... ¡Maldita! ¡Maldita!

Apareció en el umbral, con la boca llena de imprecaciones y se le quedó mirando al hijo, con una furiosa alegría:

—¡Me alegro! Nos ha dejado... ¡La muy vil!

—¡Cállese, madre!

Volvió la espalda a la casa y se dirigió lentamente hacia la salida del patio:

—¿Dónde vas, hijo?

Abel no contestó, y siguió andando.

—¡Hijo!... ¡Tú, no!... ¡No nos dejes ahora, hijo! ¿Dónde vas?

Se lanzó hacia él e intentó retenerle, abrazándose a su cuello.

—¡Tú, no; hijo mío! ¡Tú, no! ¿A dónde vas?

—A buscarla, madre.

—¡Déjala!... La sucia... ¡Déjala!...

—No la dejas, madre. No me dejas. Y sé donde va... Vuelve a la casa de su padre; a su tierra, a morir siquiera en campo bendito... Yo voy con ella... Aquí nos estamos condenando. Vivimos como condenados ya. Y yo no lo resisto... No la dejas, madre...

Se soltó de los brazos de Eva y siguió andando. Cuando llegó a la calle, la voz de la madre adquirió un tono bronco, como si las palabras le salieran envueltas en hieles:

—¡Te paré para mí y no te dejaré solo por nada del mundo!...

Y uno junto al otro, Abel y Eva, echaron a andar, hacia el lejano festón verde en el que la ciudad quebraba sus límites.

Pero todas las ciudades pequeñas, como Noriega, tienen muchos accesos y salidas, que apenas se diferencian. En todas, la aglomeración urbana se desvanece por sus cuatro costados, fundiéndose en el campo, siempre inmediato. Y las edificaciones pierden sus hosquedad de jaulas a medida que se alejan del centro. Y ya sólo se ven, espaciadas por verdes prados y dorados sembrados, casas anchas, labriegas, con olor a establo y rumor de ganado de labor. Por cualquiera de sus salidas, la ciudad rompe con la tiranía gregaria impuesta por el sentido de defensa del rebaño humano. Puertas abiertas al campo, a las que el hombre asoma, alguna vez, para disfrutar de una bocanada de libertad.

Cuatro puertas al campo tenía Noriega. Todas eran iguales. Por cualquiera de ellas se podía escapar de la condena. Pero no se trataba de huir realmente, sino de encontrar el camino, y éste se abría con el comienzo de una cualquiera de las cuatro sendas. Pero ¿por cuál de ellas? Por la más cercana se abandonaron Abel y Eva, confiando en la Providencia. Caminaban en silencio y de prisa; uno junto a la otra, la madre pegada al hijo, empujados por un deseo contrario: Él, por el afán de alcanzar a la esposa y tirarse a sus pies con humildad y reverencia, como un perro perdido que al fin encuentra al amo. Ella, mordiéndose, con la rabia, el amor de este hijo embrujado; deseando en lo más hondo del alma, perderse con él, solos los dos, en el cruce de los caminos; y vagar a su lado, para siempre, consolándole, meciéndole en las noches, como cuando era un niño, bajo las estrellas.

A los dos les movía un amor irremediable, un fuerte deseo de posesión: en Eva era el ansia de apoderarse de su mayor amor en la tierra; en Abel de cederse como la hierba de los prados a la pisada.

—Y ¿a dónde vamos, hijo?

—Volvemos, madre... Regresamos al lugar de donde no debimos salir...

—Nos echaron...

—Allí está ella. Y mi hijo... No quiero perderlos ni perderme...

—Pero tu padre... ¿Qué será de tu padre?

—Vuelva a su lado. Es su obligación. Yo busco lo mío...

—¡No; no te dejo! Lo mío eres tú, y no te dejo...

—Quiero volver al pueblo. No puedo más. María ha hecho bien. Todos necesitamos volver. Vivíamos como lobos castigados. Y era por orgullo nuestro. El amo nos perdonará y yo volveré a cuidar sus rebaños. Aún podemos vivir...

—No nos perdonará, Abel, hijo... La muerte de tu hermano es como una sombra negra que camina con nosotros. El amo le amaba sobre todas las cosas y cree que nosotros le empujamos a morir...

—Y fuimos nosotros, madre. Nosotros. Yo con mi envidia. Ustedes con su desamor; y todos con nuestro egoísmo... Le matamos entre todos. Pero el castigo no puede ser eterno, como la gloria; y el amo tendrá misericordia por lo que hemos sufrido...

Dolía el campo en los ojos, con sus brillos nuevos, con su larga quietud. A ambos lados de la carretera se extendía, paciente y luminosa, la Naturaleza. Abel advertía ahora —quizá por aquel gozo puro del retorno—, todo el maravilloso esplendor de la tierra generosa: el verde endurecido de los árboles, amparando el caminar del río entre las piedras; el dorado flamear de las espigas; el negro puño de los terrones en las barbecheras; el azul intenso del firmamento... Y caminando, sobre todo ello, como un dios bueno y milagroso sobre las aguas dominadas del lago bíblico, se le aparecía la figura del Amo, con su noble faz levantada, mirándole dulcemente; y allá en la lejanía, ovillada bajo el amparo de la parra, esperándole, con el niño en los brazos, como esas vírgenes claras de las catedrales, la dulce bienamada.

Sañaba Abel mientras caminaba, y así la jornada transcurría sin fatiga. Pero a su lado, Eva andaba tropezando, hiriéndose las plantas contra los guijarros; abriéndose con las uñas de la ira las llagas vivas del corazón.

—¡No puedo más, hijo...! ¡Me matas...! Déjame descansar un momento siquiera...

Se tendieron en un ribazo, al borde del camino. Habían andado tanto que ya desde allí, podían ver delante y detrás la lejanía desamparada.

—¿A dónde vamos, hijo?... No conocemos el camino... Andamos a ciegas...

—Estamos lejos del pueblo, todavía... Yo bien sé a donde voy.

—Sabes lo que quieres, hijo; pero no por dónde llegar. No tengo miedo a perderme contigo. Me alegraría. Porque sé que te perderé de veras y para siempre si llegamos... Vas hacia ella, sorbido como por un remolino de polvo negro.

—¡Cállese, madre!

—Callaré; pero ¡ojalá que nunca encontremos el camino!

Desde lo alto de la colina donde descansaban vieron venir hacia ellos un carromato, tirado por una reata cascabelera de mulas. Le saltó de alegría el corazón a Abel. Era uno de los carros, de ancho toldo, que los arrieros de su tierra empleaban aún para transportar el vino blanco de la provincia cercana. Por tradición y tozudez, los taberneros del país preferían el vino así llegado al que ofrecían los grandes

almacenes, traído éste en grandes camiones. Argumentaban caprichosamente que al vino le venía bien aquel lento hacerse en los pellejos durante la larga caminata; y como, desde luego, la calidad del producto ofrecido por los carreros era superior al otro, aceptaban y propagaban la versión.

Se levantó de un salto y corrió a su encuentro.

—¡Eh! Buen hombre, por favor...

El carrero venía adormilado en el fondo del carromato; había dejado flojas las riendas de la reata y se había hundido en la grata fresca de los pellejos henchidos.

—¿Qué se le ocurre?

—Andamos perdidos. ¿Podríaís indicarnos si vamos bien para N...?

—Pues verá usted... Uno no es de por estas tierras, y no sabe el nombre de los pueblos. Yo vengo de Toldillos, un pueblo de mucha uva ¿sabe? y llevo carga a Noriega. Es mi primer viaje. Lo siento, amigos... ¿Quieren un trago?... ¿No? Bueno, pues a la paz de Dios... ¡Arre, Serrana!

El carromato se puso en movimiento, con un estrepitoso pataleo de las caballerías, sacudidas de su quietud por las voces del carrero.

Y Abel sintió ahora, traspasándole la piel, un frío extraño como un latigazo, que le recorrió entero. Y miró a su alrededor y todo le fue desconocido. El carromato se perdió en un recodo del camino, dejando detrás una nube de polvo.

—Andamos perdidos, hijo... ¡Y me alegra el alma saberlo!... Nunca llegaremos...

—¡No; eso no!

—No llegaremos, porque nos han borrado los caminos. Porque Dios no quiere que lleguemos.

Abel se lanzó carretera adelante. Gritaba enloquecido, como si con sus voces pretendiera acallar otras más hondas que le sonaban. Ahora sí que huía; ahora sí que quería alejarse, ocultarse, perderse en el silencio. Y cuanto más caminaba, más lejos se sentía de su destino. Era como si le retiraran el trecho andado y se le volvieran a poner delante...

—¡Es inútil, hijo! Andamos perdidos. Espera. ¿Qué adelantas con correr?

Le torturaba el eco de aquella voz, persiguiéndole; le dolían las palabras, que le alcanzaban siempre, golpeándole en la cabera, en el pecho.

—¡Ya no te perderé, hijo mío! Vas hacia ella como sorbido por un remolino de polvo negro. Pero ella está cada vez más distante... ¡Sólo yo estoy a tu lado, siempre!

No podía soportarlo. Se paró de pronto y volvió la cara. Hacia él venía Eva, arrastrando los pies heridos, gritándole, gritándole...

—¿Qué importa, hijo? ¿Qué importa si me tienes a mí?

Abel la veía llegar como a través de un velo oscuro; como por un pasillo, del color de la ceniza. Y las voces que le llegaban no venían de ella; ahora lo advertía. Ella movía los labios, pero no salía de su boca ningún sonido; era en él mismo donde la voz se producía...

—Andamos perdidos, hijo... Sentémonos, descansemos. Ya es tarde y hemos caminado mucho...

Se abalanzó hacia la sombra del color de ceniza que caminaba hacia él y le tapó la boca, golpeándola. Se le llenó la mano de sangre tibia y la sombra se desplomó a sus pies, con un débil gemido.

—¡Hijo!... ¿Qué haces?... ¡Hijo!

Cayó sobre ella, sollozando, y se abrazó al cuerpo desvanecido. En la carretera despejada, el rebujo de los dos cuerpos, rendidos sobre el polvo, parecía, desde lo alto, un negro agujero rebosante.

Luego, el sol poniente, lo tiñó todo como de sangre...

XVII

Cuando se abre la puerta de la celda —humo y hedor humano—, y el oficial pregona un nombre, y éste es el vuestro, lo único que sentís es asombro: ¿Cómo, al fin, entre tantos, fue elegido? ¿Qué relación pudo establecer el que marcó la cruz al lado de las letras de un nombre —del vuestro precisamente— con el ser al que corresponden? Nadie nos conoce. Somos el número 2, el 7, o el 58 de la celda séptima de la primera galería. Y, un día, alguien traza un garabato al pie de un papel, y, con la libertad, recobráis el nombre, oculto detrás de una cifra. Y ya no os acordáis de nada; porque todo lo borra la voz que repite vuestro nombre:

—Vamos... Recoja sus cosas... ¿No es usted Adán?

Sólo acertáis a sonreír, a mover la cabeza; y miráis a los compañeros, que os contemplan en silencio, con un gesto tímido, un poco avergonzados, como si tuvierais alguna culpa de que vuestro nombre fuera el elegido. Luego, os dirigís hacia la puerta, saltando sobre los cuerpos tendidos en el suelo, y ya, a punto de perderos en el largo pasillo de la galería, volvéis el rostro y os atrevéis a desear:

—¡Suerte, amigos!...

Las palabras son las mismas que habéis oído a otros, durante los meses de encierro, en idénticas circunstancias, y las pronunciáis sin convicción; sólo porque eso es lo único que puede decirse en estos casos; como se dice «¡Lo siento!» o «Te acompaño en el sentimiento», o tantas otras frases que le vienen a uno a la boca, sin esfuerzo...

—¿No recoge sus cosas?... Sale en libertad...

—No tengo nada que llevar...

Nadie pone amargura en las palabras cuando sale de una celda. Brotan sencillas, humildes, del corazón, aunque teñidas por el dolor de la propia desgracia, como el agua, entre las rocas, conserva el brillo de su cauce. Luego, os dirigís, sin prisa, hacia la libertad, reteniendo en aquel recorrido último, la única imagen cierta y perdurable de lo que durante días y meses os retuvo con dureza. Y a medida que os vais alejando de todo; según van descorriéndose cerrojos ante vuestro paso, se os irá llenando el alma de alegría, y daréis hasta por bien pasado el doloroso calvario, si él os proporcionó el gozo de aquellos instantes. Porque no hay nada que conmueva más fuertemente que este sencillo ir a la vida, saliendo de una prisión. No pudo ser mayor la alegría de Lázaro, el resucitado por la voz del Señor, porque Lázaro venía de la muerte, de un sueño en que el pensamiento y el recuerdo duermen también; de un limbo sin deseos..., en tanto que el preso regresa de un vivir enterrado, de un soñar con los ojos abiertos y el alma en vilo; de una hoguera de deseos que le ha estado consumiendo días y días.

Cuando llegáis al rastrillo —detrás de aquellos hierros está la libertad— una extraña fuerza os retiene todavía. Y sentís el placer de demorar la salida, gozándoos en ese freno voluntario impuesto a vuestras ansias, tal el sediento alarga el momento,

ya seguro, de saciar la sed y contempla el agua que ante él se derrama.

—¿Es que no tiene deseos de salir?... Vamos; quítese de en medio y procure no volver...

Y, entonces, sentís a vuestras espaldas el choque de los hierros y el rechinar de los cerrojos, y dais aún dos o tres pasos, hacia la escalera de piedra; y desde lo alto de ella, miráis a lo lejos y advertís que vuestros ojos no ven, cegados por la luz del sol. Y os corre por las carnes una caricia larga y tibia. Y quisierais que aquel instante de suprema felicidad no se acabara nunca.

Adán, abrió, al fin, los ojos y miró a su alrededor, mientras bajaba los anchos escalones de piedra. Al principio, sólo pudo distinguir el friso borroso de los tristes seres que esperaban, pegados a la muralla. Eran todos lo mismo, y su gesto, idéntico; la desesperanza —que es un modo de ir muriendo— tiñe a las gentes del mismo color. Pero el que viene del otro lado de los hierros y de las piedras distingue, de entre el confuso montón, el rostro que busca; y, si lo encuentra, ya todo lo demás se le desvanece; y él mismo, que camina como una apariencia, comienza a ser realmente, sólo cuando es descubierto por el amor vigilante. Adán buscaba, entre tanta amarga sombra, la luz de los suyos. Y no la encontraba. Abría el corazón para el grito jubiloso, y éste no sonaba. Y fueron aquellos instantes los más espantosos de su vida. Porque más doloroso que el encierro; más cruel que el tormento de la sed; infinitamente más horrible que la muerte furiosa traspasado por espinas agudísimas, es verse solo, cuando se sale de la cárcel. Es como si de pronto todo desapareciera: el sol, el aire, las torres, el firmamento; como si el cuerpo también se deshiciera y sólo le quedara al triste su tormentosa soledad interior.

Adán sintió que una mano le tocaba en el hombro y se volvió. El señor Patricio le abría los brazos y en ellos se arrojó sollozando:

—¡Gracias! ¡Gracias!

—Vamos; ya pasó todo para usted...

—¿Y mi mujer? ¿Y mis hijos? ¿Por qué no están aquí?

El señor Patricio volvió la mirada (¡Diablos! No había pensado en ello. Y era natural que preguntara por los suyos. Ahora se daba cuenta de que hubiera sido mejor decírselo, mientras estaba allá dentro. Se hubiera ahorrado esta explicación. Pero ya no había remedio y había que afrontar la situación. Fue cosa de mujeres ocultarle la huida de los suyos. Nadie sabe por qué; pero las mujeres siempre creen que lo mejor para el que está entre rejas es tenerlo engañado; como si no resultara peor después, la verdad, cuando el hombre puede hacer una locura. Así hacen cuando alguien muere: piensan que es menor el dolor si se ignora el suceso. Como si el plazo entre la desgracia y el conocimiento arrancara quebrantos del corazón.)

—Pues verá usted, Adán... María, al parecer, decidió marchar al pueblo. A casa de su padre, ¿sabe?

No sabía cómo decirlo. Adán le miraba con una fijeza impresionante... (¡Diablos! Ya podía imaginar que detrás de María había marchado Abel, y con éste su madre. Pero Adán no ayudaba tampoco a salir del trance. Se contentaba con mirarle. Podía, al menos, insistir en sus preguntas.)

—La muchacha se encontró sola; tuvo miedo y la entró el deseo de volver a su tierra. Es lo natural...

—¿Y mi mujer? ¿Y Abel?

(¡Vaya; al fin rompía el hielo. Pero aquí estaba lo peor del caso!... ¡Pobre viejo! ... ¿Cómo decirle que estaba solo; que todos le habían abandonado?)

—Adán... No sé si en los pocos meses que hace que nos trata, se habrá dado cuenta de que, en medio de todo esto, somos buenas gentes... Claro que esto se dice fácilmente; lo principal es demostrarlo. Pues a eso voy. Quiero decirle que allá en la cueva de Puertamoneda tiene usted una casa y unos amigos que le quieren de verdad. Y que, mientras decide lo que le convenga, nosotros hemos de procurar que no se sienta tan solo...

(¡Ya estaba dicho! Ahora a ver cómo reaccionaba el viejo. Creo que lo más conveniente para él sería que gritara, incluso que volviera a llorar. Eso desahoga el corazón y serena la cabeza...)

—¡Se han marchado todos!

(El viejo había comprendido. Mejor era así. Pero no me gusta como lo toma. Estos que no gritan, ni lloran ni rompen nada, son los que toman las cosas más a pecho.)

—Bueno; si le parece, podemos ir andando...

Nuevamente sintió en los ojos la dureza de la mirada de Adán... (Tenía un brillo extraño. ¡Diablos! No se trataba de eso.)

—¡Déjeme...!

—Pero...

—¡Le digo que me deje!... No quiero volver a Puertamoneda... Yo también tengo miedo de todo esto y quiero salir. ¿No comprende que esto es ahora una cárcel peor que la que he abandonado?... No intente convencerme de nada... ¡Déjeme! ¡Déjeme solo!...

(Bien. Nadie podría decir que no había hecho cuanto estuvo en su mano para ayudarle... ¡Extraña gente esta! Lo de quererles había sido una frase obligada. Porque la verdad, no resultaba fácil estimarles siquiera: La María siempre huidiza; la esposa de Adán resultaba un tipo duro, agresivo. Los más abiertos eran Abel y el viejo... ¡Diablos! El viejo resultó todo un hombre cuando derribó al policía de un puñetazo. ¡Caro pagó el golpe! De todos modos, resultan raros. En fin ¡que tengan suerte!...)

Y el señor Patricio volvió a unirse a sus gentes; a los míseros desvelados, pegados a la muralla. Y entre ellos volvió a sentir en la sangre la fuerza inmensa de la esperanza.

Andaba con la mirada perdida en sus propias honduras; lentamente, con un paso igual, como esos borrachos obstinados en conservar el equilibrio. Y en equilibrio, sobre la cuerda floja de su vida sin destino, caminaba Adán. Pasaban a su lado seres distintos, y él les oía hablar, reír, gemir, como entre sueños... Recibía el golpe fresco del viento en pleno rostro; cruzaba por plazas llenas de ruidos; por calles hundidas en el silencio; se sentía atraído, empujado, golpeado... Y seguía andando, andando, sin mirar, sin salirse de sí mismo; repitiéndose continuamente, sin amargura, palabras sin eco:

—¡Se han marchado todos! ¡Estoy solo!... Se han marchado... Estoy solo... Estoy solo...

Ni siquiera se daba cuenta, metido como un agua sombría y solitaria en el cauce estrecho de las calles, de que la luz de la tarde se iba rompiendo, en oscuros penachos, contra la frente altiva de los edificios; ni de que el viento traía amenazadoras resonancias de tormenta en su seno...

Por un momento se le vino a la memoria su propia imagen agarrotada, recorriendo, entre guardianes, estas mismas calles, y recordó con cuánto afán iba descubriendo entonces, a su paso, la hermosura del mundo. Oía a sus espaldas la voz de la esposa y el clamor del hijo que le seguían. ¡Ahora estaba solo; solo y libre; perdido en sí mismo!...

Y se encontró otra vez ante la iglesuca conocida. Y sintió un gran consuelo con ello. Era la misma iglesia en la que un domingo, cansado de andar desorientado por las calles, se había acogido. Penetró en ella. También esta vez estaba llena de una dulce sombra. Buscó el banco, bajo el coro, en el que entonces se sentara, y se dejó caer sobre la madera. En el altar mayor lucía una lámpara de aceite y unas velas. Su claridad zarandeaba las enormes sombras que se enroscaban en las columnas barrocas del altar, henchidas de pámpanos dorados. De un lado para otro cruzaba el recinto, apresurada, una figura desmedrada: recogía los ornamentos, amontonaba las sillas y ahogaba entre los dedos la llama vacilante de las velas. Cruzó por delante de Adán y se le quedó mirando con descaro. Era un hombrecillo huesudo, de ojos desorbitados. Tornó al altar y espabiló la lámpara. Luego desapareció en la sacristía y tornó a salir con un manojo de llaves en la mano. Adán observaba al hombrecillo con curiosidad, casi ansiosamente, como si su destino dependiera de los movimientos de aquel ser tan seguro, tan dueño de todo...

Adán se encontraba bien en aquella paz sombría de la iglesuca, y se le entraba en el alma, como una caricia, el silencio y la frescura de las bóvedas. En los ventanales sonaba la lluvia con un tableteo lento y los menudos ecos del agua golpeando en los cristales, se esparcían por el recinto produciendo una música serena. Adán envidiaba en aquel momento, más que a otro ser en el mundo, a aquel hombrecillo de insignificante apariencia, que podía disponer a su antojo del refugio amparador; rodeado de tan profunda quietud; lejos del ruido y del odio; soberano de la paz de Dios.

—¡Eh!... Oiga usted... ¡Hay que cerrar!

Le hablaba a él, mostrándole las llaves con gesto brusco.

—Lo siento. Pero éstas no son horas...

Quería decir que aquellas no eran horas de buscar cobijo en la casa de Dios. Tenía razón. El hombrecillo había cumplido su jornada y nada tenía que ver con las necesidades del prójimo... A Dios ha de llevarse dentro, en el corazón, para poder estar a su sombra a todas las horas. Pero Adán se sentía vacío, y arrancarle de allí equivaldría a dejarle a merced de su propia borrasca interior. ¡Todos le habían abandonado! Y no acertaba a salir de la cárcel confusa de la ciudad. Había andado mucho, había chocado contra muros de sombra y de piedra; se había perdido en las calles sin término; torres de soledad y de desdén se habían levantado a su paso.

—¡Le digo que tengo que cerrar!

Y cuando en su derrota se le abría aquel refugio, un hombrecillo insignificante le decía que aquellas no eran horas de poner término a su andar... ¡Oh, qué espantosa fatiga la suya!

Se levantó resignado y salió de la iglesia. La tarde se había entenebrecido con la tormenta, y sobre las losas de la calle sonaba la lluvia con estrépito. Las bombillas del alumbrado público goteaban, como irritadas pupilas lacrimosas. Según caminaba, Adán iba sintiendo que el agua le penetraba hasta la piel; por la cara le corrían largas tiras de agua, cegándole. Y él se dejaba envolver por las ráfagas de lluvia, tal un naufrago sin esperanza, mientras caminaba, sin tregua. Vacilaba al andar; le dolía el pecho, y la cabeza le sonaba como un tambor furiosamente golpeado. Al volver una esquina chocó con un hombre.

—Señor —le suplicó— tenga la caridad...

—¡No hay nada! —rezongó el interpelado—. Yo no ayudo a borrachos.

No era eso. Él sólo había querido preguntarle por el modo de escapar de aquella cárcel de asfalto y de piedra; él solamente quería preguntarle por la salida de aquel espantoso laberinto, en el que andaba perdido. Porque quería encontrar el camino y echarse a él, arrastrándose, y así alcanzar la casa del Amo y pedirle misericordia y que le dejara morir sobre tierra bendita...

Se adueñó la noche tumultuosamente de la ciudad. Todo era frío y negrura a su alrededor, y la gran soledad del mundo resonaba en un gran sollozo. Y fue en medio de tanta desolación cuando se le apareció al mísero el término de su cuita:

Ante él surgió de pronto la mancha agitada de los árboles. Allí se rompían los muros, se derrumbaban las torres, se quebrantaban los hierros de su prisión. Los árboles le ofrecían, con sus grandes brazos rumorosos, la libertad. Ellos eran el principio del camino que hacia su redención debía encaminarle. Levantó la mirada a la niebla del firmamento y de las honduras del alma le salió un grito de alegría:

—¡Gracias te doy, Dios mío, por haberte apiadado de mí!...

Corrió hacia la fronda cerrada golpeándose en las últimas esquinas de la ciudad, y pisó tierra blanda, encharcada por la lluvia. ¡Aspiró ampliamente su olor fuerte y

generoso!

¡Libre al fin! Ya no sentía la fatiga, ni el dolor de ahogo en el pecho, ni la angustia del corazón. Levantaba el rostro para recibir las gruesas gotas de las hojas y a través de la sombría enramada se le ofrecía un trozo ancho de firmamento, como un mar turbio y agitado. Andaba sobre los charcos, se hundía en el barro, tropezaba en los pequeños arbustos..., pero le sonaba en el alma ahora una música nueva, de fe recobrada, de esperanza en su salvación.

Había dejado de sonar el agua sobre los árboles. Quedaba la alta brisa, zarandeando suavemente las ramas. Una gran luna asombrada metió su ancha cabeza entre dos nubes y se asomó a la tierra. Y toda se llenó de una dulce blancura resplandeciente.

Y a su claridad, Adán contempló cuanto le rodeaba. Y vio que en torno suyo, grandes masas de piedra se elevaban, cercándolo. Y se dio cuenta de que andaba perdido entre los árboles del parque de la ciudad.

Cerró los ojos y lloró silenciosamente. Volvió a sentir el tremendo ahogo en el corazón y el redoble brutal de las sienas, y se arrastró hacia un banco de piedra... ¡No puedo más! ¡Todo es inútil! Dejó caer el cuerpo cansado sobre la losa mojada y esperó que la muerte fuera más piadosa que el cielo que contemplaba... Y se quedó dormido...

(Caminaba por un sendero de tierra negra y blanda, flanqueado de espinos floridos. El sol brillaba en lo alto tenuemente y un viento juguetón arrancaba un polvillo dorado de los zarzales. Desde lo alto de una colina por la que el sendero trepaba, Adán descubrió el sosegado paisaje del pueblo: Las casitas, recién enjalbegadas, relucían coronándose de graciosos humos. Allí estaba su casa, con el verde emparrado a la entrada, el fresco zaguán donde dormitaba el mastín y las cuadras de las ovejas. Y a la puerta de la casa veía a Eva y a Abel y a María, rodeando al Amo. Y todos levantaban los brazos, dándole la bienvenida. Adán corría hacia ellos y se postraba a los pies del Amo. Y éste, con aquella su ancha sonrisa misericordiosa, le alzaba de la tierra y lo abrazaba con júbilo...)

—¡Vamos!... ¡Fuera de aquí!... ¡Canalla asquerosa! Creen que los jardines públicos son casas de dormir... ¡Vamos, andando!...

Sintió un golpe en la cabeza y rodó fuera del banco, hundiéndose en el barro. Abrió los ojos con esfuerzo. Ante él aparecía la figura de un guardia gigantesco, esgrimiendo un grueso bastón.

—¡Estoy cansado, señor!... Y no sé donde ir...

—¿Qué no sabes?... A la cárcel te mandaré yo... ¡Vagos!... Hala. Andando de prisa. No quiero verte más por aquí...

Volvió a golpearle con el bastón para apresurar su huida.

Y Adán se levantó. Restregó la sangre que le manaba de la frente, mientras caminaba sin tregua, sin esperanza...